

LA estafeta

LITERARIA 1967

MAYO 20

SALE SABADOS ALTERNOS

N.º 370



6 RAROS y OLVIDADOS

SILVERIO LANZA - EUGENIO NOEL - LUIS RUIZ CONTRERAS
ALEJANDRO SAWA - FRANCISCO VILLAESPESA - CIRO BAYO

(PAGS. 4 a 13)

LA niña y el pelicano.' Parece el título de un cuento, y á hacer un cuento vamos, dedicado á nuestros pequeños lectores. 'Era una niña, que salió una tarde de paseo con su mamá. Esta la llevó á ver la Casa de fieras. Después de recorrer las jaulas de los leones, los tigres y otros animales, se detuvo frente á un avechucho de blanco plumaje, de largo y fuerte pico, con una bolsa: era un pelicano. Este sacó la

cabeza por encima de la valla, y la niña tuvo mucho miedo. De vuelta á su casa, la niña también dió grandes muestras de espanto al encontrarse en la calle con un enorme pajarraco de ropaje negro y sucio: era un poeta modernista que pasaba, despreciativo, luciendo sobre las cejas el pico negro de su sombrero y colgando de la boca, como una bolsa, una pipa descomunal...

FOT. N. M., POR VILASECA



DEBEN (DE) HABER COBRADO:

- 4.473.000 ptas. *Suma anterior* (premios concedidos desde el 1 de enero de 1967).
- 50.000 ptas. Don Rafael García Serrano, premio *Ejército* de periodismo.
- 25.000 ptas. Doña María del Carmen Díaz Garrido, segundo premio de periodismo en el mismo concurso.
- 25.000 ptas. Televisión Española, premio *Ejército* a empresas periodísticas o de información.
- 20.000 ptas. Don Alberto Jesús Fuentes Prados, primer premio para maestros nacionales en el concurso *Ejército*.
- 20.000 ptas. Don Francisco Lillo Calatayud, primer premio de carteles de la Feria de Muestras de Barcelona para 1968.
- 20.000 ptas. Don Rafael Guillén, flor de nieve en la IV Fiesta de la Poesía de Huesca.
- 20.000 ptas. Don José María Fernández Nieto, flor de nieve en la misma fiesta.
- 20.000 ptas. Don Gil Cordero de Santa María, flor de nieve en la misma fiesta.
- 15.000 ptas. Don Ignacio Prat Parral, premio de estudios bibliográficos en la IV Fiesta de la Poesía de Huesca.
- 15.000 ptas. Don José Morales Ruiz, segundo premio para maestros nacionales en el concurso *Ejército*.
- 12.000 ptas. Don José Pastor Caro, premio de fotografía en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don Manuel Ahicart Salvador, accésit en el concurso de carteles de la Feria de Muestras de Barcelona para 1968.
- 10.000 ptas. Don Arturo Pomar Moreno, accésit en el mismo concurso.
- 10.000 ptas. Don José María Pérez Paralle, primer premio en los Juegos Florales de Orense.
- 9.000 ptas. Doña Concordia Añe Juan, tercer premio para maestros nacionales en el concurso *Ejército*.
- 7.000 ptas. Don Manuel Alvarez Torneiro, segundo premio en los Juegos Florales de Orense.
- 5.000 ptas. Don Miguel Angel Anadón, mención honorífica en el concurso de carteles de la Feria de Muestras de Barcelona para 1968.
- 5.000 ptas. Don Vicente Amposta Sallán, mención honorífica en el mismo concurso.
- 5.000 ptas. Don Nicolás Sánchez Prieto, primer accésit en la IV Fiesta de la Poesía de Huesca.
- 5.000 ptas. Don Benito Plaza, segundo accésit en la misma fiesta.
- 5.000 ptas. Don José Félix Navarro Martín, tercer premio en los Juegos Florales de Orense.
- 5.000 ptas. Don Carlos Murciano, primer premio de poesía *Ademar*.
- 5.000 ptas. Don Vicente Alonso, primer premio de cuentos *Ademar*.
- 1.500 ptas. Don Rafael Guillén, segundo premio de poesía en el mismo concurso.
- 1.500 ptas. Don José Luis Carnero, segundo premio de cuentos en el mismo concurso.

4.799.000 ptas. *Suma y sigue.*

PUEDEN JUGAR

CINE
Total en premios:
15.000 pesetas
y trofeos
GUIPUZCOA

Podrán tomar parte en este concurso todos los cineastas aficionados españoles, sin

o a Librería PAIDEIA, Duquesa, 2, Granada.

Se otorgará un premio único de 100.000 pesetas a la novela que por unanimidad o por mayoría de votos del jurado se considere con mayores méritos.

El concurso no podrá ser declarado desierto ni repartirse el premio entre dos o más concursantes.

El importe del premio se entiende como anticipo no reversible de una primera edición de 7.000 ejemplares que la Dirección del Premio se compromete a realizar en el plazo de un año. Al mismo tiempo, la citada Dirección se reserva el derecho de reeditar el libro cuantas veces fuere necesario, abonando a su autor el 10 por 100 de venta al público.

El fallo del jurado, inapelable, será hecho público en el transcurso de una fiesta literaria en Granada, la noche del 11 de octubre de 1967.

El jurado tiene facultad para conceder una o dos menciones honoríficas entre las obras no premiadas que pudieran merecer esta distinción.

Los organizadores del premio entregarán, siempre que el autor lo solicite, recibo de las obras debidamente presentadas al concurso, dentro del plazo señalado, sin comprometerse a sostenerse correspondencia alguna con los optantes.

Los originales no premiados podrán retirarse antes del 31 de diciembre de 1967. Una vez transcurrido este plazo los ejemplares serán destruidos sin que los autores puedan reclamar ante esta resolución.

Una vez presentado un original, los autores no podrán retirarlo ni tampoco renunciar al certamen. Asimismo, el hecho de presentar una novela significa la aceptación por el autor de todas las bases del concurso.

Para otros derechos (cine, radio, televisión, etc.), el autor se compromete a suscribir los contratos impresos por las entidades que convocan el presente premio.

Se ruega a los optantes al premio faciliten los datos biográficos y los resúmenes de su vida literaria.

POESIA
Total en premios:
35.000 ptas.
X FIESTAS DE LA
HISPANIDAD

El Ayuntamiento de El Puerto de Santa María organiza en el presente año los Juegos Florales

de las X Fiestas de la Hispanidad para conmemorar la participación de la ciudad en la gloriosa empresa del descubrimiento de América.

A todos los poetas y escritores de lengua castellana se les convoca para que concurren a este certamen que se celebrará en la noche del 11 de octubre en el Teatro Principal de esta ciudad y que se registrará por las bases siguientes:

Se otorgará la flor natural y un premio de 15.000 pesetas a una poesía de metro y extensión libres cuyo tema sea: «Rubén Darío, poeta de la Hispanidad».

Se otorgará un premio especial de 10.000 pesetas a la mejor composición poética con libertad de tema y exten-

(Pasa a la página 38.)

limitación alguna.

Cada concurrente puede presentar el número de películas que desee en los formatos substandard de ocho, super-ocho y dieciséis milímetros, mudas o sonorizadas por cualquiera de los procedimientos técnicos habituales.

Junto con las películas y en sobre aparte deberá enviarse un pliego conteniendo: sinopsis, duración, mudas o procedimiento de sonorización empleado, así como el nombre y domicilio del participante y cualquier otro dato que se juzgue de interés. Las obras deberán entregarse en mano o por envío certificado al domicilio de Agora, Víctor Pradera, 10, o al de la Sociedad Fotográfica de Guipúzcoa, Museo de San Telmo, San Sebastián.

Se establecerán cuatro especialidades: Reportaje, Documental, Ficción y Fantasía.

El plazo de admisión de las películas finalizará el día 10 de junio de 1967.

El jurado y la calificación de las obras participantes se realizará de acuerdo con las normas señaladas por la UNICA.

El fallo del jurado se dará a conocer el día 28 de junio de 1967.

Se establecen los siguientes premios: Premio extraordinario de honor y 15.000 pesetas a la película que a juicio del jurado obtenga la máxima puntuación de todo el certamen. Trofeo Agora de Oro. Trofeo Agora de Plata. Trofeo Agora de Bronce. Menciones especiales a aquellas películas en las que resalte algún valor de características especiales.

Con las películas que el jurado estime conveniente se montará una proyección especial dentro de los actos organizados en nuestra ciudad con motivo del XV Festival Internacional de Cine.

Las películas se devolverán dentro de los diez días posteriores a la emisión del fallo.

La participación en este concurso supone la tácita aceptación de todas las bases. La aclaración de cualquier duda sobre la interpretación de las mismas corresponderá únicamente a la entidad organizadora.

NOVELA
Premio:
100.000 ptas.
ALBAICIN 1967

Podrán concurrir todas las novelas inéditas escritas en lengua castellana, sea cual

sea la nacionalidad de su autor.

Las obras tendrán una extensión no inferior a las 250 hojas, de 29 líneas, tamaño holandesa, e irán mecanografiadas a doble espacio, por una sola cara y perfectamente legibles.

Las novelas irán firmadas con el verdadero nombre de su autor, y en ellas aparecerá claramente escrito su domicilio completo.

Los originales se enviarán por duplicado antes del día 15 de julio de 1967, a una de las siguientes direcciones: Editorial Albaicín, Gran Vía, 14,

Este núm. 370

RAROS Y OLVIDADOS

Tomás Borrás: Eugenio Noel	4
Antonio Manuel Campoy: Ciro Bayo	6
F. C. Sainz de Robles: Francisco Villaespesa	7
Juan Aparicio: Ruiz Contreras	9
F. Serrano Anguita: Alejandro Sawa	10
José Alfonso: Silverio Lanza	12

OTROS ARTICULOS

El Trujamán del Retablo: Más sobre Heriberto Nogales	13
César Tiempo: Ernesto Sábato	14
Manuel Ríos Ruiz: Carta a Sábato	15
Nobel Carral Larrauri: Emilio Carral era mi abuelo	16

NARRATIVA

F. García Pavón: El Carnaval (folletón)	19
---	----

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS

Luis Chemes: Tu silencio	23
--------------------------	----

RESEÑA CRITICA

Luis Romero: Tres días de julio.—Maximiano García Venero: El general Fanjul.—Miguel Delibes: Cinco horas con Mario.—Víctor Chamorro: La venganza de las ratas.—Víctor Chamorro: Amores de invierno. — Vicente Soto: La zancada.—Esteban Pradós de Palacios: La lumbre y las tinieblas. — Gabriela Mistral: Poema de Chile.—José Rodríguez Padrón: Domingo Rivero, poeta del cuerpo.—Luis Jiménez Martos: Antología de poesía española 1965-1966	25
---	----

CRONICAS

Concursística	2
Teatral	17
Tertulias	18
Musical	30
Plástica	31
Hispanoamericana	32
Provincial	33

CORRESPONSALIAS

Las Palmas	33
Tenerife	34
Molina	35
Sevilla	37

CORRESPONDENCIAS

Luis de Andrés	39
Domingo López Garriga	39

DOCUMENTO

Poema inédito de Ciro Alegría	40
-------------------------------	----

SI EL LECTOR NO HA LEIDO DETENIDAMENTE LA PORTADA DE ESTE NUMERO, le rogamos la mire más despacio. No tiene desperdicio. Es la reproducción de una página de la revista «Nuevo Mundo», de fecha 9 de febrero de 1911. Hacerse cargo. España en 1911. El modernismo. La rara literatura del poeta modernista, «enorme pajarraco de ropaje negro y sucio», ante el cual, encontrándoselo en la calle, la niña de lacito en los pelos, con su tímida mano puestecita en un árbol y abrigadita de los pies a la cabeza... la niña abrigadita desde la coronilla hasta el talón... la niña sin gracia que puede servir de emblema a toda una época y sociedad españolas... «dió grandes muestras de espanto».

Las páginas 4 a 13 de este número, LA ESTAFETA las dedica a unos cuantos pajarracos raros y olvidados. Tipos excéntricos, seis literatos cuyas vidas aventureras y animosos escritos son acreedores a esta recordación. Comprender a los raros y recordar a los olvidados es una obra de misericordia que la gente literaria añade a las catorce que el Ripalda traía. Y que eran, por cierto, siete corporales y siete espirituales.

Plumas originales, vidas estrambóticas, sujetos de creación y de bohemia, literatos que dan testimonio de la literatura con sus vidas tanto como con sus escritos. Que la extravagancia es un valor. Que la originalidad es un valor. Que ser hombre consiste en ser distinto, tanto o más que en ser igual. Que el rebelde y el raro, el condenado al aislamiento y al olvido de la grey «municipal y espesa» es quien está dando más sal y más gracia a la muchedumbre posible. Que los ricos tipos asombrosos hacen bien... Demostrarlo (mejor dicho, mostrarlo nada más) es la intención preferente del presente número.

Los seis de la portada son escritores de cuerpo entero y de ánima viva. Corporales y espirituales, obras de misericordia.

REBELDE Y ORIGINAL FUE CIRO ALEGRIA, novelista peruano de vida trashumante y muerte súbita. Un poema inédito suyo, escrito hace veinticinco años, con otros documentos literarios y gráficos que nos envía su viuda, la poetisa cubana Dora Varona, desplazan de la contraportada de este número la sección «Principio Quieren las Cosas». Curiosamente, el original elegido para el «Principio...» es de otro hispanoamericano: el argentino Luis Chemes (pág. 23).

TAMBIEN RESULTA RARA la ejecutoria literaria de Ernesto Sábato, escritor argentino siempre con un pie en la filosofía y el otro en la novela. La entrevista que le ha hecho nuestro colaborador César Tiempo —págs. 14 y 15— da idea de la ambivalente condición del autor de «Sobre héroes y tumbas», que lleva como estrambótico estrambote una carta amalgamada de modismos porteños y locuciones jerezanas que Manuel Ríos escribe a Sábato en sábado.

RARO NO, PERO SI ANECDOTICO, el caso de Heriberto Nogales, a quien Antonio Manuel Campoy puso de actualidad en el número 368 para refresco de archivos. En éste, El Trujamán del Retablo confirma su existencia, cosa que empieza poniendo en duda. No es de extrañar, si tenemos en cuenta que Heriberto Nogales era autor de ciencia-ficción en el siglo XVIII, que más bien se pegaba a los salones que al cielo. Sobre este particular encamínese el lector a la página 13.

PEDRO LAIN ENTRALGO, catedrático, médico, humanista y filósofo, es además, siquiera sea «por extensión», dramaturgo. El comentario al estreno en Madrid de su primera obra figura en la página 17.

Y NO LEJOS DEL TEMA PREFERENTE queda la figura de Emilio Carral, escritor, relojero y anarquista, que, recreado literariamente por Luys Santa Marina en el número 365 de LA ESTAFETA, ha sido reconocido por su nieto Nobel Carral, en carta que ocupa la página 16.

La Est^a. Lit^a.

EUGENIO NOEL, de la estirpe de QUEVEDO y de VILLARROEL

TOMAS BORRAS

AQUI rebaña al artista una de estas tres clases de leyendas: la negra, la rosa y la pintoresca. Eugenio Noel padecía esta última como enfermedad. «Ahi va ese chalao.» Le tenían por bohemio de querer serlo, «clown» de lo taurino y antiflamenco para llamar la atención, le huían la miseria, le huían la lectura de artículos no leves, esos artículos de vilano que tanto gustan, sino macizos y con lastre de citas en latín o de personajes con muchas y, w, k, consonantes en el castellano echadizas. Se le suponía anarquista; todo el que se pone a la orilla de la rutina es sospechoso. Se contaban de él anécdotas espectrales... y era gallito del corro de desplumados, gallos pelados y en cueros que dormían fuera de puertas por no tener corral.

Madrid de Noel: un Madrid con tórtigos extraviados, bufones y tipos «populares». De cafetines donde a las cinco de la madrugada revenida se declamaban los «berzos» rechazados el día antes por «La Esfera». Madrid de lenas abrigando a melencidos y chalinudos, el aguardiente en el chiringuito de la esquina y las exposiciones de poemas (las inventó Armando Buscarini, colgándolos a la puerta del Ministerio de Hacienda). Cortejo de truhanes a la fuerza, y Carrera fumándose en la pipa su ultramundo, humo de brujas prestamistas, satanes de café con leche, ex vírgenes ojeras con nalgas de organillo. Noel en el Madrid de los nudos de barrios espeluznantes, sífilis alrededor de la Universidad, gitanos de un diente de oro en la ca'Toledo, viejas tumorosas en Progreso y Esgrima, el puro en la baba. El de la gente ronca de pulmonía, aguafuerte de niños amontonados en «La Tinaja» para darse calor, y la muerte llevándose cuerpos en la noche helada para que no padeciesen más. La literatura tocaba con su piedra filosofal el pingajo de la insociedad, lo embellecía de misericordia su piedra filosofal, literatura en huesos de unos pálidos, escualidos, que pedían dinero por las casas con un feto dentro de una caja de pueros. Todos con el rollo de consonantes en el bolsillo de la chaqueta y una estrella en la frente, la estrella del mal jario.

Carne de hospital y de cárcel por turno. Redacciones a las que se arrimaban los hijos de la casualidad para calentarse en el brasero. Papajamancias de boca insalivada al ver pasar por la calle el carro de la carne con su cerdo abierto en canal.

Preside Noel un cortejo de raros, desheredados incluso de la miseria, de los de más abajo de los abajos, mascarones de pierrotos, cara con harina negra, el alma saliéndoseles, el amor con dolor de corazón, las calles alargándose ante ellos, los perros detrás ululando lastimeros, gran oficiante de la secta de desencuadrados del Libro de la Vida, según las panzas con reloj contabilizador de tantos por cientos de los burgueses que opinaban. Su bestia negra, Eugenio Noel.

APESTOSO A TUFO DE BOHEMIA

Pasaba las puertas de los cafés, catedrales de la bohemia, y aparecía separándose el terciopelo de las mamparas un iniciado de obeso, la piel blandengue floja, un ennegrecido de pelo masa de tinta china, lo que sobró de la tinta raya de bigotillo, él bajo más que alto, a veces envuelto en capa de trama sin espesura, ojirris con orla encarnada, como de tracoma, guiñados, que les hería la luz, camisa abierta y el nudo mariposuelo de la chalina, chambergo tan usado, deforme. Se descubría para que surgiese la gran frente, el pelo muy atrás y la melena, la que sacaba chistes como chispas de las tertu-

lias, melena de madejas rizadas, brillante, quizá untada de aceite, receta de los calés. Un hombre con melena cayéndole hasta el fin del cuello por detrás, era tema. Eugenio Noel rozaba a los dichos burgueses su desprecio, bebía cerveza, esperaba el instante en que el «numeroso sexteto», que aludió Arniches, acallara las gargantas altavoceras con el principio del «allegretto», encerrábase en sí, ensoñaba, se iba a la música absorbido, la musicaba entre labios saboreándola. El apestoso a tufo de bohemia pertenecía al celaje de la música, era incorpóreo, traspasaba la realidad, íntegro en la cuarta dimensión. Hasta que los aplausos le hacían caer en el duro momento desde los arribas, y el transverberado, papel y lápiz, comenzaba a escribir en trance.

AMOR EN EL APELLIDO

El verdadero Eugenio Noel era delicado: como los clásicos anteponían a su nombre la inicial de la enamorada, él, ampliando la galantería, firmó con el apellido de aquella—era cantante—hechizo de alba de su anhelo lírico, felicidad y amor. Noel no era Navidad y Santa Claus, era «ella». (Después fué Amada, de carne y hueso como la otra, pero la otra caló la primera, y su apellido constituía ya fama y revuelo detrás del Eugenio de pila, Eugenio Muñoz Díaz.) María Noel, su envolvimiento en piel de suavidad y dulzura, caricia revelada cuya sensación-emoción no quiso el amante ahuyentar nunca. El verdadero Noel era autodidacta: agotándose ante los libros diez horas día y vigilia, a escondidillas de curas de seminario; después en un sótano humedecido, a luz de vela como en los años románticos; era el que desdeñó una carrera segura, la de sacerdote, y otra de diploma en marco dorado universitaria, y la pensión de la dama prócer, y cuanto le atase a un mundo que de niño y adolescente entrevió y le parecía expulsable de sí; repudió lo que le separase, aun a costa del dolor lancinante que no cesa, de los abismos azules que se fingen horizonte.

Era el auténtico Eugenio Noel: suma de pastores de la Mancha, de Lázarus lazarados, de criadas y asistentes, de seminaristas de sofana meada por el gato, de barberos y sangradores, de carreteros y camineros trajinantes, de terruñeros y destripaterrones, de barbazorros y gamonales, de gentes de acompañamiento como de machos de pedreo, de las multitudes raigales, de las raíces del espíritu de nación, de lo que da el Pueblo en los pueblos, aldeas, pueblines, quintanas y chozos, minas de azogados y heniles pobretos, las costas playeras como las narrajas cuchillares.

Su sangre se había espesado con la sangre de los españoles que huelen a crudo, con el aliento de cebolla de las damas de cántaro y moñete de rueda, con el esturrear de los chicos que van, como él lo hizo, de hacer de monaguillo a la pedrea de hondero. Estuvo muy largo, en las tabernas y ventorros, en casas de pindangas y casquilucias, en calabozos de reja de cruz, en colas de rancho, en colas de tísicos que beben sangre en el matadero, en camas de refugio y panecillo y huevo duro, en filas de soldados de corteza de gleba, en cuevas de bailadoras que dan la cintura a la posesión del frenético viento interior, en caladeros de pícaros con bajura de coger peces sin mojarse el tacón, en el cardumen de los mañeros como en el albear del velatorio del menguado que lleva al cementerio su hijo sin caja, en brazos, envuelto en su delantalito. Pisó hebra a hebra la telaraña de los caminos, a pie con los hombres locos que no pueden asentarse una hora en el mismo hori-

zonte, a lomos del ferrocarril, en el «tercera» de cestas y chicos de teta, el cacho de tortilla ofrecida con la punta de la faca. Estuvo en el Norte que fuma su seducción de niebla, en el Levante palestino de dulces almibarosos, en la Extremadura de haches que se sorben con la nariz como jotas, seguro en la Castilla acecinada, de aire sabroso a su sabor de agua de Tiempo. En lo malo, lo bueno, lo pasable, lo insufrible.

Su padre fué de ganapán hasta lazarillo de ciego; Noel le quitó los zapatos, aún en buen uso, al padre de cuerpo presente, por carecer él de zapatos. Su madre, criada de servicio, de las mujeres vestidas de luto de la Soledad, se le habían ido dos hijos escapándose de horror de la vida; ella mantenía, como todas las puebleras, las manos sobre el vientre para evitar que otro hijo, si estaba allí, huyese también del vivir que acosa con aguija. Sus protectores—más bien protectores de «la pobre Nicasia, siempre sola», como dijo él mismo de su madre—, sus benefactores, querían dárselo a Dios como devolviéndole; Noel sentía el existir en cuanto opuesto a renunciar, abría los ojos de piritaña al ancho, potente, rotundo, bravo mundo, cuajado, colmado, rebosado, exuberado, volcánizado. ¡Vivirle, enriquecerle, gozarle! Por lo que, agotados los caminos españoles—luego los condensó en España nervio a nervio, su libro, con Las siete cucas—se fué por Francia y Alemania, y además en busca de la España en el espejo del mar, la imagen de España repetida, América de la entraña de España. Siempre en un camino; instantes, días, en el Madrid que le señalaba con el dedo, se le cachondeaba, eso sí, con algo de compasión, empadronándole: «Un chalao», en la leyenda pintoresca.

ESCRITOR QUEVEDESCO

La leyenda pintoresca ha ocultado al Noel suyo detrás del Noel de los otros, ha desviado la calificación hacia lo adjetivo, en secuestro de la instantiva verdad de Eugenio Noel, trascendente escritor.

Hay dos direcciones en la prosa desde los siglos de oro: la de Cervantes y la de Quevedo. Con Cervantes están, antes, el Arcipreste, «La Celestina» y el Renacimiento. Con Quevedo no hay antes. Quevedo es la sobreabundancia personal y el sobreidioma, la manipulación del «concepto» madejándole como madeja de seda, el diccionario tomado de la esencia inagotable, plasticidad con que el vocablo se toca, y se oye el objeto en su sonar. Una línea, de la cortés compostura, medida sabia, compás y sencillez: Cervantes. El que está con Quevedo es escritor con calentura, joyero de suelo que acumula piedras preciosas y ásperos zoquetes en revuelto, el que pinta con todos los colores y medios colores y claroscuros y tinieblas, el que mete el cuchillo en las costillas de las personas y en el rebuño de los hechos y unta su prosa de sangre encendida ensangreciendo. Quevedo es un anticervantes por enormidad de capacidad; sus brazos abarcan el todo, y porque es un fantástico de su habla, a la que avariento, siega, y como sale en seguida otra cosecha, vuelve a segar y cosechar infinito. Y es el que siente, en su idea y en su músculo, y no a lo artístico, no a lo intelectual, sino como vital, palpitante, hermanado, defectuoso, entrañado, alaridado. Cervantes mete la cultura en su sutil sonreír, ciñe la norma en su gramática y la cautela en su número. Lo otro es lo despeñado en catarata.

Eugenio Noel empieza en Quevedo, sigue en Villarroel (bien lo observa Ramón), atraviesa romancero, refranero y cancionero—las tres grandiosantes creaciones del Pueblo—, llega a

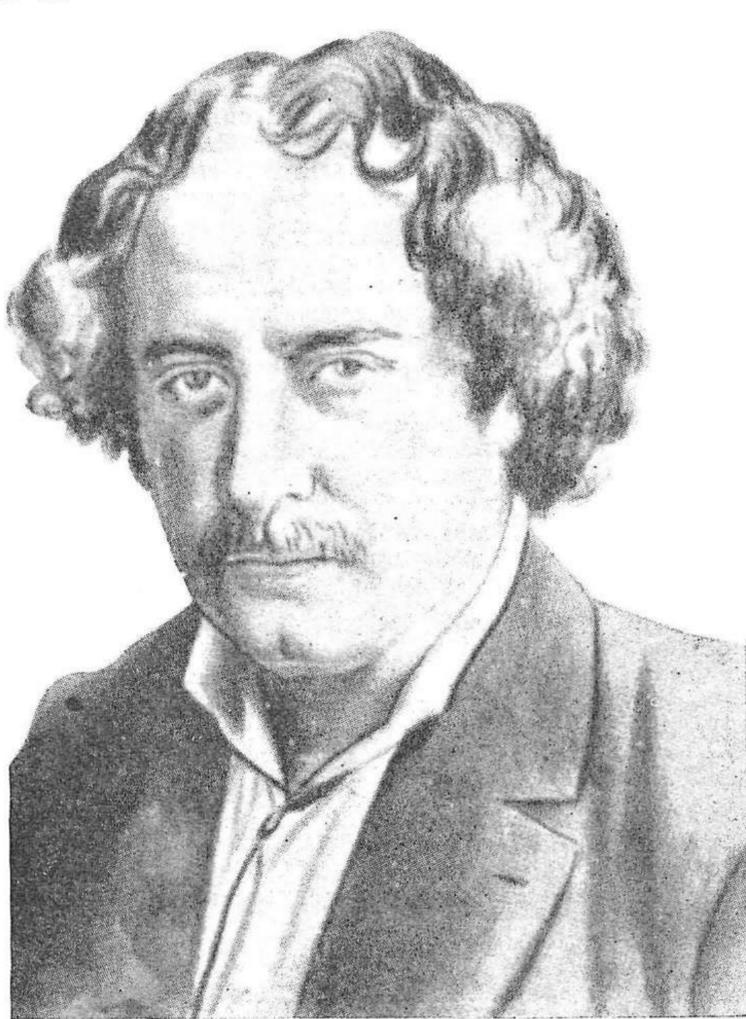
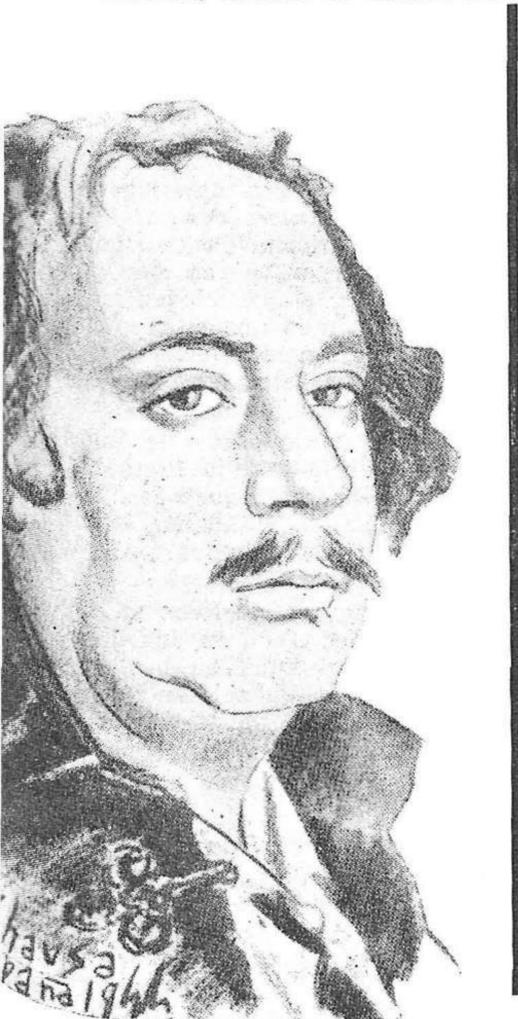
su barroco, a su maciza, a su combatiente prosa, esmaltada de salpicar de vocablos que chispean la realidad brutalizada del «conceito» o del «efeto». Noel no vuelve la cara a nada, es el novelista que inventa el tremendismo, lo trágico abultado, en el que luego se gozará otro Noel contemporáneo: López Pinillos. Y enarbola lo grotesco para clavarlo en lo trágico, le pone bandera bufona a la fatalidad. Para Noel la pauta es lo salido de la enjundia, salga como salga. No hay moda ni ismos en Noel, no hay naturalismo, modernismos, ni subordinismo. El sol apeleante de luz, los hombres hidalgos de honra, las mujeres semihuidas, sorbiéndose los padeceres, y en el día climax, estallando mujeres y hombres en pasiones diólicas, levantándose en levitación sobre el destino padre. O las costumbres, o los crímenes, o la burla gruesa: tal es Noel. Y ese su picarismo nativo junto a la caballerosidad y el estoicismo; el tic de barbazorros y brega lardera que se trae el sancho disimulado en el trasiego de la heredad anímica.

¿TESIS PARA VEINTE AÑOS DESPUES?

Un escritor español típico, su síntesis. Español de robusto párrafo y aderezo rústico de habla, desesperado amor, ansia de lograr la España que pide perfección. Un día, el orador que ha dado miles de conferencias y «españolado», como dirá luego García Sanchiz, la inmensurable España espejada, se atreve a proponer — es el 1916 — lo que leído ahora se advierte es premonición y anticipo de tesis, desde 1936 usaderas:

«Jóvenes cultos hay muchos en España. Sin exageración, jamás hubo en España ni tantos ni tan admirables jóvenes de talento. El criticismo ha cristalizado en su forma definitiva educadora y no abris un periódico o un libro donde no os encontréis con altas especulaciones que revelan una fuerte disciplina mental, interés científico, vivo amor patriótico. Es más. Con alegría notamos que se van deslindando las dos Españas y que cada vez se odian más los jóvenes facciosos de la política, los señoritos chulos del parlamentarismo y los jóvenes severos que incorporan enérgicamente a la mentalidad española valores meritísimos que la ignorancia ambiente desconocía. Mucho esperamos de ese odio, pero la realidad nos aconseja una acción menos individual y vamos a proponer con sencillez uno de esos medios a los que los hombres de todos los tiempos acudieron para militarizar la inteligencia. Ese medio consistiría en agrupar bajo una disciplina de hierro los esfuerzos espirituales del mayor número posible de jóvenes trabajadores, descartando con mano firme a los haraganes del sentimentalismo puro. Es decir, que proponemos a la intelectualidad española la creación de una orden laica que tenga por objeto sembrar cultura en todos los pueblos de nuestra patria, empezando por los más pequeños y los más olvidados. Si hoy la labor de cada joven es productiva y consoladora, ¿qué no sería si un fuerte sentimiento de la unidad de acción les hiciera ver los resultados de un trabajo colectivo, armónico, sujeto a una obediencia ciega? Aquellos jóvenes que visitan España y viajan por ella saben que nuestro pueblo gusta más de la palabra hablada que de la escrita. Ni errores tremendos, ni desprestigio de la gloriofobia, ni el fracaso de la vanidad oratoria han podido arrancar de esa gran raza nuestra su ardiente deseo de oír. Se lee muy poco, pero se escucha mucho. Será eso todo lo malo que queráis, pero así es. ¿Por qué no aprovechar en nuestro beneficio y el suyo esta cualidad de temperamento que nada es capaz de vencer, de sustituir? Puesto que el pueblo gusta oír hablar, hablémosle. El no viene a nuestros libros ni a nuestros artículos. Vayamos nosotros a él. Ahora bien, vayamos a él en una forma nueva y de un modo tal, que su sorpresa sea indecible... Un partido marcha siempre deprisa, demasiado deprisa para detenerse a educar el alma colectiva de la muchedumbre. No tienen tiempo. Toma lo que le dan y si algo repara es en el número, en la cantidad. Por eso el parlamentarismo es la más burda de las ficciones universales y nadie cree en él, ni los mismos que lo integran, siendo los primeros en adaptarse el grotesco y productivo mimetismo que engendra la gran mentira del pueblo soberano de sí mismo... La orden habría de predicar moral, pero una moral biológica... Tendría por misión cultivar en las almas la verdad, costase lo que costase, separando de la política a las masas, educándolas, disponiéndolas a ejercer en la vida social su ministerio con independencia y conocimiento de causa... La conferencia matará la oratoria de mitin que tanto daño ha hecho. En la Orden de Predicadores laicos la conferencia será el alma. El recinto donde habléis se llenará si buscáis al pueblo y le llamáis con esas frases a las que jamás se niega, si ve que habláis con fe, con ideal, con sangre en los labios... (Aparte, semanario de Alicante.)

En el número 6 de LA ESTAFETA, Chausa —para ilustrar un artículo— dibujó por informes a Eugenio Noel, saliéndole calvo y con una cursi cara de huevo, pero rectificó en el número 10, retratándole con la inspiración prestada por una fotografía del gran raro que hoy evocamos, resultándole la obra que reproducimos a la izquierda según se mira la página. Desde entonces Chausa acierta plenamente cuando Noel es su tema, como lo prueba el grabado de la derecha, tomado de nuestro número 19.



Parece que se oye a los regeneradores: desde Quevedo, piedra de cimiento; los de la ilustración: Jovellanos, Cadalso, criticistas; los retorcidos de «dolor de España» que padecen el desastre del 98: Costa, Macías Picavea, Julio Senador, Ganivet, Unamuno, Giner, Maeztu; los que dan el primer paso al frente para la acción, jóvenes mauristas del día de la primera guerra europea; luego definitivos, Ramiro y José Antonio, Onésimo y Ruiz de Alda, Juan Aparicio y Giménez Caballero, que consiguen la revulsión, la rectificación, el triunfo. Desde que se inicia la debilidad y se inicia la derrota, en el setecientos, por las vértebras de España corre un escalofrío germinal. No se trata de llorar, sino de analizar; no de vengarse, sino de renacer y subir de nuevo al cenit. España ha sido el emporio de la grandeza, no debe acoquinarse ni afeminarse: si examinar sus errores, las causas profundas y virilizarse. Ninguno con una pluma en la mano o «sangre en los labios» desde la muerte de Felipe III, deja de cantar esa misma canción. Eugenio Noel es fidelísimo a España, estrujándose para deducir el zumo; él, que ha reunido por linaje y absorción en su inteligencia las calidades del pueblo tal como es, su ánimo del pueblo de barro y mirada a lo místico, del que crea y es tracionado, del desorientado que trabaja, del pueblo de pisapuestos, que oye campadas natales, analfabeto que gusta oír y desprecia a los muermos que mandan y pavonean, el de estudiante sopista y emigrante crispado, el de nevica y rebaño en paridera, taller artesano, reata comerciante, navío de remo, mucho instinto y agudeza, mucho aguantar y mucha cólera. El pueblo que ha defendido España contra levitones, casacones, afrancesados, pedantes, explotadores, camándulas y ociosos. El buen pueblo que cría el pan y el pámpano, y encenta el pan y vendimia y embota el vino, sacramentales.

ESE HOMBRE DE LA CUEVA

Noel es vástago en flor de ese pueblo «bajo», rebote de su santidad mortal, con él aspira a ir en algara contra el malsin de la democracia falsa, la gobernación tuerta, la osadía de aristocratizar látigo junto al can hambriento. Sabe que lo que ha descarriado a España ha sido el arriba de palacios secos de jugo de eco de hoy y de ayer. ¡Con qué ternura habla Noel de esos gleba y pecheros y mujerucas de araña de tiempo moviéndoseles en la cara de cuero! Otros les llamarán, después, «burgos podridos», él los regaza en su seno sabihondo para salud de conocimientos mediante predicación apostólica.

Ha sido sorche pelón —sin su melena, sacrificada, como todo él; su penacho de independiente y extasiado—; ha sido obrero de manos al tiempo que cronista de su falta de hazaña y de la descomposición de las sojuzgadas armas; y maestro ciruela de aldeanorros, pero catador de soles zahories al amanecer, mirón de serrijal con galayo, ave de altanería que sigue el consejo de los suyos: «Sube, sacre, tomarás garza», a pesar de halcón, él, con peso de guijarro a la pata. Ha sido grande España en su sótano, cuando los vecinos le denominaban, haciéndole la higa, «ese hombre de la cueva»: su grandeza, su miserable miseria de beber en el mismo vaso que orina, lo cuenta Ramón. Pero, a compás, acopiar las gemas del idioma que hablan los hijos de Berceo, que recrean todos los días su habla sacándose de los manaderos, Noel levantando caligrafías en su vasar, los cristales transidos de belleza de voces hermosas. Si muere todos los días como todos, él más, pues, muere con bascas de lo malo y ansias inaplacadas de porvenir, pero deja esperanza escrita de haber sido, después de útil y bienaventurado de su patria, inscrito entre sus Hombres con mayúscula. Venturoso el desgraciado, bendecido el poeta maldito, en ascensión su abajamiento. Dió todo lo que tenía, plasma de pensamiento, y lo que recogió, conchas irisadas de playa del océano del castellano. Tuvo fuerza y la aplicó a levantar a pulso, sin barra de apoyo, su monumento español y literario. No se enanó ni le acoquinó la adversidad. Fué maestro de un sentido de las letras, continuado después, imitado y callado por ello. El verdadero Eugenio Noel constituye ejemplo humano, pesar de ingratitud, lección de arte de raíz. A ver quien da más.



Un vagabundo del 98: DON CIRO BAYO

ANTONIO MANUEL CAMPOY

«Carísimo lector: No te importe acompañarte de un vago; sólo el ponerse bajo la protección de la santa curiosidad hace a los desarraigados, a los aventureros, a los filósofos trashumantes, nobles por el espíritu y por la fortaleza del corazón.» C. B.

A Don Cirio Bayo y Seguro la hay que ir a buscarle al sótano de la generación del 98, o al cafetín, o a la posada, o a la trastienda de la cacareada generación. A Don Cirio no se le puede encontrar ni en los celebrados centenarios ni en las exquisitas antologías. A él, que posiblemente fué el último hidalgo español, el único Lázaro sin picardías que hemos tenido, hay que buscarle en los barrios bajos del 98, en las afueras de Unamuno y de Valle-Inclán, en el suburbio sentimental de las memorias de Baroja, donde descansa en paz con sus cofrades Alejandro Saw, Cornutti, Rafael Urbano, José Ignacio Alberti, Pedro Barrantes, Alberto Lozano, Modesto Pérez, Camilo Bargiela, León Villanúa, Pedro Luis de Gálvez y tantísimos otros altos escritores de segunda fila y benditos poetas malditos como hemos tenido.

Don Cirio Bayo y Seguro la, con todo su nombre de fundador del imperio persa, es una de las figuras más agrisadas en la literatura española del desastre, precisamente porque escribió una obra extraordinariamente luminosa, llena del sol soberbio y mendicante de los caminos de España y del sol todavía sin acristianar del Orinoco, en cuyas orillas ejerció de domine entre la indiada y, obligado por las circunstancias, se vió en la cortés necesidad de comer carne de chiquillo, como un antropófago cualquiera.

Don Cirio Bayo y Seguro la, en aquel Madrid de castañas calentitas y casas de huéspedes que olían a gato, fué un verídico personaje de Barbey d'Aurevilly, una especie de último chuán espiritual y romántico que, como aquí no había chuanería, se tuvo que echar al monte con los carlistas y peleó por Dios, por la patria y el rey, de lo que le quedó siempre un casto resabio de estratega caminero, arrastrado por el cual se complacía años después en disponer a los hermanos Baroja en fantástico orden de batalla y acabar con ellos desarmados y cautivos.

DON CIRO, EN LA GUERRA

Don Cirio había nacido en Madrid el año 1860, reinando Doña Isabel II y en plena unión liberal. Fué hijo natural de un banquero isabelino llamado don Adolfo Bayo, de familia toledana, de Yepes, y de una señora Seguro la, de estirpe guipuzcoana, que se había casado con un señor Perelló, por lo cual don Cirio era hermanastro del famoso baritono Perelló de Seguro la, al que debió don Cirio su inmarcesible afición al bel canto.

Don Cirio, hijo del amor, debió de recibir una educación esmerada: lo llevaron a buenos colegios en Madrid y en Barcelona, aprendió varias lenguas y, tempranamente picado por su musa aventurera, a los dieciséis años se escapó de casa y se va a la tercera guerra carlista, al Maestrazgo, batiéndose a las órdenes del general don Antonio Dorregaray, cuya vida escribiría Don Cirio muchos años después. Don Cirio hizo la guerra con espíritu deportivo, casi como un pretexto para recorrer los ca-

minos de España, y cuando lo trincaron prisionero y se lo llevaron a Mahón, vió en tal circunstancia ocasión señaladísima para pasarse unos meses filosofando al sol sobre el extraño destino de los españoles.

DON CIRO, EN INDIAS

Cuando acabó la penúltima guerra carlista, Don Cirio se embarcó para Cuba, y vivió en La Habana dulces meses de guerra chiquita y de excursiones por la manigua y por las plantaciones de caña y de tabaco, repatriándose luego a España sin más equipaje que el recuerdo de una linda criolla y un sentimental repertorio de habaneras y guajiras que en su vida jamás podría olvidar. Una vez aquí, se decidió a proseguir sus interrumpidos estudios, se hizo abogado, perfeccionó los cuatro o cinco idiomas que sabía y se embarcó otra vez rumbo a América, recorriéndola desde el río Bravo hasta Punta Arenas, en plan de ideal aventurero y de misionero laico, dedicándose a ejercer de maestro de escuela, enseñando a leer a los indios, en los Andes y a lo largo del Plata, en las selvas del Amazonas y en las poblaciones indias del Orinoco.

De aquellos viajes le quedaron a don Cirio millares y millares de recuerdos, discípulos que hasta llegaron a presidentes de alguna de aquellas repúblicas y países con cuyos paisajes, historia, costumbres y lenguas indígenas escribió después sabrosísimos libros, como *La plata perulera*, *La reina del Chaco*, *Bolívar y sus tenientes*, el inefable poema de *La Colombiada*, *Por la América desconocida*, *Los césares de la Patagonia*, *El peregrino en Indias*, *Los caballeros del Dorado*, *Los ríos del oro negro* y un *Vocabulario criollo* que todavía es una delicia leer.

DON CIRO, DE LAZARO

Don Cirio Bayo tenía carne de bohemio. Vuelto otra vez a España, se dedicó a gastarse con elegancia un dinerito que le había dejado papá el banquero, y con los solajes de aquella herencia se dió un largo paseo por Europa, al cabo del cual regresó a Madrid, convencido de que el mundo era igualito en todas partes: en Arequipa y en los Campos Elíseos, en Jujuy y en Nápoles.

La tentación de hacerse funcionario, tan fascinante en Madrid, fué rechazada por él con la bravura de un anacoreta, y en vez de emplearse como abogado en cualquier ministerio, decidió recorrer las calles de Madrid y los caminos de España, incansablemente, apasionadamente, austeramente. Y mientras andaba de un sitio a otro, iba escribiendo sus libros, y hacía traducciones, para el editor Rodríguez Serra primero y más tarde para el editor Caro Raggio, cuñado de don Pío y padre del historiador Julio Caro Baroja.

El editor Caro Raggio fué entrañable amigo de Don Cirio, a quien protegió con delicadeza, y amigos entrañables suyos fueron los hermanos Baroja, don Pío y don Ricardo, y el entonces niño Julio Caro Baroja, a quien Don Cirio llevaba a ver la parada del Palacio Real y los entierros importantes, cuyo ceremonial le explicaba a su pequeño amigo, dándole detalles de la vida militar y del protocolo civil de las grandes ocasiones. «Don Cirio—cuenta Baroja—tenía tipo físico y espiritual de un

hombre del siglo xvii. Alto, flaco, esbelto. Como solitario, no necesitaba de nadie.»

Don Cirio debió de ser hombre de una moral rígida, incapaz de hacer nada sucio. Cuando el editor Caro Raggio pretendía pagarle una traducción más ventajosamente de lo acostumbrado, Don Cirio rechazaba lo que él creía sobrante y se quedaba tan fresco. Una vez se le quedó sin casa una sirvienta que había tenido, y don Cirio le cedió olímpicamente su propia vivienda y él se fué a vivir a una casa de huéspedes.

Don Cirio tenía un arsenal de anécdotas, que, si se encontraba a gusto con los amigos, contaba con aires de mariscal jubilado. La serie de oficios que tuvo que ejercer en sus peregrinaciones por América, las peripecias que le ocurrieron allá y acá (una vez, como he dicho, se vió obligado a comer carne humana, que «tenía un ligero sabor a cerdo»), le suministraron materiales preciosos para escribir sus libros, que son otros tantos aspectos de su biografía proteica y romántica.

Uno de estos libros, el *Lazarillo español*, tal vez no tenga igual en nuestras letras, por su pintoresco estilo, por la directa visión de España que hay en él y por un airecillo de bondad estrafalaria que lo recorre todo y que prende en nosotros de la manera más simpática. La ruta de Don Quijote (este Don con mayúscula es también imprescindible en el tratamiento de Don Cirio Bayo), Sierra Morena, los caminos del Guadalquivir, las cuevas de Purullena, la pesca de Elche, sus pasos por Cataluña, en fin, componen páginas de un encanto poco frecuente en nuestra literatura viajera, la cual, en los últimos cincuenta años, no se puede entender bien sin conocer la obra auténticamente vagabunda de Don Cirio.

DON CIRO, TIPO BAROJIANO

Otro de sus deliciosos libros de andar y ver es *El peregrino entretenido*, escrito después de un viaje que hizo a principio de siglo con los hermanos Baroja por tierras de Castilla y de Extremadura, y en el que se cuentan lances sólo comparables a lo que el propio don Pío dice de aquel viaje en sus memorias; por ejemplo, los lances de estrategia a que era tan aficionado Don Cirio Bayo.

«Uno de los entretenimientos de nuestra marcha—escribe Baroja—en la excursión a Gredos, además de hacer fuego y la comida, era discutir de estrategia. Pasábamos siguiendo la línea de la sierra de Gredos y salíamos a un valle con algunas colinas.

«—A ver—decía alguno—. Supongamos que el enemigo está atrincherado en aquellos cerros; nosotros tenemos aquí, en la llanura, mil quinientos hombres, un pelotón de caballería y tres piezas de artillería. ¿Qué hacemos? ¿Atacamos o no atacamos?»

«Nunca estábamos de acuerdo en nuestros planes estratégicos.

«Después de la discusión, Don Cirio suponía cómo se redactaría el parte oficial que tenía que dar el alcalde de aquellos pueblos al ter-

minar la lucha. Dictaba como si estuviera delante de un secretario:

»*El alcalde de Losar de la Vera al ministro de la Gobernación.*—A las siete de la mañana del día 10 del corriente se han presentado en las inmediaciones de este pueblos varias partidas facciosas, al mando de los cabecillas Seguro y Baroja, y, después de sacar raciones, se han dirigido por el camino de Plasencia»

Don Ciro, según cuenta don Pio, debía ser un extravagante compañero de viaje, con teorías fantásticas sobre la hospitalidad que deberían ofrecer los conventos si se llamaba a ellos saludando con un «la pace» lleno de distinción. Su sentido de la oportunidad lírica también era muy extraño, y cuenta don Pio que cuando tuvieron que cruzar el Tiétar, con el agua al cuello, Don Ciro, al ver luchar al borriquito que llevaban contra la corriente, se plantó en la orilla, calado hasta los huesos y estornudando, y se puso a cantar muy tierno la romanza del cisne, de *Lohengrin*:

*Mercé, mercé Cigno gentil,
valica ancora l'ampio ocean...*

DON CIRO, POETA

Don Ciro fué arrastrando su vida bohemia y digna hasta después de nuestra penúltima guerra civil, y murió el año 1939, acogido a la institución Cervantes, asilo de artistas y escritores sin suerte pecuniaria. Su obra no ha sido reeditada como debiera, ni estudiada como corresponde. No conozco, yo al menos, un estudio serio sobre los libros de Don Ciro Bayo y Seguro. Las únicas referencias que tenemos de él, referencias importantes, son las de don Pio y las de su sobrino Julio Caro Baroja, y un ensayo hondo y delicado debido al escritor y poeta cubano Gastón Baquero.

Don Pio Baroja guardó siempre un recuerdo jovial y amistoso del raro escritor caminero, de quien recibió un soneto laudatorio que alguna vez se complacía en recitar:

*Marcial, a pie, con el machete al cinto,
su chambergo, sus botas y bufanda,
el gran Pio Baroja va en demanda
del sitio do muriera Carlos Quinto.*

*Recorriendo el ríscoso laberinto,
en que el Tiétar despéñase y se agranda,
llega don Pio a la precisa banda
en que se oculta el imperial recinto.*

*Llama ansioso a la puerta del convento,
y a complacerle sale, en lo que guste,
un fraile capuchino de gran juste.*

*Don Pio ve lo que refiere el cuento,
y exclama, al fin y al cabo, «¡Bravo embuste
la leyenda del Káiser y de Yuste!»*

DON CIRO, RECORDADO

¿Por qué no se reeditan algunas de las obras más significativas de Don Ciro? El *Lazarillo español* sí circula, pero sus libros americanos (¡qué magnífica selección y antología sabría hacer Gastón Baquero!) no se ven más que, raramente, en los puestos de viejo. Creo que el Instituto de Cultura Hispánica debería editar, si no la *opera omnia* del rarísimo colonizador, sí que sus obras hispanoamericanas más curiosas, en las cuales aprenderían no poco los lectores del otro mundo, pues en ellas, además de las descripciones de aquellos lugares, aparecen personajes que fueron famosos, y en circunstancias que ignoran la mayor parte de los biógrafos corrientes y molientes.

Otra cosa que habría que hacer con Don Ciro Bayo sería ponerle su áureo nombre a una calle, aquí donde tales pelafustanes lo están teniendo, o advertir al viandante, en lápida lapidaria, que allí, en la calle de Antonio Grilo, vivió y rumió sus recuerdos aquel gran solitario de las letras hispánicas, Don Ciro Bayo y Seguro, cuya figura quijotesca y gentil se esfuma melancólicamente en el horizonte literario. El, que, además de un noble escritor, fué posiblemente el último cisne lohengriano que cantó en Madrid, el último vagabundo espiritual de España, el último bohemio honesto y sentimental que hemos tenido.

Casi raro, casi olvidado: FRANCISCO VILLAESPEA

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Y escribo *casi*, porque aún se le concede un rinconcito—con escasas calorías adjetivas—en las historias de la literatura española; porque aún se le cede una o dos páginas en las amplias antologías de la poesía española; porque aún salta de improviso su nombre, en acentos extrañados o desdeñosos, en las tertulias literarias; porque aún viven algunos de sus amigos y discípulos más entrañables que mantienen *su culto* como en unas caticumbas de intimidad fervorosa. Pero sus obras, hay que decirlo, se venden con cuentagotas; y, claro está, no se reimprimen sino por años bisiestos y en ediciones casi avergonzadas.

Los actuales poetas autores de *biombitos* líricos, premiados y sin premiar (yo llamo *biombitos líricos* a esos folletitos de cuatro plieguecillos, con grandes márgenes por páginas y aun muchas páginas en claro) desdeñan olímpicamente a Villaespesa. Cuando no le ignoran, o lo fingen. Y es que Francisco Villaespesa no fué, ¡ay de él!, un poeta *comprometido*, esto es: poeta al servicio de su hecho histórico y de su realidad social, poeta denunciante y fiscal, poeta documento y memento, poeta archivero de éticas adulteradas de juricidades violadas, de ideologías amañadas. Francisco Villaespesa fué, ¡ay de él!, un pobre poeta aún devorador insaciable de lunas, de amores, de paisajes, de musicalidades, de emociones íntimas, de fantasías orientales, de imágenes delirantes, de afanes inconcretos; un poeta aún creyente de la bohemia, de la amistad, del desinterés «gremial», de los reconcomios del alma, de los pálpitos del corazón, de las grandezas patrias incondicionales y sin distingos políticos, de la religión cristiana sin demasiadas observaciones conciliares...

Pues bien, este pobre poeta Francisco Villaespesa y Martínez del Toro nació en Laujar de Andarax, Almería, al pie de Sierra Nevada, el 14 de octubre de 1877. A su pueblo, a su provincia, las evocó Villaespesa muchas veces y con emoción profunda...

*¡Oh morisco Andarax donde he nacido,
sé buena madre para mi amargura!*

*¡Porque bajo el zafiro de tu cielo, Almería,
al soplo de la brisa que agitan los palmares,
apareció el milagro de luz de mi poesía,
cual Venus de la copa celeste de los mares!*

Su padre, don Francisco, fué hombre de leyes y ejerció de juez. Personaje culto y amable, pero alérgico a la poesía. Y su madre, la soñadora doña Angustias, murió pronto, cuando aún el niño Paquito no había cumplido los tres años. Su padre binubó con una hermana de su difunta; la cual tía fué una millonaria de ternuras y caprichitos para su sobrino Paquito. Cuando éste cumplió los ocho años fué enviado a un colegio de Almería, ciudad en la que don Francisco actuaba de juez. Y es lógico creer cuanto nos dicen los mejores biógrafos del poeta: que poseyó exuberancia imaginativa, inteligencia muy despejada, espíritu de observación artística, carácter generoso hasta el absoluto desprendimiento. Y también creemos, ¡y cómo no, si es el tópico paternal que siempre pesó sobre los genios y los ingenios!, que el juez don Francisco se amoscaba con la versoreta de su hijito, a quien privaba de plumas, lápices y papel,

por lo cual Paquito había de agenciárselas escribiendo con punzones en las paredes de su cuarto de estudio. De esta infancia del poeta se conservan algunos versos. Y de sus doce años, una epístola amorosa curiosísima que delata su precocidad amorosa—de ascendencia arábica—; epístola que recoge el hasta hoy más puntual biógrafo de Villaespesa, su discípulo y amigo entrañable Federico de Mendizabal, y que yo no me resisto a copiar a continuación, con su sintaxis arbitraria y sus pecados contra la ortografía:

*«Srta. doña Matilde Martín Massa.
Almería.*

5 de octubre de 1889.

Mi queridísima prima Matilde:

me alegraré que al recibo de ésta esté bueba, como yo me hallo. La presente no tiene otro objeto que decirle que si tiene compromiso, pues me han dicho que tiene tres o cuatro pretendientes, entre los cuales se hallan Antonio Bueso, Luis Gil y Bernardo Campos, con los cuales e tenido barios lances y a este último le abrí la cabeza. Esto significa que os amo con todo mi corazón; sé cómo va a suceder, que no me báis a contestar con la hermosa palabra SI. Pues mi amor es juramentado, hice juramento de matar a todo amante vuestro que tomareis por dejarme a mi, y este juramento lo hice ante la imagen de Jesucristo



lo cumplirá. Si me amais, os amaré, en primer lugar a Dios y en segundo a ti, Matilde; pero si me amais que me seáis Leal. Por vos daría la muerte; moriría tranquilo muriendo por vos. Hay dos caminos: el SI que en diciéndolo vuestro labio sería el más dichoso de todos; el NO, que vos sereis el verdugo, pues si decis esta palabra mataréis tantos amantes como tengais y me suicidaré; conque escoger entre el ángel y el verdugo.

Yo os ame. os e Hamado y os amaré mientras viva, conque si me amaseis, dentro de 4 o 5 años seremos dichosos, pues haré el grado en dos años y seré Teniente de Hestado Mayor, y entonces, si me amais, seremos dichosos, y si no, seré el segundo Don Juan Tenorio y vos sereis la criminal, porque en vuestro labio está mi salvación o mi ruina en la Cárcel.

También sé que tu prometido Vicente Villaespesa os ama, pero pobre viejo que viene ha interponerse entre nosotros, miserable viejo, no ve que mientras una de sus manos se agarra a la a la vuestra, no ve la muerte, que le agarra la otra. Miserable viejo, más le valiera haber muerto que haber nacido, porque morirá en mis manos, si, oy o mañana, y e de ser su verdugo. Lo mismo les sucederá a los otros tres o a los que sean.

Hecho un manso reo que espera la pena le le hecha su presidente, estoy esperando; el reo soy yo y el presidente sois vos. En este mes o en el otro damos una corrida de toros, cullo primer espada soy yo (a) Guerrita Chico, y esto quiere decir que si me dais permiso para torear y ser vos la Presidencia, en unión de las amigas que quieran y puedan, pues será domingo. Espero con ansias el SI o el NO de tu corazón. Sin más, que no lo sepa nadie que he escrito nada más que Dios, tu y yo.

Tu primo Paco.»

¡Buena melopea esproncediana, zorrillesca, romancesca, taurina la del pobre Paco! Cuya prima Matilde era una buena moza digna de representar los valores plásticos de la ardiente Andalucía.

Su primer soneto—y llegaría a ser, por la cantidad y la facilidad, el primer sonetólogo de su promoción lírica, muy proclive a la sonetología—lo publicó en *La Crónica Meridional*, de Almería, en 1890. Y terminado el bachillerato, le matricularon en el preparatorio de Leyes, y en la Universidad de Granada, para el curso 1894-1895. Y, claro está, ya en Granada, al precoz poeta le interesaron precisamente tres asignaturas que no eran las estipuladas en la matrícula, historia de España, filosofía y literatura, sino otras tres que sin esfuerzo, por los ojos y a vivas seducciones, se le metían en el alma: Alhambra, Generalife y Albaicín.

Por supuesto, Villaespesa no terminó—¿la inició siquiera?—la carrera de Leyes. Pronto se fugó a Málaga, donde encontró amigos—Narciso Díaz de Escobar, Arturo Reyes, Salvador González Anaya—y periódicos dispuestos a jalear sus poemas. Y a los pocos meses se largó a Madrid..., «patria de todos», ansioso de cursar con aprovechamiento todas las asignaturas, amargas y alegres, de la bohemia, y aun de doctorarse en ella..., con permiso de los entonces catedráticos Pedro Barrantes, Joaquín Dicenta, Miguel Sawa, Manuel Paso y algunos otros de menor fama doctoral en la materia. Tertulias de café barato y de tabernas cochambrosas en las altas horas de la noche y en los balbuceos de las madrugadas. Casas de huéspedes casi de aquelarre..., dejadas a deber cada quince días luego de tremebundas grescas con las patronas abrujadas a lo goyesco. Redacciones de diarios y revistas. Gozosos «atracos»—tras fementidas promesas— a editores tan presuntamente feroces como el «tiernísimo en el fondo» don Gregorio Pueyo. Diarias luchas dialécticas con los implacables tasadores de las casas de préstamos. En fin, «lo canónico», antes de 1920, en la bohemia literaria y artística madrileña y, supongo, mundial con o sin música de Puccini.

Pero gracias a su enorme talento y a su asombrosa facilidad para escribir poesía, Villaespesa no llegó a ejercer la bohemia sino contados años, pues que la musicalidad, la plasticidad coloreada con calidez y la emoción apremiante de sus versos le abrieron las puertas de una pronta popularidad..., con ingresos económicos no desdeñables. Y sus poemas fueron gala y sabroso cebo en las revistas literarias más acreditadas de España: *Helios*, *Germinal*, *Vida Galante*, *Renacimiento*, *Vida y Arte*, *La Lectura*, *Cervantes*, *Los Lunes de «El Imparcial»*, *Blanco y Negro*, *La Esfera*... Si, lo que se dice firma codiciada la del exuberante y delirante Francisco Villaespesa, tanto en España como en los países de habla castellana. Y por donde iba el poeta con él iba, embrazados, el gozoso escándalo lírico, la apoteosis de la poesía emotiva o fantaseada con música de fondo. Con las anécdotas pintorescas y asombrosas de las que fueron protagonista, entre 1900 y 1920, Villaespesa, Manuel Machado, Emilio Carrere, Joaquín Dicenta, Alfonso Camín, Eduardo Zamacois, Felipe Sassone... podrían nutrirse dos o tres libros muy mayores de edad. Pero no quiero que se me olvide que Francisco Villaespesa, con motivo o sin él, a puro capricho, se disfrazaba de árabe pudiente—de cadí para arriba—y así se retrataba, y así recitaba sus poemas en público, y así asistía a tertulias y bailes, y hasta viajaba así—para asombro de sus compañeros de vagón—con la melancolía de alhambras y oasis de sus ojos y las muecas y los ademanes de un muecín recién apeado del minarete...

Su primera novia se llamó Elisa, hermana de la novia de Manolo Machado. Y con ella contrajo matrimonio en 1900. Elisa era dulce, soñadora, triste, chopiniana en el piano y pretuberculosa a escondidas. Y, naturalmente, Elisa cumplió su obligación de morirse pronto, como todas las primeras musas muy amadas de todos los grandes poetas; pero dejándole a Paco una hija muy niña, llamada Elvira, y una tristísima pero abundantísima fuente de inspiración, de cuyas aguas puras y dulcemente musicales llenó el poeta varios de sus mejores libros: *La musa enferma*, *Tristitia rerum*, *In memoriam*, *Viaje sentimental*... En fin, lo que se dice una retinta correspondiente a los bienes gananciales. Y como todavía eran los viajes el remedio más eficaz para atenuar las penas, Villaespesa realizó varios viajes por Portugal, Francia, Bélgica, Italia. Y ya aliviado de recuerdos penosos contrajo matrimonio—1906—con María, bella, inteligente, paciente, abnegada y en perfecto estado de salud.



Villaespesa, visto nuevamente por Tovar en la última época de la vida del escritor

Desde entonces, la andadura fácil, fecunda, gloriosa. A la que contribuyeron decisivas sus obras teatrales pletóricas de énfasis, de colorido rutilante, de fantasía sin fronteras, de patriotismo encañonado, de musicalidad pegadiza: *El Alcázar de las perlas*, *Aben-Humeya*, *El rey Galaor*, *El halconero*, *La leona de Castilla*, *Doña María de Padilla*, *La maja de Goya*... Recorrió toda la América española, al frente de su compañía teatral, representando sus obras, recitando sus poemas y escribiendo dramas americanos por encargo de presidentes opulentos y tiranos. Ganó mucho dinero, pero su corazón y sus manos tenían generosas filtraciones para sus amigos, y para sí mismo gastaba con fanfarria de nabad.

Enfermo, pobre y con el alma desgarrada, regresó a su España para morir. Asombrosamente fecundo—aun con cierta tendencia al *retrato* levemente disimulado—, de una calenturienta y delicada fantasía, melancólico casi siempre, magnífico director de orquestas para sinfonías y conciertos de melodías inolvidables y muy pegadizas al oído, más que discípulo de Rubén, al que imitó bien poco, de quien tomó—formalmente—nada, y de quien le separaban abismos de afanes, Villaespesa, árabe andaluz, está en la línea lírica de Zorrilla y Salvador Rueda, tanto por su invencible tendencia al colorido rutilante, a la imagen fantaseada, a cierta sensibilidad evocadora y amatoria, a la nutrida apetencia voluptuosa, como por el estrepitoso escándalo de rimas trompeteras y de ritmos marcados con gozosa marcialidad. Es, como ellos, un auténtico romántico que se entristece con la juventud perdida, con la amada imposible, con el triunfo de la muerte sobre la vida.

El propio Villaespesa nos explicó con sinceridad su situación poética: «Mi adolescencia había despertado al arte en el milagro de éxtasis y tristeza del Generalife, en la gracia voluptuosa y florida de los jardines árabes, bajo la llama de los naranjos y bajo el silencio misterioso de los cipreses, junto a la melodía lauda de los surtidores, en las blancas galerías de columnas y bajo los techos de oro de la Alhambra, en la melancolía más que humana de las noches granadinas... Y este ensueño, esta inquietud, fué concretándose en romances, en sonetos, en gacelas, en casidas, en centenares de poesías...» En miles y miles, aclararía yo; superabundancia en la que abundan las caídas y las reiteraciones. Pero a su sinceridad confesada hacen honor los mismos títulos de algunos de sus libros más inolvidables: *Los remansos del crepúsculo*, *Ajimeces de ensueño*, *La sombra de los cipreses*, *El alto de los bohemios*, *El patio de los arrayanes*, *El mirador de Lindaraxa*, *Jardines de plata*, *Los nocturnos del Generalife*, *La fuente de las gacelas*, *El encanto de la Alhambra*...

Amó Francisco Villaespesa lo pagano y lo bohemio, lo patriótico romancero. Y fué sensual, apasionado hasta el patetismo, y triste. Tuvo facilidad y arte muy singulares para cincelar sus versos y para ponerlos música, ya apianada y chopiniana, ya sinfónica y schubertiana. Fué un modernista neto, pues que le orearon, movieron y conmovieron vientos parnasianos y simbolistas; pero amó mucho más, ya desviada su juventud, la intimidad tallada a diamante por la melancolía de tantas cosas como se mueren o como se desgastan cada veinticuatro horas.

Me libraré mucho de afirmar que Francisco Villaespesa fué poeta de primerísimo orden. Pero sí fué un magnífico segundón, como magníficos segundones fueron Manuel Machado, Enrique de Mesa, Enrique Díez Canedo, Eduardo Marquina... Y poetas con algunos poemas de primerísima calidad no inferiores a los firmados por los poetas más geniales de su época. El más fecundo de todos estos magníficos segundones. Francisco Villaespesa; el más fácil, el más musical, el más ablandado siempre por la ternura, el más aficionado a los solos de piano o de arpa. Ciertamente no toda, ni aun la mayor parte, de su obra poética tiene fuerza para imponerse hoy. Pero no menos cierto que de ella puede ser espigada una nutrida antología de valor imperecedero. Y creo yo que si de un poeta pueden seleccionarse un centenar de poemas extraordinarios, ese poeta no merece caer en el olvido, ni siquiera tomar el calificativo de raro.

Las resurrecciones de RUIZ CONTRERAS

JUAN APARICIO

DON Luis Ruiz Contreras resucitó varias veces; pero al morir con noventa años en abril de 1953, su nueva palingenesia, como la publicación de su epistolario literario y privado, desde 1906, fecha de su adquisición de una máquina de escribir sobre la que tecleaba con papel de calco, aún yacen sin resurgimiento e inéditas. Nombrado albacea testamentario por don Luis, junto al padre Félix García, al doctor Vital Aza y a Pepe, el sobrino del editor don Manuel Aguilar, no pudimos cumplir la última voluntad de aquel difunto acerca de su correo, porque, tras su fatigoso óbito y su entierro en una tarde de toros primaverales y partidos de fútbol, su vivienda de la calle de Lista fué en seguida desalojada por el heredero universal, que era la Editorial Aguilar, llevándose papeles y cachivaches, puesto que Ruiz Contreras había convenido una renta vitalicia con los editores de sus traducciones completas, y el contrato ya resultaba leonino, pues don Luis, con su especie de solideo de seda negra, con su bufanda de seda blanca, sus ojillos penetrantes, entre malignos y bondadosos, y su gesto de fauno ceremonioso era demasiado longevo.

SE CONSIDERABA PROMOTOR DE LA GENERACION DEL 98

Su mayor ufanía, a la que ha replicado en sus libros autobiográficos don Pío Baroja, se basaba en haber sido el promotor y casi el inventor de los escritores de la generación del 98, mediante su Revista Nueva, dirigida al alimón con el diplomático mejicano don Francisco A. de Icaza, el padre de la novelista Carmen. Cuando apareció aquella revista finisecular, donde convergieron fugaz, pero cronológicamente, las colaboraciones de Unamuno, Maeztu, Martínez Ruiz y Baroja, etc., aunque después don Pío haya refunfuñado por la gabela de contribuir los autores a los gastos de la impresión, sin embargo, entonces, era un tertulio solícito y asiduo en el hogar de don Luis, el único casado en esa época postrimera del ochocientos, y estaba dispuesto a dar vueltas al manubrio de la heladera y confeccionar con su trabajo manual un sorbete de rechupete en el fondo del pasillo doméstico.

SU DEBILIDAD: TORTILLAS AL RON

La culinaria era la monomanía de don Luis Ruiz Contreras, recreándose en sus tortillas al ron, que se inflamaban encima de la sartén entre sus dedos sarmentosos, cuando ya vivía desvalidamente solo y habiendo despedido al ama de llaves, a la cocinera y a la doncella de servicio hubo de apencar con el fogón y la cesta de la compra, aunque estos menesteres serviles no le eran desagradables, sino que, con estoicismo epicúreo y cristiano, le esponjaban y le divertían. Toda su prolongada existencia fué metódica, cortés y violentísima, acaso porque debajo de su figura caballeresca de Palmerín de Oliva, uno de sus primeros se-

dónimos, o dentro de su alma de gramático, le soplabla la tramontana, este vendaval ampurdanés de su nativa Castelló de Ampurias.

AHORRATE LOS REGALOS QUE SE MARCHITAN

Así disputó siempre con su madre, a la que idolatraba, recordando que durante su niñez le repetía que era muy feo en comparación



con sus hermanos, hasta que la trajo para que falleciera a su lado en la casa de la calle de Lista, y la mimó cual a una muchacha cortejada, cual a una esposa fiel, ponderando que aquella señora, que nos mostraba pintada por Narciso Monturiol, el federal y estrambótico inventor del submarino Ictinius, era una catalana tan hermética al gasto, que al obsequiarle durante su infancia en un cumpleaños materno con una magnolia, le dijo «Tonto, has debido ahorrarte un regalo que se marchita.» Así se mantuvo en reto admirativo con su hermano el jesuita Ruiz Amado, cuya versión de la monumental Historia de los Papas, del alemán Ludwig von Pastor, y otros muchos trabajos voluminosos las compuso al correr de la máquina portátil, acordando entre sí que el primogénito conservaría los dos apellidos del

padre, el ingeniero de Montes santanderino Ruiz Amado, y que el segundón ostentaría en su firma los dos linajes.

SUS CARTAS, MODELO DE PERFECCION PSICOLOGICA

Alguna discrepancia fraternal motivada por la herencia hubo de influir en el corajudo don Luis Ruiz Contreras para que luego se metiese con la Compañía en el prólogo de su traducción a las provinciales de Pascal, atacando de esa manera indirecta al padre Ruiz Amado, de cuya consanguinidad se sentía, empero, orgulloso. Así rompía y reanudaba la amistad con sus amigas y amigos, a través de cartas de perfección psicológica y que constituyeron su inmejorable creación literaria, de la que hay un muestrario exquisito de este género epistolar, editado por Aguilar, antes de la muerte de don Luis, para complacerle y rubricar alguna de las innumerables paces. Pues entre don Manuel Aguilar y don Luis Ruiz Contreras, desde que sin hablar francés, sino con su intuición genial de las lenguas y la ayuda del diccionario, principió don Luis a verter al castellano las novelas de Colette, de Guy de Maupassant y de Anatole France, el despabilado valenciano Aguilar, apenas casado con su leal Rebeca y laborando ambos para la Hachette, intervino para que perdurase una alianza protectora, aunque con múltiples rirrafes.

No queriendo proseguir la paterna carrera forestal, cuya escuela residía en el paisaje escurialense, y el resistente y nonagenario escritor me ha comentado su asombro antes que Felipe II aguantara los carpetovetónicos inviernos, puesto que don Luis no pudo recibir allí las duchas de agua fría a las seis de la mañana, se agarró a la pluma, como después a la Underwood, para ganarse el pan y las golosinas y manjares, los trajes de etiqueta y los medios de diversión y sustento. Mientras habitaban en Barcelona, y en Tarragona vió la recepción al rey don Amadeo, había colaborado en el diario La Publicidad y había adquirido los primerísimos fondos de su biblioteca, que llegó a contar varios millares de libros, y que fué vendiendo y comiéndose su importe en uno de sus ocasos, cuando los compradores de estas gangas bibliográficas eran el marqués de Alella y la señora de López Ibor.

IMPRESOR Y DISTRIBUIDOR DE ANATOLE FRANCE

Instalado su domicilio en Madrid, aun cuando pasó temporadas de retiro y soledad en Castelló de Ampurias, sus sistemáticas actividades sociales y traductoras, imprimiendo y distribu-

yendo los tomos de Anatole France por su cuenta y riesgo, le rindieron provecho, solaz y fama. Etapa eufórica en la década de los años diez, ganando más que cualquier periodista o literato y alternando en el recién estrenado hotel Palace con la resaca de la guerra mundial del 14, entre la que sobresalía la robusta madame Muller, la que le regaló el primer gorrito de seda negra, casquete a la usanza de Anatole France, para defender su calva y tomar un aspecto venerable. Al cabo del tiempo, y después de un renacimiento de don Luis, aquella madame Muller le invitó a sus viñedos argelinos, ahora incautados por la revolución socialnacionalista.

CONFUNDIDO CON UN CLERIGO

Cuando niño estuvo en un tris en que no se muriera por su hercúlea naturaleza delicada, como luego en su pubertad padeció ciertas dolencias y enfermedades mortales de las que sobrevivió al fin, así como pudo escabullirse de los asesinatos del verano madrileño de 1936, confundiendo los milicianos con un clérigo por su bonete de dandy y refugiándose en Barcelona al amparo de Eduardo Barriovero y Herranz, aquel abogado energúmeno que acabó en la brecha con los anarquistas, no obstante haber expresado, según Baroja, que los trabajadores no podían beber champán, pues impregnarían la copa con sus boqueras. Ruiz Contreras retornó al Madrid de la liberación encima de los tapices enrollados y otros objetos artísticos devueltos a sus dueños por los equipos recuperadores.

A partir de este regreso a sus lares, no saqueados por un prodigio del portero, don Luis penetró en un periodo de olvido y casi de miseria absoluta, pues, aunque presumía de desmemoriado, su memoria de los hombres y del lenguaje era vivacísima e integérrima, y echaba de menos a los compañeros y comensales de festín y tertulia en la insólita etapa de su vida sin amistades. Un Jueves Santo de 1944 le cité a mi despacho de Montesquiza, 2, y le pedí en seguida la primera entrega de sus sempiternas Memorias para las páginas grandiosas de El Español, donde el lápiz de Suárez del Arbol, alias Lorenzo Goñi, le ha inmortalizado. Don Luis revivió, recobró los añejos vínculos sentimentales con las personas, comenzando por don Manuel Aguilar, a quien se le ocurrió reeditar a Maupassant y a Anatole France, asegurándole una pensión mensual, y se hizo íntimo camarada de las generaciones literarias de 1940 en adelante, asistiendo a reuniones y banquetes, renovando hasta su guardarropa.

COLABORADOR DE «LA ESTAFETA»

Me había convertido en el padre de don Luis Ruiz Contreras, en tanto que comía a menudo entre los míos, apareciendo a mis hijitas como un fantasma con su barba superblanca y sus ojos agudos y hundidos. Don Luis era feliz, pues hasta habían tornado a visitarle los adolescentes y las malcasadas, más Camilo José Cela en primer lugar, husmeando su aún copiosa biblioteca. Don Luis era dichoso porque colaboraba en LA ESTAFETA LITERARIA, y hasta se eligió su efigie, dibujada, mirándose a un espejo, como cabecera emblemática de una sección. Don Luis también vino conmigo a Pueblo y no faltó a ninguno de nuestros ágapes profesionales, asistiendo a las cenas de la Primera Feria del Campo y trasnochando muy cerca de los noventa años con el ánimo en vilo.

Al final se murió, pero no se murió sino de mentirijillas y al modo de un ensueño, descrito en su último artículo publicado en la segunda época de El Español, emergida después de su muerte definitiva. Yo le dediqué entonces una Carta del director a los muertos, como le había consagrado otra epístola al fallecer su coetáneo Jorge Santayana y una carta más primitiva contenida en mis Españoles con clave. Don Luis ha muerto en el mes de abril de 1953, cuando se disponía a ser centenario, y como era muy testarudo y tenaz, puede ser que torne y retorne ante las promociones futuras.

Entrar ALEJANDRO SAWA en un café, era un espectáculo

F. SERRANO ANGUITA

EN el otoño de 1902, el conde de Romanones, que iba a fundar el *Diario Universal* para hacer la competencia al *Heraldo de Madrid*, órgano político de don José Canalejas, cedió la propiedad de *El Globo* al experto financiero Emilio Riu, quien pensó dar nuevo impulso al periódico. Rodeóse de un grupo de escritores jóvenes: José Martínez Ruiz—aún no había surgido «Azorin», aunque este personaje figurase ya en *La voluntad*, editada por la Casa Henrich, de Barcelona—; Pío Baroja, que se encargó de la crítica teatral y dióle a Riu las primicias de *La busca*, igual que hizo años antes con las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, aparecidas también en *El Globo*; Pedro de Répide, que al pie de las reseñas de estrenos solemnes hacía una especie de crónica de sociedad y de revista de modas, con el título de «La sala y la escena»; José López Pinillos, más tarde el «Parmeno», triunfador en el reporterismo, la novela y el drama; Alberto Lozano, poeta granadino cuya juventud se abrasó en las hogueras del alcohol; Ca-

el vuelo con las *Canciones juveniles*; Ricardo Baroja, hermano de Pío, eterno polemista a gritos, y envuelto siempre en el humo de su negra y curva cachimba... Y Alejandro Sawa.

CABEZA A LO DAUDET

Para mí fué una alegría conocer a Sawa, porque me recordaba a uno de mis ídolos literarios de entonces: Alfonso Daudet. Nuestro don Alejandro se había «hecho una cabeza» muy a lo Daudet, con sus barbas y su melena, casi idéntica a la del maestro francés que ilustraba la cubierta de los *Cuentos amorosos y patrióticos* de la Biblioteca Sempere, de Valencia. Mi devoción por Sawa creció cuando supe que él fué el adaptador a la escena española de *Los reyes en el destierro*, estrenado en la Comedia por Carmen Cobeña, Concepción Suárez, Josefina Blanco, Mercedes Sampredo, Emilio Thuillier, Agapito Cuevas, Donato Jiménez, Ricardo Manso, José Calle y Fernando Porredón. En el reparto figuró también, haciendo un papelito secundario, Ramón del Valle-Inclán. Fué su segunda y última salida al proscenio. Pocos días más tarde renunció a la aventura; pero allí nació su idilio con la dulce y gentil Josefinita.

Otro motivo de mi estimación por Sawa fué haber leído en *Blanco y Negro* un cuento suyo: la historia de un famoso «clown» inglés, el cual, traicionado por una mujer, con la que tuvo un hijo que se le murió de niño, seguía trabajando en la pista sin otra ambición que la de reunir el dinero preciso para hacerle al párvulo el más suntuoso de los mausoleos. Y como yo pergeñé un librito de cuentecillos, y en él figuraba uno cuyo protagonista era un pequeño artista de circo, que se mataba al dar un doble salto desde el trapecio, me enorgullecí la coincidencia y me atreví a confesársela a mi nuevo amigo.

Me trataba éste con una bondad que yo agradecía mucho. Sin embargo, sentíame azorado frente a aquel hombre majestuoso y arrogante. En nuestras charlas entornaba los ojos, dejando vagar su mirada por quién sabe qué lejanías: una mirada que diríase envuelta en niebla, cual si ya presintiese la ceguera.

ACOTACIONES DE RUBEN

Rubén Darío, en el prólogo de *Iluminaciones en la sombra*—la obra póstuma de Sawa—, hizo de él un perfecto retrato:

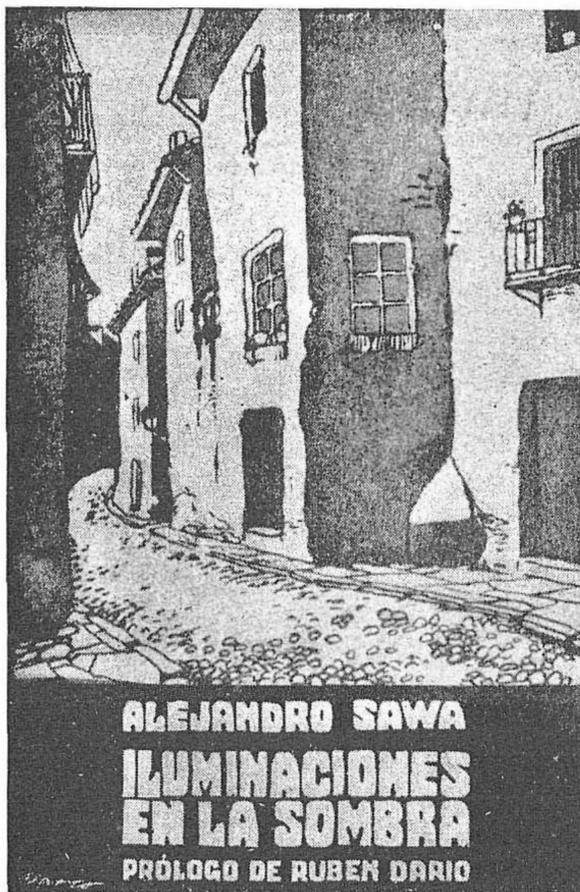
«Su sonrisa era semidulce, semiirónica. Estaba impregnado de literatura. Hablaba en libro. Era gallardamente teatral.»

Y agregaba, aludiendo a cómo representó la propia tragicomedia de su vida:

«Primer, galán joven, decorado de amor y ambiciones, rico de sus bellos ojos conquistadores, vigoroso de su voluntad de triunfar, con dos cosas que no suelen andar juntas en el mundo, una firme, otra ligera y superficial: orgullo y vanidad. Luego, gris de años, a la entrada de la vejez, fué barba trágica, que, como en el verso del Hugo que adorara en su juventud, fué ciego como Homero y como Belisario, engañado por el Destino, pobre, pudiendo haber sido rico, lamentando, ya tarde, el tiempo perdido para la dicha y la tranquilidad de los días postreros.»

VERLAINE LO AFICIONO

Algunas veces he pensado que tal vez fuese Alejandro Sawa una víctima del París de fines de siglo, tan amado por él. Hijo de un griego



milo Bargiela, estruendoso y rotundo, y Jesús de Amber, al que luego popularizaría Emilio Carrere como *Amber, el luchador*.

En torno de esta pléyade literaria congregábanse los periodistas profesionales: Delgado Barreto, el redactor-jefe; Serrano Palacios, mi padre, que hacía la información política auxiliado por Jaime Tur; Serrano de la Pedrosa, Manuel Carretero, Enrique Jardiel, Alejandro Pizarroso, Aguilera y Arjona, Tercero, Pérez Ortiz, y, bajo la noble vigilancia paterna, el que esto firma, principiante que pretendía justificar sus cinco durillos mensuales de sueldo. Frecuentaban asimismo aquella sala del vetusto palacio de Oñate, en la calle Mayor, el dibujante Enrique Vaquer, grabador del Banco de España; Mariano Miguel, pintor que emigró a La Habana y se casó allí con una hija de don Nicolás Rivero, dueño y fundador del *Diario de la Marina*; Carrere, lanzado ya su primer volumen de versos, que tituló *Románticas*; Ortiz de Pinedo, otro rimador que emprendía

y de una sevillana, había nacido, el año 1862, en la Ciudad de la Gracia, y no en Málaga, como dicen algunos de sus biógrafos. En Málaga se crió, sin embargo, y apenas fué adolescente vino a Madrid, para consagrarse a la literatura y para hacer una vida bohemia y alocada. Al cabo, logró su ilusión de trasladarse a París, donde conoció a Victor Hugo y entabló amistad con Verlaine, Moréas, Vicaire, Jean Carrere, Cardonel, Dupleissis y otras figuras de aquel tiempo. Asistía a las comidas que, en un restaurante del Barrio Latino, organizaba León Deschamps, director del semanario *La Plume*, en el que colaboraban los escritores y los poetas de más relieve. Reuniase a diario con Luis Bonafoux y Enrique Gómez Carrillo, y éste le presentó a Rubén Darío.

Era Sawa un buen mozo, de aspecto señorial, afectado en los ademanes y escaso de dineros, lo que no le impedía tener mucho partido entre las mujeres. Amante de una marquesa auténtica, se exhibía con ella en los palcos de los *music-halls*. Paseábase por el barrio con su sombrero de anchas alas, a lo Rembrandt, su negra melena, su barba frondosa—ya gozaba con ser un Alfonso Daudet falsificado—, su perro y su pipa. Verlaine le aficionó al ajeno, y, según dijo Rubén, fué de los que buscaron el refugio del «falso azul nocturno» contra los cotidianos sinsabores.

Hacia 1889 casó con Juana Poirrier. Les nació

versando con el francés Cornuty, y recitaban estrofas de Verlaine: «Les violons-de l'automne...», «Il pleure dans mon cœur—comme il pleut sur la ville...» Baroja los acompañó a una taberna de la plaza de Herradores. Pagó don Pío unas copas de vino, y Sawa le pidió, además, tres pesetas. Como le dijo que no las tenía, preguntóle, con su aire soberbio, si vivía lejos.

—No; bastante cerca.

—Pues vaya a buscarme lo que necesito.

«Me lo indicó con tal convicción—refiere Baroja—, que yo fui a mi casa y se lo llevé. El salió a la puerta de la taberna, tomó el dinero y dijo: "Puede usted marcharse..."»

Publicó el novelista *Vidas sombrías*, y Alejandro, si coincidían en algún sitio, le estrechaba la mano hasta hacerle daño, diciéndole, en tono trágico:

—¡Sé orgulloso! ¡Has escrito *Vidas sombrías*! He aquí otra anécdota, narrada por Rubén Darío:

«Entre lo legendario, circulaba algo inventado por Luis Bonafoux: que Sawa había hecho un viaje a París con el único objeto de conocer a Victor Hugo; que el anciano emperador de la poesía le había dado un beso en la frente, y que, desde entonces, no volvió su visitante a lavarse la cara. El buen Sawa tomó la cosa en serio, protestó. Luego, Bonafoux confesó que ello había sido una de sus amargas bromas amistosas...»

quiero decir, alguien que no soy yo mismo—, y algunas reflexiones en las que deja que vuele el pensamiento:

«Llega en este momento mi hija del colegio. La enseñan a leer. La enseñan, cuando haga aplicaciones de esa enseñanza, a ver puntos de interrogaciones desgarradoras por donde quiera que extienda la mirada.»

«¡La gloria! Ventosidades de un dios jocoso y flatulento que, mirando hacia nosotros, ríe desde su Olimpo.»

Y, en el magnífico prólogo de Rubén, la breve y emocionante despedida:

«Bonne nuit, pauvre et cher Alexandre!»

entreletras

En el número 51 del Boletín de Orientación Bibliográfica de la Dirección General de Información, correspondiente al pasado mes de marzo, se informa de los últimos libros publicados «sobre España», dentro y fuera de nuestra Patria, dándose noticia primeramente de *Nuestra Guerra*, escrito por Enrique Lister, uno de los jefes republicanos más destacados de la guerra, con «impresionantes y aleccionadores» datos sobre el VII Congreso de la Internacional Comunista y sobre los trabajos antimilitaristas llevados a cabo en el Ejército, y otros acerca del carácter anárquico del ejército rojo y sus mandos extranjeros, por lo que «entre falsedades a conciencia, latiguillos políticos, autobombos y vulgaridades, abundan muchos datos interesantes y numerosas revelaciones». La obra está editada en París por la Librairie du Globe. Y, en segundo lugar, de *En Espagne, développement économique, subsistance, déclin*, por José Gentil la Silva, dedicado «principalmente al estudio socio-económico de la España de los siglos XVI y XVII», y aunque el procedimiento seguido por el autor «permite aceptar como científicamente válidas las conclusiones» en algunos casos, «no ocurre lo mismo con algunas de otro tipo, como lo son las que dedica a consideraciones de índole general». El volumen se editó en 1965, por Mouton, en París.

También en París y por la Librairie du Globe, se editó en 1966 Por el río abajo, original de Alfonso Grosso y Armando López Salinas, y «en su texto se narra las experiencias vividas por los autores en un viaje realizado en agosto de 1960 por la zona del delta del Guadalquivir, en el que tratan de expresar sus impresiones sobre la situación social de la baja Andalucía», no siendo «la crítica preconcebida», que se denota a lo largo de sus páginas, «la vía más adecuada para la elevación del nivel de vida e integración de los españoles hacia un futuro mejor», por lo que «no parecen haber acertado en su intento de establecer bases para un esbozo de sociología rural».

Otra obra de interés sobre España, editada por The Dial Press, New York, 1965, es *An odor of Sanctity*, de Frank Yerby. Su contenido trata de la «atracción de España sobre los extranjeros», como «un fenómeno que se capta no sólo en las relaciones humanas a escala del turismo masivo, sino en las manifestaciones tradicionales de expresión cultural, evidentes en el interés ajeno por nuestra historia, nuestra lengua, nuestra idiosincrasia». Y que «con un poco más de objetividad y un poco menos de sensualidad o pornografía, podría ser una de las novelas religiosas de valor en el momento posconciliar». Una segunda novela que se nos indica y enjuicia en el citado número del Boletín de Orientación Bibliográfica, es *Cinquanta céntimos*, de F. M. Ortas, publicada en Milán por Baldini-Castoldi en 1964, y cuyo argumento está basado en el reclutamiento y acuartelamiento de un grupo de quintos, descrita mediante una «dnereible sarta de malintencionados disparates».

Por último, se nos informa que *By way of the Spanish isles*, de Anthony Rushworth-Lubb, aparecido en Londres en 1966 y en las colecciones de Chapman & Hall, es un «curioso libro de turismo marítimo», que «narra las incidencias de un viaje desde Lymigton a La Coruña», y «desde La Coruña a Gibraltar», pasando por las rías gallegas, costas portuguesas, cabo de San Vicente, hasta la roca calpense», exponiendo el narrador «su punto de vista sobre la significación y simbolismo del territorio»; continuando con una descripción de la Costa del Sol y la Costa Blanca, «sucesos y pacíficas aventuras» por Baleares. El libro constituye «un elemento de juicio ciertamente importante para el conocimiento de las bellezas del litoral mediterráneo español y su tono es, en general, ponderado desde todos los puntos de vista».



«POBRE Y QUERIDO ALEJANDRO»

La comedia en que vivió Alejandro tenía que tornarse tragedia. Fué perdiendo la vista, y al fin se quedó totalmente ciego. Se cortó la melena y la barba. Empeñóse en continuar su trabajo, y la mujer y la hija le servían de amanuenses. Un periodista amigo llegó a visitarle a aquella vieja y sórdida casa de la travesía del Conde-Duque, y le pidió un autógrafo. Sawa garrapateó sobre una cuartilla: «Recuerdo de un hombre cuyas pupilas quedaron abrasadas por su afán de mirar fijamente a lo Infinito.»

A lo Infinito miró siempre, a través de la niebla que parecía enturbiar sus ojos, mientras se entregaba al goce de la charla:

«Una vez, estando con Herman Bang y Charles Morice en el d'Harcourt...»

Dios, misericordioso, le hundió en una locura apacible. Reía como un niño, declamaba versos de Hugo, Baudelaire y Verlaine, y tarareaba coplas flamencas, acaso en un retorno a Málaga y Sevilla, para llamar desde allí a la Muerte:

*Ayer noche, con la luna
yo he visto ar sepulturero
cavando mi sepultura.*

La Muerte llegó al comenzar agosto, en 1909. Un artículo necrológico de Luis Bello. Más tarde, otro de Carrere. Y el epitafio, de Manuel Machado:

*Jamás hombre más nacido
para el placer, fué al dolor
más derecho.
Jamás ninguno ha caído
con facha de vencedor
tan deshecho...*

Poco después de morir Alejandro aparece su último libro: *Iluminaciones en la sombra*. Contiene semblanzas de sus maestros, ataques a enemigos tal vez imaginarios, la autobiografía que publicó en *Alma Española*—«Yo soy el otro;

una hija. Quiso normalizar su vida, e incluso consiguió trabajo en la Casa Editorial Garnier; pero los venenos parisienses habíanse metido en la sangre. Permaneció en Francia hasta que le fué imposible subsistir, y tuvo que regresar a España con la mujer y la niña. Era en 1896. Instalado en Madrid, reanudó antiguas relaciones. Todavía se recordaban sus novelas, escritas antes de cumplir los veinticinco años: *La mujer de todo el mundo*, *Crimen legal*, *Declaración de un vencido*, *Noche*, *La sima de Iguazu*, *Quizá...* Colabora en *El Motín*, en *El Globo*, en *La Correspondencia de España* y, posteriormente, en *Madrid Cómico*, *Blanco y Negro*, *Alma Española* y *ABC*. Es un escritor fuerte, de no mucha cultura, con un áspero naturalismo, de la escuela de Zola, pero con un gran fondo espiritual... Y es siempre despilfarrador, alegre y bohemio. En su casa apenas si había muebles, y la fidelísima Juana, «con su mirada azul en línea recta»—lo recordó Carrere—, le consolaba del rigor de la suerte. El iba a cobijarse en Fornos, en el Colonial o en el Suizo, con sus dos o tres perros: el favorito, un terranova negro al que llamaba «Bel Ami», igual que el héroe novelesco de Maupassant. A veces, los camareros pretendían impedirle el paso, mas los despreciaba y seguía adelante. «Su simple entrada en un café era un espectáculo.» Son palabras de Rubén.

Sueña con volver a París. Pensó conseguirlo cuando el presidente Loubet hizo ministro a Pierre Baudin, amigo íntimo de Sawa. Fracasadas sus gestiones, permaneció entre nosotros, soportando adversidades y penurias. Agriósele el carácter, se peleaba con los compañeros, maldecía a los periódicos, porque pagaban a tres o a cinco duros los artículos, y a los editores, para los que era un derroche dar trescientas pesetas por el original de un libro.

ANECDOTARIO

En *Juventud*, *Egotría*, y en sus memorias, cuenta Baroja curiosas anécdotas de Alejandro. Una tarde lo encontró en Recoletos. Iba con-

SILVERIO LANZA, plantigrado barbudo, encarcelado por un libro

JOSE ALFONSO

EDICIONES Alfaguara ha publicado *Obra selecta*, de Silverio Lanza, con un prólogo magistral de Luis S. Granjel. Hace ya muchos años, Biblioteca Nueva dió unas *Páginas escogidas*, del solitario de Getafe, con un formidable prólogo de Ramón, que, además, publicó bastante literatura inédita de aquel marino retirado, precursor inmediato de los famosos del 98, en algunos de los cuales influyó notablemente, pues Silverio Lanza (que se llamaba Juan Bautista Amorós) era más barojiano que Baroja. Y más unamunia-

no que don Miguel. Gracias a Alfaguara y a Biblioteca Nueva se ha podido conocer parte de la producción de Lanza, cuyos libros son hoy de imposible adquisición.

Siendo yo muy joven iba una tarde de invierno por la calle de Alcalá, de Madrid. Cercanos a mí caminaban dos transeúntes maduros. De pronto le oigo decir a uno de ellos:

—¡Fíjate! Ese que viene por ahí es Silverio Lanza.

Cruzó junto a nosotros un señor barbudo, con sombrero negro y gabán. Detalle plástico.

EN LA CASA DE FIERAS DEL RETIRO



La niña y el pelicano. Parece el título de un cuento, y á hacer un cuento vamos, dedicado á nuestros pequeños lectores. Era una niña, que salió una tarde de paseo con su mamá. Esta la llevó á ver la Casa de fieras. Después de recorrer las jaulas de los leones, los tigres y otros animales, se detuvo frente á un avechucho de blanco plumaje, de largo y fuerte pico, con una bolsa: era un pelicano. Este sacó la

cabeza por encima de la valla, y la niña tuvo mucho miedo. De vuelta á su casa, la niña también dió grandes muestras de espanto al encontrarse en la calle con un enorme pajarraco de ropaje negro y sucio: era un poeta modernista que pasaba, despreciativo, luciendo sobre las cejas el pico negro de su sombrero y colgando de la boca, como una bolsa, una pipa descomunal...

FOT. S. M., POR VILASUEVA

Tenia ciertos aires de plantigrado aquel caballero. Ya contaba yo con aficiones literarias. No conocía físicamente al escritor —al que había oído nombrar mucho— ni había leído ninguna de sus obras. Sentí curiosidad por conocer su labor. En la biblioteca del Ateneo —del que fui socio— comencé a leer los pocos libros que Lanza había dado a luz. Eran libros de circulación escasa. Me adentré en sus páginas y quedé prendido y prendado. ¡Qué pluma, qué enjundia y qué originalidad! En una época de retóricas y de floripondios, mayormente, Silverio Lanza era una cosa aparte. Su estilo desenfadado —repito— debió acusar el impacto en el progenitor literario de Aviraneta.

Marino ya retirado, vivía en Getafe. De vez en vez hacía una asomada a Madrid, como en aquella conferencia sonada que pronunció en el Ateneo contra el caciquismo, de donde provenían, según él, todos los males de la nación. Su casa de Getafe —en el decir de los escritores que la visitaron, entre ellos Azorín y Gómez de la Serna— tenía ciertos aires misteriosos, llena de resortes y timbres. Azorín escribió sobre Lanza páginas muy sabrosas. Lo mismo que Ramón. Cuando éste fué a la casa de Silverio Lanza por primera vez, dice que don Juan Bautista lo recibió «con un abrazo de oso gris». Corroboraba la impresión de plantigrado que me produjo Silverio Lanza cuando lo vi por la calle de Alcalá. Ramón fué la última amistad literaria —quizá también la más íntima— del inmenso Silverio.

Leí sus libros, como digo, en la biblioteca de la «docta casa»: *El año triste*, *Antropología*, *Artuña...* Más tarde leería en La Novela Corta su novela *Medicina rústica*, una de las mejores narraciones de dicha publicación. Tomé algunos apuntes de estas lecturas, que aún conservo en mis carpetas. Silverio Lanza dividió a la Humanidad en dulce y amarga, como las almendras, colocando en una zona a los seres agradables y en la otra a los desagradables. Fué procesado y llevado a la cárcel por uno de sus libros. El caballero que latía en don Juan Bautista, no obstante su literatura, que parecía subversiva y no lo era, no lo olvidó jamás. Hallándose desterrado en París por uno de sus escritos se topó con un amigo suyo español, que le preguntó qué hacía por aquellos parajes.

—Aquí me hallo respirando estos aires—le dijo— por prescripción facultativa de un ministro de la Gobernación.

Ahí van algunos pensamientos de Silverio Lanza:

—*Todo lo grande es hueco.*

—*El mundo sería feliz si los hombres fueran como los niños y las mujeres como los perros.*

—*(Por la Prensa.) Hubiese trastornado el Cosmos, si el Creador hubiera sabido leer.*

—*En este país todos los caminos van a la cárcel.*

—*La cuestión social es sólo cuestión de estómago.*

—*Los higienistas, por espíritu de observación, sólo han tenido energía para un mandato: ¡se prohíbe escupir!*

—*La mujer es la inutilidad más barata de la tierra.*

—*El pueblo necesita salud y música.*

En uno de sus relatos se enamora de la Muerte, que es una joven muy hermosa. Al darle un ósculo, fenece. Y pone el escritor el siguiente epitafio:

AQUI YACE SILVERIO LANZA
Murió de un beso

Baroja dijo de Silverio Lanza que era el hombre más original, más desconcertante y de más talento que había conocido. Y que su obra se hundió por su densidad en un mar literario de ñoñeces y de libros hueros. Cristóbal de Castro—a quien Pedro González Blanco lla-

ADVERTENCIA.

He procurado desfigurar esta novela lo ménos que me ha sido posible. Sin embargo, suprimo algunos párrafos y frases, y cambio varios nombres propios.

EL EDITOR,
J. B. A.

(Juan Bautista Amorós)

Silverio Lanza es el seudónimo que usó Juan Bautista Amorós. Juan Bautista Amorós fué editor de las obras de Silverio Lanza. A la extraña DEDICATORIA que Silverio Lanza hizo de su novela Mala cuna y mala fosa (1883), Juan Bautista Amorós puso por delante esa socarrona ADVERTENCIA del Editor.

DEDICATORIA.

Dedico este cuentecito al cadáver que ocupa el primer lugar de la fosa núm. del patio de en el Cementerio general del Sur de Madrid.

EL AUTOR.

maba «doctor en garrambainas»—dijo que Silverio Lanza estaba formado por los intelectuales rusos. Hay una paradoja entre el pulquérrimo caballero don Juan Bautista Amorós y su literatura nihilista, disolvente. Aunque, repito, lo fuera en apariencia, ya que en ella impera un gran fondo moral. Fué el que mejor ha dialogado en la novela, según Azorín. Sus raíces, sus directrices—la paradoja de que hablaba yo antes—radicaban en la Patria, en su amor al Ejército, en su odio implacable hacia el caciquismo, en su preocupación por la muerte y en su entusiasmo por la juventud. Aspiraba a un gobierno aristocrático—despreciaba la democracia—, pero de la aristocracia intelectual, del saber, del trabajo y de la virtud.

Al publicar *Artuña* cuenta Azorín que dijo un crítico: «¿A dónde va Silverio Lanza?»

—A dar una vuelta—le contestó éste cuando se lo tropezó.

«¡Jóvenes, aprovechad la ocasión y dad una vuelta—solía decir Silverio Lanza—. Este es mi consejo. ¡Viva la vida!»

Carta de París confirmatoria de HERIBERTO NOGALES (1767-1850), ESCRITOR

(Los caballeros franceses, tan corteses como entendidos en buenas letras:

—«Pues, ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público?»

—«Si la necesidad le ha de obligar a escribir, plegue a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.»

Licenciado Torres. Aprobación de la II parte de «El Quijote».)

¡Demonio!, me dije al ver el número 368 de LA ESTAFETA; caramba con este Heriberto Nogales, genio incomprendido en España y comprendido y queridísimo en Francia... He de ver lo que hay de cierto en esta biografía de tan notoria modernidad.

Fuí al cercano pueblo de Chailot, hoy banlieu de París, donde vive mi erudito amigo, el que lleva varios años detectando escritores antiguos que hayan vivido en París antes de 1930, de nacionalidad española. Mi pobre amigo tiene previstos treinta y ocho volúmenes.

Me recibe junto a su ordinatur IBM, máquina que apenas usa, pues en su memoria está todo lo que la máquina podría recordarle. Examina el dicho número de LA ESTAFETA y el nombre del biógrafo de Nogales.

Campoy, Antonio Manuel; sí, ese escritor estuvo hace poco en París. Pero su patrocinado Nogales no figura en mi nómina; ese no existe.

Con esta predisposición negativa, mi amigo comenzó a leer el artículo de Campoy sobre Heriberto Nogales. Comenzó por el último párrafo, como en él es habitual, pues dice que de esa manera quita del puro placer de la lectura la bastarda curiosidad por la última línea y por las conclusiones, que anidan el alma de todo lector. Comenzó a hacer muecas desde el último párrafo, o sea el primero.

¡Hum!, nuestro gran Ramón no ha escrito una línea sobre ese Heriberto, pero, sobre todo, en Chantilly no existe el sillón ese que dice Campoy. Malum signum. No conozco las Memorias que se indican. Todo esto me parece sospechoso y, además, ese retrato que se dice de Daumier me parece que es del taller de Campalans.

Yo ofrecí a mi amigo ir a la Biblioteca Nacional para ver si en sus ficheros figuran esos autores franceses que han rendido homenaje tan reciente a nuestro perdido Nogales. «Puedo ver si existen Paul Ancelo, Georges Vasson y ese otro Pradalié».

Mi interlocutor parpadeó, haciendo un alto en la lectura, y meditando en voz alta: «¿Ancelot? ¿Será hijo de la Chardon-Ancelot? No es posible. Georges Vasson: ese sí que existe; con un señor de ese nombre me tuve que pelear en la calle hace dos días porque me rozó la portezuela del coche con el tacón de su zapato. Aún no sé cómo acabará el procès-verbal. Pero, ¿quién me prueba que ese Vasson sea el autor de un libro no escrito, sobre un autor que no nació?»

Se adentró nuevamente en la lectura, remontando el esbozo biográfico sobre Heriberto. «¿Qué Nogales se bañó quizá con Balzac en las termas de Passy? No lo creo; ni entonces ni ahora están autorizados los baños en el río». Pero al mediar el artículo, en aquello del queso y del yoga, vi que mi amigo el compilador comenzaba a ponerse serio. ¿Sería cierta la existencia de un Verne-Wells en el siglo XVIII español? La tecnología, ¿habría tenido una de sus cunas en la calle del Olmo, en 1767? Los satélites de comunicación, ¿tendrían un abuelo en el hijo de un sacristán de Madrid?

La duda—después la certeza—se fué instalando en la cara del compilador y en la del ordínateur IBM. El primero apretó una palanca del segundo, con gesto de pedir un dato definitivo que disipara la duda. La máquina escupió su ficha y era la lista de los españoles residentes en París en noviembre de 1791 (Archivo de A. E.: E. 3969: reservado C). Mi amigo el compilador se puso blanco después de echarla un vistazo: «No figura ningún Heriberto Nogales en este medio centenar de españoles; pero, mira, el encargado de negocios era entonces don Domingo de Iriarte. El biógrafo Campoy escribe aquí que Heriberto tradujo las fábulas de don Tomás de Iriarte. Aquí están las fichas de esa familia: don Juan, don Bernardo, don Tomás... Entre primos anda el juego. Malum signum. ¿Viviría este Heriberto en París en tiempos de la Revolución, bajo nombre supuesto? ¿Le protegería don Domingo por ser el traductor de Tomás?»

El compilador estaba con la moral deshecha, por haber desconocido durante tantos años la existencia del sorprendente Nogales: «La corporeidad, ¿qué es la corporeidad en definitiva? —musitaba mientras atesoraba la ficha del recién nacido Nogales en su clasificador—, aquí estará bien, entre los escritores de 1780-1790... Volumen previsto número XXII.»

Cuando terminando la lectura, hacia el principio del artículo, leyó aquello de que el creador de la ciencia-ficción había vivido con una planchadora viuda en la calle François Miron, hacia 1770, se sintió mortalmente ofendido.

—No sabía nada de esa planchadora, aunque conozco bien todas las pequeñas industrias existentes en esa calle en el siglo de las Luces. Ciertamente ese nombre de Miron fué puesto por el Ayuntamiento en 1835, pero la calle es anterior; luego la viuda existe.

No acabó de creerse eso de que, durante el reinado de Carlos III se persiguiera en España a quienes habían delatado a los masones. «No, eso no ha ocurrido ni después de Fernando VI, ni después de Fernando VII.»

Mi amigo me llevó hacia la puerta; iba a salir, pues tenía que llevar a unos compatriotas al Crazy Horse Saloon, ya que para eso habían venido de Madrid.

—Ya está en la nómina Heriberto Nogales. No seré yo quien suscite dudas sobre valores hispanos reconocidos generosamente en París. Si París, París a España. Llenemos el pasado a falta de cosa mejor.

Y ya en la puerta de la escalera insistió: «No hay más Historia que la que se acartona y se convierte en tópico y en bola tragada por todos. No dudes jamás de nada; no hay en este mundo más Realidad que la que logra ser transmitida.»

El Quijote del Sur

ERNESTO SABATO,

el novelista de «EL TUNEL» y «SOBRE HEROES Y TUMBAS», habla sobre el Sueño, la Ficción y la Eternidad

CESAR TIEMPO



Ernesto Sábato frente a la casa de su novela SOBRE HEROES Y TUMBAS

ERNESTO Sábato no necesita ser presentado. Su novela *Sobre héroes y tumbas* es un best seller bicontinental, y *El túnel*, llevada al cine por León Klimovsky, que reside ahora en Madrid, fué publicada por la casa Gallimard, de París, a instancias de Albert Camus. Ambos libros pueden leerse traducidos a seis idiomas, incluso el japonés. *Uno y el universo*, *Heterodoxia* y *Hombres y engranajes*, otros títulos de la bibliografía de Sábato, ponen en evidencia su fabulosa cultura y esa inteligencia penetrante que le permite pulverizar mitos, iluminar problemas insólitos y edificar teorías, nunca abstractas. Graham Greene se proclama su admirador.

Doctor en Física, trabajó en radiaciones atómicas en el Laboratorio Curie. Durante el gobierno del doctor Frondizi fué director general de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina.

Nació en Rojas, uno de los pueblos más antiguos de la provincia de Buenos Aires, y tiene su amagatorio en Santos Lugares, lejos del mundo y de sus vanas pompas...

Uno de los problemas que le han preocupado últimamente es el de las premoniciones, y sobre ellas, el sueño, la ficción y la eternidad, hemos conversado con el autor de *Sobre héroes y tumbas* en su luminosa librería de la calle Córdoba. ¿Quieres escucharlos, lector?

—He leído, Sábato, un rarísimo artículo suyo, publicado hace poco en una revista especializada, en la que no sé si he entendido bien, pero me parece que usted anuncia una hipótesis o teoría...

—Una hipótesis...

—Bueno, lo que sea..., una hipótesis, entonces, sobre la existencia del infierno, así como suena...

—En realidad no es sólo sobre la existencia del infierno, sino sobre la eternidad o, al menos, sobre los hechos o realidades que están más allá de nuestra visión temporal de los fenómenos.

—De acuerdo. Me parece haber comprendido en líneas generales de qué se trata, pero confieso que me ha dejado con un buen lote de dudas que desearía esclarecer, si es posible, en los límites de un reportaje.

—Veamos sus dudas.

—Primera: ¿es la primera vez que se anuncia semejante teoría, perdón, semejante hipótesis?

—De acuerdo con mis conocimientos—y frecuente bastante esta literatura de la parapsicología—, sí. Creo que es una hipótesis rigurosamente novedosa.

—Bueno, eso la hace doblemente interesante. ¿Podría decirnos cuál fué el hecho capital del que usted partió para elaborar esa idea? Porque según parece, el hecho central o inicial fué el de las premoniciones. ¿No es así?

—En efecto, la existencia de las premoniciones. Todo parte de allí: si verdaderamente existen las premoniciones, los anuncios de hechos futuros que se cumplen, toda mi concepción creo que se sostiene. Y todos sabemos que ha habido en la historia (y hasta en la historia de cada uno de nosotros y de nuestros familiares) algún sueño anunciador, alguna intuición misteriosa del porvenir. ¿No es así?

—Desde luego. Está ampliamente documentado.

—No me refiero, como se comprende, a vagas intuiciones, que pueden luego ser interpretadas conve-

nientemente. No, me refiero al preconocimiento estricto de un hecho. Porque todos hemos leído sobre sueños más o menos proféticos...

—El de la mujer de César cuando supo que su marido sería asesinado...

—Exacto. Sueños que pertenecen un poco al terreno siempre discutible de la leyenda histórica, que sería muy difícil ahora verificar si de verdad fueron o no reales. No: me refiero a hechos verificados fehacientemente.

—El famoso Richet refiere varios.

—Sí, él y algunos otros autores serios. Recordemos dos, que son espectaculares: el naufragio del «Lusitania», que fué previsto por mistress King, y el del ministro Berteaux, a quien le predijeron en mil ochocientos setenta y cuatro su muerte tal como ocurrió: el veintiuno de mayo de mil novecientos once.

—Usted menciona en su artículo un ejemplo impresionante, el del pintor surrealista Oscar Domínguez, en París.

—Sí, pero no deseo poner aquí nada personal. Por lo demás, ese acontecimiento trágico en cierto modo está relatado en *Héroes y tumbas* y fué objeto de muchos trabajos en el París de antes de la segunda guerra. Lo dejo, pues, de lado. Quiero ir rápidamente al centro del problema, una vez admitida la existencia de premoniciones. Como usted comprende, es un problema de vasta trascendencia filosófica y humana. Y el hombre ha intentado dar varias explicaciones al indudable fenómeno, echándose mano desde el espiritismo hasta la cuarta dimensión, pasando por el Eterno Retorno. Después de mucho estudiar esas hipótesis, creo que no resisten el análisis. Por lo demás, muchas veces esos intentos confunden los planos filosóficos. En el caso concreto de la teoría de Einstein, por ejemplo, en que se intenta aplicar al mundo del espíritu las leyes del mundo material. En otras palabras, confundiendo el cuerpo con el espíritu, recayéndose así en las más groseras tentativas de cierto género de materialismo filosófico. Todos sabemos que el mundo del espíritu es ajeno a las leyes físicas y, particularmente, al determinismo universal que es propio de la materia. El cuerpo del hombre, en cuanto materia, se haya involucrado en ese determinismo universal, y a las formas espacio-temporales.

—Vive en el espacio y se desenvuelve en el tiempo. ¿no es así?

—Exactamente. En el tiempo astronómico, atención. Que no se debe confundir con el tiempo propio del yo, el tiempo existencial.

—¿El tiempo bergsonian?

—Eso es. De modo que el cuerpo humano se comporta como un cuerpo cualquiera, y para él rige el «antes» y el «después» de un objeto físico, de una piedra que cae o de un planeta que sigue su curso astronómico. Para el alma, en cambio, ese «antes» y ese «después» no rigen. No es, pues, que la premonición exista o pueda existir porque entramos en la cuarta dimensión, sino porque para el alma no rigen las dimensiones espacio-temporales. Aunque encarnada y, por tanto, obligada a seguir hasta cierto punto las vicisitudes del cuerpo, no es material.

—Y, en consecuencia, no está en la norma de los cuerpos.

—Claro: no está en el espacio ni es regida por el tiempo físico. Como dije, por estar encarnada, participa hasta cierto punto de las vicisitudes corporales. Piense en el dolor provocado por una quemadura, por ejemplo. En tales condiciones está sometida al determinismo del mundo material. Pero en

una medida que, por el momento, ignoramos, escapa a ese determinismo. Lo que explica el libre albedrío. Que, por las razones que acabo de señalar, no es absoluto, sino relativo: una libertad dentro de ciertas limitaciones ineludibles, físicas y sociales. Tanto el mundo material en que se desarrolla nuestra existencia como el mundo social son hechos «objetivos», ajenos a nuestra voluntad. Pero si por algún procedimiento el alma pudiera desencarnarse, aunque fuera transitoriamente, la conciencia podría contemplar su propio cuerpo desde «fuera», o sea fuera del espacio y del tiempo físicos. Y podría ver allá abajo, como alguien que desde una colina contempla el paisaje, el mapa espacio-temporal, tal como es concebible en la teoría einsteiniana. Desde esa posición privilegiada podría contemplar no sólo el pasado, sino también el futuro.

—¿Podría ilustrar esto, Sábato, con alguna comparación o con algún ejemplo?

—Con una comparación al menos, aunque un poco burda. Pero al menos aclarará esa idea demasiado abstracta. Imagine un caminante que en la montaña se dirige a través de un sendero hacia lo alto, y suponga que en un recodo oculto hay una fiera que el caminante no puede advertir. Pero alguien, colocado en la cumbre, puede ver el panorama total, y lo que para el caminante es futuro (la fiera) y, por tanto, incognoscible, para el espectador privilegiado es puro presente. Vaticinar es para él, simplemente, ver el presente.

—¿Con el alma desencarnada pasaría algo parecido?

—Claro. Al evadirse de su cárcel espacio-temporal, al colocarse por encima o fuera del orden físico, podría ver como puro presente lo que en el cuerpo es pasado o futuro.

—¿Existe alguna posibilidad de desencarnamiento?

—En la rama dorada constatamos que en casi todas las civilizaciones primitivas (culturas que tienen una sabiduría más irracional pero más profunda que la nuestra, al menos en todo lo que se refiere a las misteriosas regiones del inconsciente), se supone que durante el sueño el alma se desprende del cuerpo y puede así desplazarse por su ámbito intemporal. De tal modo que, para quien sepa interpretar los sueños (ya que no siempre esas visiones son claras, ni laterales, ni unívocas), podrá vislumbrar visiones no sólo del pasado, sino de lo porvenir. Pero como en nuestro futuro está siempre la muerte y es evidente que esas visiones nos deben dar información sobre ella y sobre la existencia de ultratumba. Si esta hipótesis es correcta, ciertos sueños venturosos podrían ser visiones de las regiones paradisiacas.

—¿Y las pesadillas del infierno, no?

—Ni más ni menos. Pero ésta es la primera parte de la hipótesis. Lo que el hombre corriente experimenta en sus sueños, seres anormales lo viven en sus estados de trance: los videntes, los locos, los místicos y los artistas.

—¿Los pone en el mismo saco?

—A estos fines, sí. Son seres anormales, o al menos viven estados anormales. Por ejemplo, en un acceso de locura el alma sufre algo muy parecido (si no es exactamente idéntico) al que sufre cualquier hombre en el momento de soñar: se «sale» del cuerpo e ingresa en otra realidad, que no es la espacio-temporal de nuestro mundo cotidiano. De ahí las exactísimas palabras que en la antigüedad se utilizaban para calificar este tremendo acontecimiento: ponerse «fuera de sí», enajenarse, alinearse. Siempre creí que los locos experimentaban en vigilia lo que nosotros experimentamos de noche en las pesadillas. Ahora pienso, además, que los locos furiosos son seres que viven el infierno, en el sentido literal de la palabra: que están haciendo la experiencia directa y actual del infierno. Al «ponerse fuera de sí», el alma vive el futuro, en este caso un futuro infernal.

—Un auténtico descenso al infierno, ¿no es así?

—Sí. Ya hablaremos luego de los otros, los realizados por los poetas. Pero volviendo a los locos, en algunos casos este descenso puede ser transitorio, tal como desde la antigüedad ha venido sucediendo con seres que, con notable intuición, se calificó de «demoniados». Seres que únicamente después de complicadas operaciones, llevadas a cabo por iniciados, eran devueltos a la vida normal, como despertándolos de la atroz pesadilla.

—¿En su teoría, Sábato, habría cabida para los que voluntariamente se extasian?

—A eso me iba a referir precisamente. La enajenación puede suscitarse de modo voluntario, ya sea en los místicos y en los adivinos. Mediante la ansiedad y el ayuno, el propósito empedernido y las facultades nativas, la inspiración divina o demoniaca, los místicos logran el éxtasis, colocando su alma en la eternidad. Tal como hacen los yoguis, en esa muerte de sí mismo renacen a otra existencia, liberándose del cuerpo. Inútil agregar ahora que el poeta, con P mayúscula, se encuentra en una situación parecida, ya sea de modo espontáneo, involuntario, ya sea de modo deliberado. Recordemos la frase célebre: Je dis qu'il faut être voyant, se faire VOYANT. El artista es el último de estos seres anormales que gozan (ni este verbo parece adecuado) de este pavoroso privilegio. Platón no hace sino repetir lo que el pensamiento antiguo consideraba como obvio: que el poeta, inspirado por los demonios, repite palabras que nunca habría dicho en su sano juicio, describiendo regiones sobrenaturales, como el místico en sus momentos extáticos. En tal enajenación el alma posee una percepción anormal al borrarse la frontera entre el objeto y el sujeto, entre la vida y la muerte, entre lo real y lo imaginario, entre lo pasado y lo porvenir. Y así como personas ignorantes han sufrido visiones y pronunciado palabras en lenguas que desconocen, una muchacha de vida inocente como Emily Brontë pudo escribir un libro terrible, describiendo con so-

brecoyedora precisión a un hombre entregado a las potencias infernales.

—Ya veo cómo explicaría el carácter profético del poeta, del vate...

—Ciertamente. La desencarnación del alma del artista en el momento de su inspiración explicaría las profecías, aunque sea en la forma ambigua y enigmática que también es propia de los sueños. En parte por la oscuridad de ese territorio, que quizá entrevea nuestra alma como a través de un vidrio oscuro, por la imperfecta desencarnación. En parte, porque quizá nuestra conciencia racional es incapaz de describir un universo que no se rige por nuestra lógica ni por el principio de causalidad. En parte, en fin, porque el hombre no es capaz de soportar ciertas visiones y nuestro instinto de conservación (el de conservación del propio cuerpo) nos preserva con máscaras y símbolos.

—Cree, en suma, que el infierno existe.

—Bueno, esto es una de las consecuencias de mi hipótesis. Los teólogos han razonado sobre el infierno, y a veces han probado su existencia more geometrico. Pero sólo los grandes poetas nos han revelado su existencia. Son nombres terribles, pero indisputables: Blake, Dante, Rimbaud, Baudelaire, Lautreamont, Sade, Strindberg, Dostoievsky, Kafka. ¿Quién será capaz de afirmar que mienten? Los creadores de esas temibles ficciones serían así los seres que sueñan por los demás, los que por un desdichado encargo de los dioses están destinados a revelar los misterios últimos de la existencia. No sé dónde leí que Dante no hizo otra cosa que traducir las ideas y sentimientos de la época, los prejuicios teológicos, las supersticiones en boga; de modo que, lejos de ser, su poema, una visión de la realidad sobrenatural, sería, simple aunque genialmente, la descripción de la conciencia y la inconsciencia de una cultura determinada. Hay mucho de verdad, pero no en el sentido que le atribuyen estos sociólogos del horror. Yo creo que Dante vió, como todo gran poeta, con espantosa nitidez, lo que las gentes de su tiempo presentían de modo impreciso. Y de ahí la resonancia de su obra. Los italianos que veían pasar al poeta por las calles de Rávena, silencioso y enjuto, comentaban en voz baja, con sagrado recelo y sin intención metafórica: «Ahí va el que estuvo en el infierno.» Porque si esos visionarios no fueran más que mitómanos individuales, si sus visiones no fueran más que delirios de valor privado, ¿cómo explicar que el resto de los mortales los tomen como intérpretes de sus angustias y esperanzas? ¿Cómo explicar, en fin, que la palabra vate signifique a la vez poeta y adivino?

—Y una pregunta, quizá intempestiva, para terminar: ¿cree usted que podría llegarse alguna vez a la metafísica por el camino de la filología?

—Así creen en parte los del «Círculo de Viena». Y tienen algo de razón: toda filosofía es el intento de definir correctamente cuatro o cinco palabras: intuición, Dios, casualidad, libre albedrío, premonición...



carta en sábado a SABATO

MANUEL RIOS RUIZ

HOY es sábado, Sábato. La tarde es jolga; *sabadodomingo*, diría Tiempo, como vos sabés. Y me dije andá tenés un rato pa divagar, pa sos solo, pa acordarte de los fetén, de los que ties, sientes, cerca y están lejos, escribeles. Y estabas tú, vos, con tus palabras pa mí, alante de tu novela. ¡Cómo agradecé! Te traje, te traí, conmigo hasta este sitio indefinible donde tanto extraño el beber, donde malayamente se está cuando, como yo, se viene cuasi del campo. Pero qué querés, qué quiero, digo, ¿qué puede uno exigir a lo que por voluntad se impone? Mas sí, me hubiera engordao leerte en un tabanco, ne el surbajo mío, con el vino más puro, jerezano, y sobre el velador más rústico. Y enseñazle tu libro a mi gente de siempre, a Ramírez, pintor de alucinados toros bravos, capá de beber mosto en la calavera un muerto, a Ferrera, que imprime poesía en el mismísimo cacharro que enjaretó Guten-

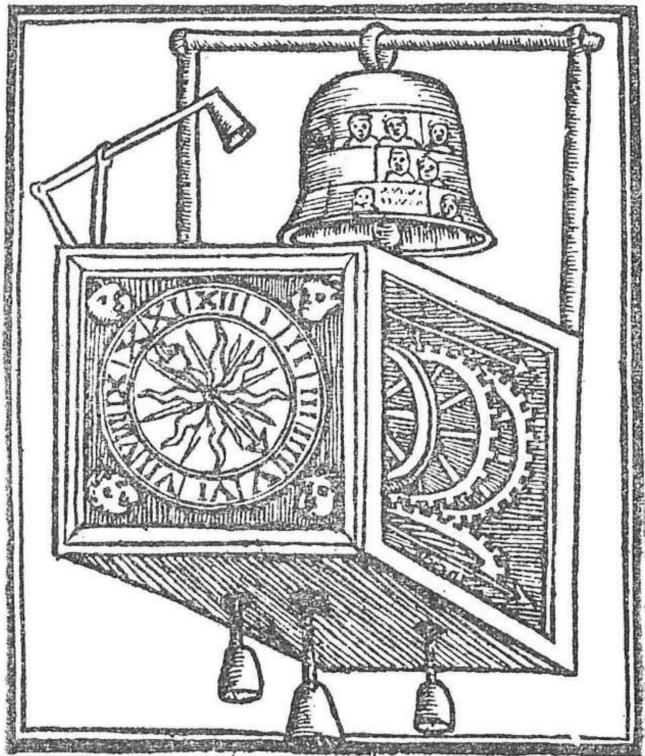
berg, al Paco Toledano, quien yendo pa cura se torció pa poeta por la gracia del Dios, a Juan de la Plata, manijero de los flamencólogos cabales, al Antonio Luis Baena, un maestro escuela de soledades machadianas, a Pantoja, gitano «intelectua» que escribe con el pecho, a los cocheros de punto, a sus esqueléticos caballos, a los toneleros de manos como panes, a los pequeños burgueses, burócratas del hastío, al barbero, a Vicente el Carnicero, el del corazón cansado de mantener tanto cuerpo y tanta gracia, a los del rato perdió cuando el crepúsculo, a mi padre el sencillo, a mi vieja la probe, a tós diriales: Fíjate, dedicao, fíjate...

Pero qué película me cuento, qué quimera, estoy en un stack-bar del Madrid Cosmopolita Capital del Mundo y la gente está pasá. Ná tie importancia. (Bébome solo un vino tiznao que sabe a garrapatas y no entiendo a

este miste a este beatnick, ¿qué me pregunta?, ¿por él mismo?, no te jode...) No, no hay motivo para nada, chipén; no es cosa ahora de apregoná que un libro, por barcotrenamigo a traío a mis manos tu saludo. Vos comprendés. Nadie lo entendería, asin es la estirpe. Pare, mejor será esperá un día que se tercié, que se nos estreche el océano, un sábado que vivamos y me dirás del tango y te diré del cante, jolgaremos la efemérides.

Luego ya me voy con tu libro bajo el brazo, mi mujer y mi piba—de tres años y pico—dirán: es mu bonito, lo festejaremos intimamente, ya verás, en nuestra habitación con derecho a cocina. Después de todo, que querés que te diga, tan so'lo siento no haber escrito entavía algo donde devolverte el abrazo. Pero hoy es sábado sábado, buen día, fin de semana para empezar. A escribir, por ejemplo; por convencimiento.

Carta de Santander reconociendo un nieto a su abuelo **EMILIO CARRAL**, relojero y anarquista



Despertador de peccadores: Inuendado por vno dellos.



Hace algunos meses estuve a punto de escribir a don Luys Santa Marina con ocasión de haber publicado en el diario Arriba un trabajo en el que evocaba la figura del idealista relojero Pablo Carral. Posteriormente, y con el título de «Tankia» vi reproducido aquel trabajo, con unas magníficas ilustraciones de Río, en la revista Dersa. En estos días he visto que el señor Santa Marina se ocupaba nuevamente en LA ESTAFETA LITERARIA número 365 de la figura del «viejo idealista», lo que me ha impulsado a dirigirle la presente carta.

Mi propósito de entonces—como el de hoy—era expresarle, en primer lugar, mi agradecimiento por la amable acogida que en su publicación ha dispensado usted a la semblanza de mi abuelo, y puntualizar, a la vez, algunos datos en torno al autor de la novela Tenkia que, por el tiempo transcurrido desde que Santa Marina lo conoció, aparecen borrosos o confundidos en su evocación. Ello es comprensible si se piensa que comienza afirmando que «era muy niño» cuando se grabó en su memoria la figura de Carral y, de otra parte, si se tiene presente el tono de cuento, inspirado en un personaje real, que ha intentado dar al relato.

Yo no llegué a conocer a Emilio Carral (Emilio—no Pablo—era el verdadero nombre de mi abuelo y Tenkia—no Tankia, como figuró en Arriba y en la revista Dersa—el título de

su «novela revolucionaria»). Murió en el año de 1928, es decir, ocho años antes de que un servidor de usted llegara a este mundo.

Hace algunos años tuve la curiosidad de leer Tenkia y una obra de teatro, también escrita por mi abuelo, que fué estrenada en el teatro Pereda de Santander en el año 1905. La obra que se titulaba El ocaso de los odios—título (por demás sugerente—, se conserva con un ejemplar de la novela Tenkia en la Biblioteca Municipal «Menéndez y Pelayo», de Santander. A través de su lectura, conociendo su biblioteca particular—una parte de la cual se conserva—y a través de sus propios hijos (la obra más personal sin duda de Carral), he llegado a reconstruir su imagen y a conocer que su postura política e ideológica fue el resultado de una tardía y curiosa evolución espiritual: Mi abuelo había nacido en el seno de una familia creyente.

Pese a su condición de hombre inicialmente iletrado—fue un auténtico autodidacta—, sintió especial preocupación por los problemas sociales y antropológicos. En esta inquietud tuvo su origen la gran amistad—prueba de mutua tolerancia y comprensión a pesar de la disparidad de sus ideologías—con el Padre Carballo, el infatigable escrutador de los misterios de la Prehistoria en Altamira, y fundador del museo de Prehistoria de Santander, de quien conservo autógrafos y una colección de fósiles y restos prehistóricos que regaló en su día a mi abuelo.

En la evolución espiritual de Emilio Carral fué, al parecer, decisiva la influencia de Reclus y la lectura de El origen de las especies, de Charles Darwin; un libro y un hombre que—como usted sabe—, «tuvieron mala prensa y cuyas verdades, hoy día incontrovertibles, fueron objeto de burla y escarnio por parte de aquellos que pretendían ser depositarios de la única verdad». Pienso que fue justamente la dificultad de compaginar lo que entonces era una intuición científica con el criterio cerrado de algunos exegetas de la Escritura, el origen de la rebeldía de Emilio Carral.

Hace algún tiempo, leyendo las primeras páginas de uno de los libros más leídos en España el pasado año (Una religión para nuestro tiempo del escritor católico Padre Louis Evely), me afirmaba en el convencimiento de lo que acabo de decir:

«Yo no creo—escribe Louis Evely—que el mundo sea ateo por culpa suya, sino por culpa nuestra, por culpa de aquellos que debiéramos ser la sal y la luz del mundo.

La historia de estos dos últimos siglos—dice Evely—no es ante todo, como piensan muchos historiadores católicos, la revelación del hombre contra Dios, sino la resistencia empedernida que algunos cristianos conservadores, perezosos y tiránicos, retardatarios en política, en economía, sociología, ciencias y filosofía—e incluso en teología, exégesis, liturgia y Dios sabe cuántas cosas más—han opuesto a todos aquellos que querían avanzar. Ya han sido superados, gracias a Dios; pero la Iglesia se ha visto comprometida por sus necias peleas y humillada en sus justas derrotas. Sus adversarios—concluye Evely—, que tiene razón al combatir contra ellos, han creído que tienen razón al combatir contra la Iglesia, identificándola con esos mezquinos defensores de la monarquía absoluta de los Estados Pontificios, de la ballena de Jonás y del Latín.»

Estoy seguro de que en nuestros días del Concilio Vaticano II, cuando el sabio Teilhard de Chardin ha dado cima a esa síntesis magnífica que representa su concepción del mundo y de la vida, Emilio Carral hubiera pensado posiblemente de otro modo, fiel a su convicción de que los hombres que buscan sinceramente la verdad la encuentran aunque para ello emprendan caminos diferentes.

Casi todo lo que añade el relato del número 365 de LA ESTAFETA LITERARIA, a propósito de Emilio Carral es cierto. Es cierto, que «era un alma de Dios incapaz de hacer daño a nadie». «Un idealista, compañero en sus mocedades de Fermín Salvochea». Es cierto que «todo el mundo conocía su hombría de bien y su generosidad inagotable». También es verdad que «no tenía nada suyo». No es exacto en cambio que estuviera en París, pues prácticamente vivió siempre en su pueblo. No es exacto tampoco que estuviese «solo como el junco en el agua». La verdad es que cuando murió vivían nada menos que seis hijos y numerosos y entrañables amigos que aún hoy, como Santa Marina, le recuerdan afectuosamente.

Emilio Carral conoció y trató a don Benito Pérez Galdós, que por aquellos años pasaba grandes temporadas en su finca de «San Quintín», en Santander.

Fue también gran amigo de José del Río Sainz, Pick, el gran maestro del periodismo y de la poesía española, a quien usted el pasado año tributó con Gerardo Diego, José María de Cossío, Iturrino y Rafael González Echeagaray, el merecido homenaje que dedicó a nuestro paisano, el Ateneo y la ciudad de Santander.

En sus Memorias de un periodista provincial no aludía José María del Río Sainz a la persona de Emilio Carral en términos parecidos a los que usted utiliza en su publicación de LA ESTAFETA LITERARIA cuando escribía lo siguiente:

«Aquel año, la Montaña fué teatro de importantes actos políticos que tuvieron una honda repercusión en la vida nacional.

Mella, después del discurso literario que pronunció como mantenedor de los Juegos Florales en que yo había ganado la flor natural, habló sobre el tema candente en nuestras relaciones internacionales a los postres de un banquete monstruo con que fué obsequiado en la amplia pista de «El Alcázar»—el local de pueblo de mayor capacidad en aquellos días—. Los comensales pasaban con mucho del millar y pertenecían a todos los partidos políticos. Acudieron todos los germanófilos y los partidarios de la neutralidad, entre los que se hallaban hasta anarquistas, como el relojero Emilio Carral... A favor del entusiasmo germanófilo que suscitó el discurso de Mella, Alfredo Alday Redonet, que hasta entonces había estado al margen de toda intervención política, concibió la idea de publicar una revista a todo lujo con el fin de que se difundiese en España y América... La revista se tituló España neutral, y apareció a fines de aquel año. Se logró la colaboración de algunos elementos que por su ideología revolucionaria eran enemigos encarnizados del militarismo alemán; pero que querían sinceramente el final de la guerra (se refiere a la primera mundial). El más significado de ellos fué el relojero Emilio Carral, a quien ya he citado—dice Del Río—y que colaboró desde el primer número. Carral era una de las figuras más interesantes del Santander que estoy his-

toriano. Trabajaba en un quiosco establecido en la antigua plaza de Velarde, donde hoy está la Casa de Correos. Era un anarquista de buena fe, que leía mucho, de costumbres pacíficas y laboriosas. Por eso se le estimaba en el pueblo por gentes de todas las ideas... Carral fundó en las postrimerías de su vida los Coros Montañeses que tanto contribuyeron a la educación popular y que han recorrido en triunfo toda la Península.»

«Alday puso gran empeño en atraer a este hombre tan interesante a su obra, y lo consiguió. Para celebrar la aparición de la revista reunió a todos sus colaboradores en un banquete, que presidió el entonces Gobernador don Alonso Gullón, que se sentó al lado de Carral. A la hora de los brindis—concluye José María del Río Sainz—hablaron ambos, y fué curioso ver al representante del Gobierno burgués exponer sus puntos de vista, en polémica amis-

tosa con el caracterizado ácrata, que aprovechó la ocasión para abogar por la redención de todos los pueblos.»

El que Emilio Carral fuera además «un caballero andante», acaso sirva para disculpar el que hoy, su nieto, un servidor de usted, haya podido hilvanar una divagación tan quijotesca como la presente.

NOBEL CARRAL LARRAURI

TEATRO

JUAN EMILIO ARAGONES

«CUANDO SE ESPERA», en el Reina Victoria

LAIN ENTRALGO, dramaturgo «POR EXTENSION»

Don Pedro Lain Entralgo, profesor, médico y humanista, posee una de las inteligencias más lúcidas en la parcela del pensamiento actual español. Por eso, al decidirse a dar ese salto en el vacío que siempre es la aventura teatral, lo hace con humildad y consciente de sus limitaciones de origen. Lain no pertenece a la casta de dramaturgos innatos, en los que no es concebible otro módulo expresivo que el teatral, sino a esa otra raza de escritores intelectuales que, «ya avanzado el curso de su vida, y después de haber lanzado al mundo una obra más o menos valiosa, sienten en su alma la comezón de dar figura escénica a alguna de sus ideas sobre la vida humana». El propio Lain, al que pertenece el párrafo entrecomillado, califica a tales autores como «dramaturgos por extensión». Y entre ellos se incluye.

Nada de particular tiene, por tanto, que esta pieza teatral—la primera que escribió, en el verano de 1964—adozca de verosimilitud dramática y de otros valores propios del arte teatral, como a su tiempo se ha de ver.

OBRA PARA LEER

Cuando se espera tiene el rango intelectual que de su autor cabía esperar. («Esperar» es un verbo que Lain Entralgo ha conjugado en toda su profundizadora dimensión humana, según acreditara en el libro *La espera y la esperanza*.) Como ha explicado él mismo, la intensa documentación que pasó por sus manos para la estructuración del volumen de meditaciones sobre espera y esperanza, comprendía textos teatrales de Unamuno, Gabriel Marcel y Sartre. Y de estas lecturas provino la idea de teatralizar el devenir humano, entendido como una sucesión de esperanzadas esperas. El resultado de aquel sugestivo proyecto es la obra que ahora han estrenado Fernando Fernández-Gómez y Analía Gadé. Obra importante... para leer. Y no por las causas que ha creído vislumbrar el notabilísimo ensayista e ingenuo dramaturgo, al advertir en el programa de mano que el suyo no es un drama «de ideas», sino «de realidades». Lo que ocurre es que en *Cuando*

se espera, las ideas—que las hay, cómo no—carecen del mínimo revestimiento dramático necesario.

VESTIGIOS DE BUEN TEATRO

Sería aventurado afirmar que un dramaturgo «por extensión» carezca de las condiciones precisas para llegar a ser dramaturgo a palo seco, y menos en el caso de Lain Entralgo, que ya en esta inicial obra—no conozco la segunda, *Entre nosotros*, estrenada en Barcelona, más que de lectura, que es un modo muy im-

perfecto de conocer una obra dramática—hay vestigios que inducen al optimismo: la incorporación del coro de emigrantes, que simbolizan otra espera de signo distinto a la de los protagonistas, pero no menos dramática; el hallazgo del Jefe de Estación—quizá el personaje con más encarnadura dramática de la obra—y el alegato final contra la violencia política, que viene a enriquecer la estructura demasiado simplista de la trama con nuevos elementos de indudable eficacia escénica.

A mi juicio, es en esos últimos instantes cuando, al empaque intelectual que el diálogo posee desde el primer parlamento, se unen calidades escénicas de primer orden. Los espectadores, que hasta aquel momento habían permanecido en actitud de oyentes, descubren de inmediato que también la acción les interesa y la conferencia dialogada adquiere cualidades de espectáculo, de apasionante trama escénica, pese al apresurado fusilamiento de la protagonista, que resulta poco verosímil porque al autor le falta oficio o intuición para justificar dramáticamente el hecho.

Otro de los aciertos dramáticos de *Cuando se espera* es la invención expresionista y simbólica de un personaje que el autor sitúa como elemento de contraste entre los seres que esperan y la anticipación de lo esperado. Porque el aludido personaje no es otro que El Futuro... Y no deja de asombrar la circunstancia—que nos conduciría a muy extensas y generales digresiones sobre la entidad del arte escénico—de que un autor teóricamente tan empeñado en que sus dramas sean obras «de realidades», recurra a la apoyatura de un ente simbólico para clarificar la intención de su drama. ¿Habría que considerarlo como un testimonio de que Lain ha intuido la existencia de variantes decisivas entre la realidad vital y su reflejo en el teatro?

MAS VERBO QUE ACCION

Hay en el drama una visible preponderancia del verbo sobre la acción, desde luego, pero esto no supone detrimento alguno para la pieza cuando los diálogos tienen tan inusitada calidad y están poblados de sugerencias más que suficientes para que la parquedad de «acción externa» pudiera ser suplida, incluso con ventaja, por una fecunda gama de Procesos psicológicos. Para que esto ocurra, el desarrollo de los hechos adolece del sentido de la medida que tan imprescindible es en el teatro. A escenas innecesariamente prolongadas siguen otras cortadas de sopetón, cuando aún podían dar mucho juego dramático. Resulta irregular el estudio de los caracteres, de tal modo que están mejor definidos los personajes secundarios que los esenciales, acaso porque en éstos se advierte en demasía la intromisión del autor.

Si Pirandello instaló su teatro en la sutil raya que separa el territorio de la realidad del de la fantasía, Lain parece querer situar el suyo entre la tesis y la realidad. Para lograrlo en *Cuando se espera*, le ha faltado instinto de la situación escénica en la misma medida en que le sobran pensamientos generalizadores



que más proceden de su honesta actitud personal que de la psicología de cada persona dramática.

Ni que decir tiene que deseamos esperanzadamente que Lain Entralgo consiga superar estas deficiencias estructurales, porque hay en él un visible empeño de seguir caminos nunca hollados y un positivo afán de hallar nuevos canales para la expresividad dramática. En cuanto a la calidad coloquial y a la enriquecedora altura de su pensamiento una la capacidad de síntesis exigible en todo autor dramático, Lain Entralgo ha de suponer una valiosa baza para el teatro español contemporáneo.

GUIA DE OTROS ESTRENOS

FREDERICK KNOTT: *Sola en la oscuridad*. Teatro Marquina. Traducción: Ignacio Artime y Jaime Azpilicueta. Dirección: Jaime Azpilicueta. Intérpretes: María Asquerino, Miguel Angel, Francisco Valladares, Ricardo Merino, Manuel Salguero y Carolina Montijano. Decorado: Pablo Gago. Música: Carmelo Bernaola. Fecha de estreno: 10 de mayo de 1967.

Drama de intriga con ciega y niña.

MARÍA CLARA MACHADO: *Plutf, el fantasma*. Teatro Español (Teatro Municipal Infantil). Versión española de C. M. Suárez-Radillo. Dirección: Antonio Guiráu. Intérpretes: Venancio Muro, Margarita Calahorra, Pedro Mari Sánchez, Estrella Pérez Valero, Javier de Campos, Pedro del Río, Paco Marso y Antonio Requena. Decorado: Víctor María Cortezo. Vestuario: Armando Piazza. Fecha de estreno: 10 de mayo de 1967.

Reposición de una excelente pieza para niños, estrenada por «Los Titeres» en marzo de 1960.

AL PAÑO

TEATRO-FORUM «JAVIER DASTIS»

Setenta y tres sesiones cuenta ya en su ejecutoria este enervorizado grupo que en la actualidad dirige José Luis Yzaguirre. Efectúa sus lecturas escenificadas en el salón de actos de la Cámara Oficial de Comercio, en Madrid. En la última de ellas, verificada el sábado, 29 de abril de 1967, la obra elegida fue *Un sabor a miel*, de Shelach Delaney. Tras la lectura actuada de la pieza, Eduardo Ladrón de Guevara hizo un resumen crítico de la discutida obra y el acto finalizó con el acostumbrado coloquio.

EJERCICIOS EN LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTE DRAMÁTICO

Satisface dar noticias de estas actividades complementarias de la Real Escuela Superior de Arte Dramático y Danza. Es evidente que, con su traslado del viejo edificio de la calle del Pez a los nuevos locales del remozado Teatro Real, ha cambiado también el espíritu docente del Centro que prepara a los futuros profesionales de la escena española. Entre estos ejercicios, dábamos cuenta en nuestro anterior número de tres representaciones consecutivas de la obra de George Bernard Shaw *Androcles y el león*, bajo la dirección de Mercedes Prendes y Antonio Malonda. Posteriormente, esta obra fue elegida por el Teatro Nacional de Cámara y Ensayo para su sesión de Taller-4, y representada en el teatro Beatriz por los alumnos de la escuela y bajo idéntica dirección.

Ahora tenemos que informar de las prácticas escénicas realizadas los días 5 y 6 de mayo por los alumnos de

primer curso de interpretación, dirigidos por Manuel Dicenta. Consistieron tales prácticas en una Selección Antológica de Escenas Dramáticas, con fragmentos de diversas obras del teatro hispano, y de un recital de danzas que las alumnas de la escuela ofrecieron el día 11 de mayo, dirigidas por las profesoras Carmina López y Antoñita Ruiz.

SITUACION DEL TEATRO EN FRANCIA

El informe emitido por la «Commission de l'Equipement Culturel et du Patrimoine Artistique» no es, en el capítulo concerniente al teatro, optimista.

Es oportuno resaltar el gran paralelismo existente entre los problemas que tiene planteados el teatro en Francia y los que advertimos en la escena española. El primero y más importante de todos es el de la concentración en París—al igual que ocurre en Madrid, por lo que a España respecta—de un alto porcentaje de las actividades dramáticas. La política descentralizadora llevada a efecto no ha logrado, por ahora, sino atenuar el desequilibrio, a costa de una menor asistencia a los teatros de París, no compensada por la afluencia de espectadores a las compañías descentralizadas.

Dicha crisis de asistencia hace que, con excepción de algunos teatros que estrenan solamente obras ligeras de particular atractivo comercial, la actividad teatral privada tropiece con dificultades financieras de consideración, al extremo de que, de los 46 teatros privados existentes en París, 40 se encuentran en una situación muy precaria, según estimaciones de finales de 1963. Y pun-

tualiza el citado informe: «La dificultad para un teatro de encontrar un equilibrio satisfactorio entre los imperativos de la rentabilidad comercial y el deseo o preocupación de ofrecer un repertorio de alta calidad, llega a ser paulatinamente insuperable. Tanto si el equilibrio se rompe en uno u otro sentido, la situación se revela igualmente nefasta para la supervivencia del teatro privado, que debe ser a la vez indisolublemente arte y comercio.» La Comisión descarta «dos diagnósticos demasiado simplistas» para dicha situación de crisis, y expresa su convicción de que el precario estado del teatro en la actualidad no se explica:

«Ni exclusivamente por la imposición excesiva de que es objeto», aunque aconseja que se continúe y acentúe «la política de suavización fiscal emprendida».

«Ni principalmente por la competencia de que sería víctima por parte del sector subvencionado», alegando que «sus efectos son ciertamente compensados, de manera amplia, por el aumento creciente de la afición al teatro que las escenas subvencionadas han ayudado a determinar tan poderosamente y que no puede dejar de beneficiar a la profesión en conjunto.»

LA LEY DEL TEATRO, EN MARCHA

Al esquema de trabajo para la Ley de Teatro se han incorporado las sugerencias y observaciones que en su día fueron presentadas—algunas de las cuales resultarán conocidas a los lectores de LA ESTAFETA—y, debidamente articulado, se encuentra en situación de ser sometido al estudio del Consejo Superior de Teatro, cuyos miembros han sido a tal fin convocados para el día 23 de mayo.

Tertulia en LA ESTAFETA

PROSISTAS DE HOY:

Jesús Torbado, Víctor Chamorro, Carlos Puerto, Luis Berenguer, Raúl Torres, José A. Vizcaíno, Luis Garrido.

Hay sábados que se nos pone la casa de *bote en bote*, tanto que nuestra redacción parece el *metro en hora punta*. El último de abril asistió a nuestra tertulia una nutrida representación de nuestra joven narrativa: Jesús Torbado—que próximamente publicará una novela en la Editorial Terra—, Víctor Chamorro—cuyo *Urriza* comentamos hoy en estas páginas—, Carlos Puerto—que está publicando buenas narraciones a barullo—, Luis Berenguer—de quien acaba de lanzar *Alfaguara El mundo de Juan Lobón*—, José Antonio Vizcaíno—con su cachimba y su barba—y Luis Garrido—que nos dedicó sus cortos *días perdidos*, todavía con las tintas frescas—. Y para

que todo resultara completo, un joven editor: Boté, que lo primero que hizo fué convidar por su cuenta. «¡Que cunda el ejemplo!», exclamó Luis Ponce de León, previniendo que le saldría más barata la mañana.

... Pero llegó más gente: Miranda, Hernández Aquino, Mondéjar, etc., y nuestras secretarías solicitaron del bar del Ateneo más *maera*; se hablaba mucho y había que humedecer de vez en vez el cielo de la boca. Mas se hizo un silencio. Silencio santo para oír a Luis Chemes, un argentino de aparente personalidad, que nos traía, desde su *Buenos Aires querido*, un cuento «con la malvada intención de publicarlo en LA ESTAFETA», que así nos lo presentó nuestro director. Y todos oímos fluir bajo un bigote rubio—a lo Charlie Chan—la serie de enigmas que pueden ustedes leer en las páginas 23 y 24, porque el improvisado jurado, empezando por Manolo Ríos, que dijo era «una

prosa abierta a toda conjetura», dió su beneplácito al escrito del porteño; mientras Aragonés, con los folios en la mano, calculaba su extensión en letra impresa. Y Chemes compareció ante la máquina de escribir de Angela Belanguer, nuestra secretaria. Dió su santo y seña y quedó fichado.

EN TORNO A UN AGREGADO CULTURAL:

José Ramón Ribiou, «Anduriña», Magda García de la Rosa, Meireles, etc.

«Uno de los corazones más tiernos que ha parido madre», estas fueron las palabras textuales para presentarnos a «Anduriña» en nuestra tertulia del pasado día 6. Venía acompañada de Magda García de la Rosa, una pintora capacitada, según se nos dijo, para pintar de oídas, por informes, lo mismo un campanario que un paisaje gallego. Trajo con ella muestras de lo que decimos, que fueron pasando de ojos a ojos de los contertulios, y nos entregó el catálogo de su próxima exposición en «Toisón», en el cual López Ibor dice que su arte nos revela «el gran conflicto íntimo de la pintura de ahora y de todos los tiempos». Aquí fuimos menos teorizantes, y a lo más que alcanzamos decir fué que sus cuadros eran espontáneos, con palabras de Nilda López—recitadora y argentina—, que habló, tal como nuestro director quiere: «Para la colectividad.» Obser-

vando Juan Emilio Aragonés, que una de las obras contravenía las ordenanzas municipales, pues hace tiempo que la ropa no puede tenderse en medio de la calle. Y la pintora aseguró que trataba de buscar la emoción a través de la sencillez, con un estilo simple. Hubo quien le preguntó: «¿Simple de simplicidad o de simpleza?» Resultó ser por ninguna complicación, lo cual pareció convencer a los presentes, al menos en apariencias.

Pero la reunión se centró en torno al poeta dominicano José Ramón Ribiou, que llegó acompañado del artista Meireles, quien hizo su presentación: «Este que está aquí, éste es agregado cultural de su país en España. Ha escrito dos novelas y un libro de poemas y ha llenado allá los periódicos de versos a troche y moche. Y quiere ser más importante que alto.» La gallega «Anduriña» objetó que escribir versos en los periódicos es una mala acción, que tal vez por eso lo habían mandado a Madrid, que leyera para comprobar si era cierto. Y Ribiou cantó:

... La tierra, limitada por el agua y
[por sí misma]
pisada por los hombres,
con tantas huellas en su arena,
espera la voz marina que las borre...

Seguidamente Ribiou nos leyó también un breve relato *Del yo al otro*, que por su interés publicará LA ESTAFETA en breve, es decir, que nos gustó a todos, pues el cuento tiene buen planteamiento, técnica y acertado final.

—No lo veo claro.

—Igual me pasa a mí, don Gonzalo. No lo veo claro, no tengo pruebas, no lo veo lógico... Pasemos a otra persona de la casa. A Joaquinita.

—Es una cría.

—Desde luego. Pero una cría que muy bien pudiera aspirar a ser la dueña de la casa.

—No la creo con arrestos. Estuvo llorando todo el día la muerte de doña Carmen. Inconsolable... Además, es mucho orgullo el de don Onofre para casarse con una criada.

—Depende de cómo sea la criada.

—¿Para qué iba a eliminar a Antonia?

—Por la misma razón: podría saber demasiado.

—Tampoco lo veo claro.

—Ni yo..., hasta ahora. No hubo manera de comprobar si había salido de casa el domingo de Piñata. Doña Carmen y don Onofre me dijeron que no. ¿Qué pudo hacer entonces?

—Nada.

—La vieja entró en la casa después de morir Antonia. En el caso de que nada tenga que ver la muerte de la criada con la muerte del ama, ¿qué interés podría tener la vieja en matar a doña Carmen?

—No lo veo... ¿Y Pedro?

—Tampoco.

—Cuando murió Antonia él estaba enfermo en cama. Ahora no tiene explicación que ese hombre mate a su señora... Lo probable, don Gonzalo, es que el juego está entre el amo y la moza, o entre los dos de acuerdo. Pero la cosa es muy difícil de creer para nosotros. No digamos para el pueblo. ¡Hace falta pruebas, y pruebas muy gordas!... ¿Aparecerán esas pruebas? Eso es lo que no sé... A lo mejor por los sucesos que vayan ocurriendo llegamos a poseer la evidencia de la culpabilidad, pero no las pruebas.

—Te comprendo...

—La autopsia de doña Carmen tal vez hubiera aclarado las cosas...

—No me martirices, Manuel, no me martirices... Yo te ayudaré en lo que sea...

—No se preocupe, a cualquiera le hubiera ocurrido igual. Lo peor del mundo es cuando la infracción de la ley se da entre personas de las que nadie puede sospechar. Todas las gestiones son difícilísimas. Si no trabaja uno bien amarrado, jadiós, Madrid, que te quedas sin gente!

—En el difícil caso de que don Onofre se casara con Joaquinita, ¿tú crees que sacaríamos algo en claro?

—No. En todo caso la evidencia, pero no pruebas.

—¿Y por dónde esperas esas pruebas?

—De la paciencia y el trabajo escrupuloso. Tengo mis planes, que se los comunicaré en el momento oportuno. Usted es el médico y tiene entrada libre en esa casa a todas horas. Podrá serme muy útil en un momento dado... Además, confío en la suerte. La justicia tiene más suerte que los criminales. Pero hay que andar bien despierto.

—Bien, Manuel, veremos lo que se puede hacer.

Don Gonzalo parecía más animado y sin fatiga con la perspectiva de colaborar con *Plinio*.

A los pocos días al médico se le pasó el asma y volvió a su vida habitual. Ni una sola noche faltaba a la tertulia del casino. Algunas veces, sobre todo antes de comer, se juntaban el médico, el veterinario, *Plinio* y el cura en el cuartillo de guardia de la sacristía.

Don Gonzalo, con aquellas conspiraciones y vigilancias creía amortiguar sus escrúpulos de conciencia profesional. El cura también parecía haber sentido una súbita vocación policíaca.

Con el más absoluto de los secretos, de mutuo acuerdo, los tres personajes originariamente sabedores del «asunto doña Carmen» se lo comunicaron al veterinario. Fué condición impuesta por *Plinio*.

Pero hasta diciembre, las especulaciones de los cuatro se limitaban a meras elucubraciones imaginativas que *Plinio* escuchaba con la mayor paciencia, ya que no había la menor apoyatura objetiva. La casa de la calle de la Luz seguía cerrada a cal y canto. Sólo entraban y salían los habituales. Entre éstos, como la salud de todos los moradores parecía excelente, no contaba don Gonzalo, y menos el cura.

Llegó un momento en que los cuatro hombres, a excepción de *Plinio*, comenzaron a desfallecer por falta de materia comentable. Habían agotado todas las fuentes de su imaginación. Fué entonces cuando *Plinio*, un poco por animarlos y otro poco por ver qué pasaba, sugirió la conveniencia de que el médico y el cura, que eran los más amigos de la casa, y cada uno por su lado, en días distintos, hicieran a don Onofre una visita con cualquier pretexto.

El cura en seguida lo encontró. Iría a pedirle una limosna para arreglar la escalerilla de la torre, que estaba en pésimas condiciones.

—Yo voy a hacerle un rato de compañía—dijo el médico muy decidido.

Los dos fueron el mismo día, un domingo. El cura, por la mañana, y el médico, por la tarde. Anochecido se reunió el cónclave en el cuartillo de guardia de la sacristía.

Cuando llegaron *Plinio* y el veterinario, el cura y el médico ya estaban allí.

Así que estuvieron juntos, el cura mandó a un monaguillo que había por allí a que se fuese a jugar a la plaza y echó una firma al brasero.

Plinio pidió al cura que hablase primero.

Don Felipe se echó hacia atrás el bonete y se pasó los dedos por sus cejas exuberantes.

—He estado allí más de una hora... Onofre está muy bien. Impasible, como siempre. Dice que así acabe la vendimia volverá a salir al casino... Ha engordado un poco. Le saqué el recuerdo de su esposa y se mostró muy sentido: «Era un ángel», dijo, pero pronto desvió la conversación.

—¿Qué pasa del testamento?

—preguntó *Plinio*.

—Me dijo que estaba en los últimos trámites. Como murió sin testar doña Carmen, han tenido que hacer una declaración de herederos y no sé cuántos líos. Claro que el único heredero es el marido. La cosa es fácil. Por cierto que me ha dicho que una vez que esté completamente resuelto el asunto de testamentaria me dará una crecida cantidad para la iglesia, tal como hubiera hecho doña Carmen caso de testar.



—Entonces ya está usted contento—dijo el veterinario, que era un tanto anticlerical.

El cura, por toda contestación, se encogió de hombros.

—¿Vió usted a Joaquinita?—preguntó *Plinio*.

—Un momento. Pedí un vaso de agua por si acudía. Onofre llamó al timbre, pero vino la vieja, que yo creo que es medio tonta...

Cuando nos despedimos vi a Joaquinita cruzar por el patio de arriba. Me saludó muy ceremoniosa, pero no me atreví a pararla..., como va uno con este complejo de policía...

—¿Y qué más?—preguntó el veterinario.

—Pues nada más... La casa tiene su ritmo de siempre. Nada me llamó la atención, si he de ser sincero.

—Don Gonzalo tiene la palabra—dijo *Plinio*.

Don Gonzalo quedó silencioso y con una sonrisa que quería ser diabólica.

—¿Y qué?—preguntó don Felipe impaciente.

Don Gonzalo los miró a todos haciéndose el interesante.

—Venga, suelte—insistió el cura.

—La bomba—dijo el médico—, o yo no sé lo que me traigo entre manos, o Joaquinita está preñada de tres o cuatro meses.

La noticia produjo el efecto esperado en todos. El cura cubrió completamente sus ojos con las cejas.

—¿Es que se la nota?—dijo señalándose el vientre.

—No, ahí, no—afirmó el médico—; en la cara.

El cura hizo un gesto de escepticismo.

—¿Es que no me cree usted, don Felipe?—preguntó el médico, muy picado.

—Hombre, cómo no lo voy a creer... Es que la cosa es gorda.

—Sí, señor, muy gorda, pero hay mujeres que se les nota el embarazo en seguida. Y ésta es una. Tiene un paño en la cara que a mí no se me despinta.

El cura volvió a menear la cabeza.

—Además estoy seguro que tiene vómitos y que es mal embarazo... Y usted, si se hubiera fijado, habría visto lo mismo...

—Yo no entiendo de eso.

El veterinario sacó una risa de conejo.

—¡No, no entiendo, y es natural!—dijo el cura mosqueado.

—¿Tú qué dices de eso, Manuel?—preguntó el veterinario a su oráculo.

—Me extraña que don Onofre cometa una pifia así.

—A lo mejor él no lo sabe—saltó el cura ya en situación.

—Buena idea—dijo el veterinario.

Todos asintieron y el cura se esponjó pasándose los dedos por las cejas.

—Si las cosas son como dice don Gonzalo, la situación se aclara mucho—dijo *Plinio*.

—Naturalmente—dijo el médico.

—Claro que no por eso aumentan las pruebas de la muerte de Antonia y del posible asesinato de doña Carmen.

—Esta niñeta lo que quiere es casarse con Onofre—exclamó el cura.

—Manuel, ¿no convendría poner en guardia a don Onofre?—dijo don Lotario.

Plinio movió la cabeza con gesto escéptico.

—No. Primero, porque no hay pruebas... Lo segundo es que si las cosas han ocurrido como suponemos, no sabemos hasta qué punto don Onofre pueda ser ajeno a las maquinaciones de Joaquinita.

El veterinario asintió.

—¿Qué mundo, qué mundo, Dios mío!—exclamó el cura—. Pero si esa Joaquinita es una cría...

—Muy guapa—cortó *Plinio*.

—¡Si Onofre es un alma de Dios!—volvió a decir sin pararse en la aclaración del guardia.

—Sí, pero él se trajo a la chica a servir a su casa. Es hija de unos caseros que tiene don Onofre allá en Ruidera.

—Mira, Manuel—dijo el cura—: a la tal Joaquinita no la he tratado en mi vida, pero a Onofre, sí. Fuimos a la escuela juntos. No digo que no pueda haber sentido tentaciones ante la moza una vez viudo, pero eso siempre que lo haya comprometido ella. El es hombre sin energía y de muy cortas iniciativas. Y desde luego, de crímenes, ni hablar... El es tontaina, como todos sabéis, para entendernos pronto.

—Sí, sí, fíate de los tontos—dijo el médico.

—Me fio, y usted también, que lo conoce como yo—cortó el cura—; es incapaz... ¿No te parece, Manuel?

—Yo me atengo a lo que vaya trayendo el tiempo. Apenas he tratado a don Onofre, aunque me inclino a lo que usted dice.

—El aguantar durante quince años a una mujer enferma de los nervios, que por añadidura está obsesionada por el recuerdo de su primer novio, puede dar iniciativas al más lerdo—dijo el médico.

—Desde luego la cosa tiene miga—confirmó don Lotario.

—Si a ello se añade que tiene al lado a una persona con gran imaginación llamada Joaquinita—dijo don Gonzalo llamando al cura.

—Todo puede ser... Todo puede ser. En este maldito mundo... Pero como él es tan tranquilón y tan buenazo, se le hace a uno cuesta arriba—exclamó el cura.

—Sí, don Felipe; algunas veces tienen ustedes razón y la carne es el demonio—dijo el veterinario.

—Yo lo que quisiera saber es qué hemos de hacer para evitar mayores males. ¿Algo se podrá hacer, no?—dijo el cura.

Plinio movió la cabeza con escepticismo.

—Entonces, cruzarnos de brazos y a esperar—siguió el cura con indignación.

—No se ponga usted así, don Felipe—dijo *Plinio* con ademanes calmosos—. Veamos: vamos a ponernos en el más fácil de los casos: que tuviéramos la evidencia de que la causante de todo era Joaquinita con la ignorancia total de don Onofre. Bien. Lo que procedería en tal situación era prevenirle... Prevenirlo era acusar abiertamente a Joaquinita. ¿De qué? Primero, de un crimen que ocurrió el carnaval pasado, sin prueba alguna de que fuese ella. Segundo, de que remató a doña Carmen. ¿Fundados en qué...? En un parecer del médico improbable. Usted, tal vez como sacerdote, podría hacerlo; sin embargo, yo no se lo aconsejaría. No se puede acusar tan gravemente a nadie sin pruebas decisivas, máxime si ella tiene ya, como afirma don Gonzalo, un hijo de don Onofre en sus entrañas... Si a esto se añade que ignoramos hasta qué punto pueda tener parte don Onofre en esa supuesta culpabilidad de su criada, hace, a mi juicio, totalmente improcedente la intervención prematura. Por eso no me cansaré de aconsejarles, al menos es lo que yo haré como único representante de la justicia, el esperar. Dice usted, con razón, don Felipe, que hay que evitar mayores males. Yo no los espero ya. Sea quien quiera el culpable, o sean los dos, ya tienen el camino expedito para lograr sus fines. Nadie los puede estorbar. La boda se hará sin impedimento, y si hay embarazo, se hará inmediatamente. La vida de nadie corre ya peligro. Y sin embargo, si se tiene paciencia, el tiempo puede poner en claro las cosas y la justicia llegar a su fin.

—Tienes muchísima razón, Manuel—dijo el veterinario.

—¿Y si el tiempo no descubre nada?

—Pues el crimen quedará impune, como tantos...—dijo el policía.

—El cargo de conciencia no los dejará vivir—afirmó el cura.

Las posteriores reuniones de los cuatro hombres no aportaron nueva luz sobre el asunto en los finales del otoño. La vida seguía tranquila en la casa de la calle de la Luz. Y los observadores en absoluto encontraron materia comentable.

Don Onofre, según anunció, comenzó a salir al acabar la vendimia. Después de comer, vestido de riguroso luto, se iba al Círculo Liberal y allí permanecía hasta media tarde jugando al tresillo con sus amigos. Pero la partida de don Onofre, desde la incorporación de éste a la vida social del casino, tenía un mirón más que los de costumbre: *Plinio*. Este, desde que oyese al cura y al médico que don Onofre iba a volver al casino al final de la vendimia, con gran dolor de su bolsillo se apresuró a hacerse socio del círculo—él fué siempre asiduo del San Fernando—, y comenzó a frecuentar la partida de don Onofre. Cuando éste volvió a su tertulia, *Plinio* ya era un habitual en ella en calidad de mirón.

Durante dos meses largos el policía no faltó una sola tarde. La gente lo creía abstraído en los accidentes del juego, pero su verdadero estudio era la cara y reacciones de don Onofre. Con la endemoniada costumbre que tenía *Plinio* de mirar entre pestañas, resultaba muy difícil saber dónde posaba sus ojos.

Sus amigos y provisionales colegas en la investigación: el médico, el cura y el veterinario le preguntaban con frecuencia:

—¿Cómo va el tresillo?

Un día les dijo *Plinio* que ya comenzaba a cansarse de su forzada misión:

—No he visto en mi vida un hombre más parecido a un niño que don Onofre. Hasta su afeminamiento lo aniña más a pesar de su corpachón.

—Total, que no le ves un detalle—le dijo el cura.

Plinio movió la cabeza negativamente.

—Ya te lo dije yo... Es un tontaina.

Cuando faltaban muy pocos días para Navidades, los tres amigos recibieron aviso urgente del cura.

Plinio se imaginó para lo que era. Había oído a don Onofre decir en el casino que iba a pasar una larga temporada en el campo. Se reunieron en la rectoría al caer la tarde.

—Boda tenemos, amigos—dijo el cura sin preámbulos—. Hoy me ha llamado muy secretamente don Onofre para avisarme que, con la mayor reserva, haga los preparativos necesarios. El me fijará el día y la hora. Por supuesto, que esto no lo debe saber nadie. Con razón, quiere ahorrarse la cencerrada.

—¿Vió usted a Joaquinita?—preguntó el guardia.

—No. No apareció en toda la casa. Me permití insinuarle si no resultaría la boda demasiado prematura, dado que no hace un año que había muerto doña Carmen. No contestó. Por primera vez en mi vida vi un gesto de dureza y decisión firme en su cara... Creo que está bien cogido.

—Por lo visto, la chiquilla es un águila—dijo el médico como para sí—. Se supo ganar a doña Carmen, hasta el extremo de ser su confidente, y al mismo tiempo a Onofre, hasta el altar.

—Esto de la boda estaba previsto—dijo *Plinio* con desmayo.

—Sí; tú lo anunciaste hace mucho tiempo—añadió el veterinario.

—Yo daría cualquier cosa por no hacer ese matrimonio—dijo el cura, hablando también para sí.

—Lo comprendo—asintió *Plinio*.

—Les advierto que muchas veces me dan ganas de coger al tontón de Onofre y contarle las cuatro verdades del barquero. ¡Qué narices, para eso es uno cura!

—Ya hablamos de eso en otra ocasión—dijo *Plinio* con severidad.

—Sí, sí, sí—dijo el cura—; pero es que la cosa es muy gorda.

—En conciencia, usted no puede citar a don Gonzalo, cuya suposición es la verdadera clave.

—Ya..., ya lo sé. ¡Uf!—y, dando un puñetazo sobre la mesa, se levantó enrabiado—. Si cogiese yo a la niñota esa en el confesionario...

—La cogerá usted—dijo *Plinio* sonriendo—, y ella, naturalmente, le dirá lo que quiera. Será una confesión angelical..., aparte de lo del embarazo, naturalmente, que, si existe, si se lo confesará. Y él también.

El cura se paseaba como una furia por el despacho rectoral. De pronto, se detuvo ante *Plinio* con verdadera indignación:

—¡Y tú, que eres tan buen policía, el mejor de España, según dicen por ahí!, ¿no puedes hacer algo? ¿No se te ocurre nada? ¿No encuentras una prueba, la mínima, para evitar este matrimonio demoníaco..., el que esa víbora entre en la mejor sociedad de Tomelloso?

Plinio movió la cabeza resignado. Luego añadió:

—Yo soy un pobre guardia municipal, don Felipe. Bastante hace uno, para dieciséis reales que gana.

—Y, a lo mejor, la víbora es él—intervino el veterinario.

El cura lo miró con desprecio, y siguió sus paseos enfurecido. Luego, más sereno:

—No sé si me estará permitido comunicarles el día y hora de la boda; no lo sé. De todas formas, es igual.

TERCERA HISTORIA

UNA «CENCERRA»

El día 22 de diciembre, cuando *Plinio* cruzaba la plaza a eso de mediodía, vió que don Felipe le hacía una seña desde la puerta del cuarto de guardia de la sacristía.

—Esta noche, a las diez, los caso. No hace falta que lo digas a nadie más. ¿Para qué? Mañana podemos reunirnos a comentar.

—Está bien. ¿Hay alguna otra novedad?

—No.

—¿Vió usted a ella?

—Todavía no. Seguramente, esta tarde.

—Bueno; entonces, hasta mañana.

—No comentes con nadie. Mañana, a las siete, en mi casa.

—Descuide.

Hacia las diez de la noche, *Plinio* se apostó en una esquina próxima a la casa de doña Carmen. Apenas llevaba unos segundos en su puesto de acecho, se dió una palmada en la frente y dijo para sí: «Idiota de mí.» Y echo a correr, camino del callejoncito del Zurdo, donde daba la parte trasera de la casa.

Apenas tuvo tiempo para apostarse de nuevo. En seguida se abrió la portada, y salió de ella una tartana pequeña sin farol.

La siguió desde lejos. Se detuvo en la puertecilla trasera de la iglesia que da a la calle de Veracruz. Cuatro personas bajaron rápidamente de ella, entre las sombras del oscuro callejón, y entraron en la iglesia.

La tartana se marchó en seguida. *Plinio* se acercó a la puertecita trasera de la iglesia y empujó, pero habían cerrado. Se quedó dando paseos. Aburrido, vió las otras dos puertas de la iglesia. Estaban cerradas. Volvió a la calle de Veracruz y se ocultó a esperar. A las once en punto volvió la tartanilla y se detuvo donde antes. El que la conducía, que a *Plinio* desde lejos le pareció Pedro, se bajó y dió unos golpecitos en la puerta. Se subió en la tartana. A los pocos minutos salieron cuatro personas, que entraron rápidamente en el carricoche.

Nuevamente *Plinio* lo siguió. Entraron en la portada, que ya estaba abierta. Como no la cerraban, *Plinio* aguardó. En seguida se oyó el motor de un coche. Salió el «Gran Paije» de don Onofre. Conducía él. Milagrosamente, a *Plinio* le dió tiempo a correr hasta otro callejón; si no, lo ven a las luces del auto.

Plinio decidió volver a su casa. Ya era hora de cenar cuando le pareció oír ruido y alboroto de gentes. Aligeró el paso hacia la calle de la Luz. Mucho antes de llegar apreció claramente, entre las voces, el sonar de cencerros y latas golpeadas. Por la plaza entró en la calle, y pronto, frente a la casa de doña Carmen, vió un nutrido grupo de gente que producía la algazara. La voz cantante la llevaba una mujerona descomunal llamada *La Minerala*, que, con una mano armada de un palo, golpeaba sobre el barreño de porcelana viejísimo, que sostenía en la otra. La coreaban inmediatamente unos cuantos mozalbetes y muchachas, que, ferrozmente, pegados a la puerta de la casa, daban porrazos sobre botes. Unos cuantos movían cencerros y pretales de campanillas.



Por las bocacalles próximas, atraídos por el ruido y la algazara, acudía cada vez más gente. Cuando a *La Minerala* le pareció que había suficiente concurso, levantó los brazos con ademanes enérgicos para ordenar a todos que se callaran. Cuando lo consiguió, preguntó con una voz estentórea:

—¿Quién se ha casado?

Una moza gorda y con voz chillona que había a su lado respondió a todo pulmón:

—Don Onofre.

Volvió a preguntar *La Minerala*:

—¿Con quién?

Moza:

—Con la Joaquinita.

La Minerala:

—¿Para qué?

Moza:

—¡Para que le haga una pancita!

Al acabar la última palabra del verso improvisado, *La Minerala* hizo un ademán, y todos los cencerros, campanillas y latas comenzaron a sonar de manera ensordecedora.

Al cabo de unos momentos, *La Minerala* volvía a ordenar que callase el ruido, y ella, nuevamente, volvía a hacer las mismas preguntas, que la moza gorda contestaba con procacidades mayores, que en seguida eran coreadas por las risotadas y los ruidos.

A la escasa luz que había por aquella parte de la calle, se malveía a la gente apretujada, riendo sin freno, alzando los cencerros y las latas, al tocarlos, sobre sus cabezas.

Plinio se marchó para casa. Sabía que era inútil querer detener una *cencerrá*. Había que esperar a que se cansasen y marchasen. Como casi siempre en estos casos, no se explicaba cómo la noticia de la boda había corrido tan aprisa. Posiblemente, el pueblo entero tuviese ya también su versión más o menos verosímil de los demás sucesos de la casa de la calle de la Luz.

Al día siguiente, como anunció el cura, se reunieron los cuatro amigos en la casa rectoral. Todos iban un poco pendientes de lo que pudiese contar el cura. Apenas estuvieron sentados, el veterinario lanzó la primera pregunta a su estilo:

—¿Se confesaron con usted, don Felipe?

El cura lo miró meneando la cabeza:

—El albéitar puñetero no tiene remedio—dijo.

Don Lotario se rió, meciendo mucho los hombros y guiñando el ojo a los demás.

—Sí, señor; se confesaron, pero no conmigo, sino con don Juan—dijo con gravedad—. Le tenían avisado. Es algo que no me explico bien.

Y quedó el párroco como pensativo, con las peludas cejas muy alzadas.

—Ella—continuó—tenía un aspecto muy sereno y muy señor. Y escribe bien. No sé cuándo habrá aprendido. Hizo una firma correcta.

—¿Le notó usted algo?—preguntó don Gonzalo.

—Pues... no podría decir que sí ni que no. Había poca luz en la iglesia, y ella, naturalmente, si está como usted dice, debía de llevar faja. Pero, no sé si influido por sus sospechas, sí me pareció algo pálida y con la figura un poco alterada. Pero no me atrevería a poner las manos en el fuego.

—¿Y él?—preguntó *Plinio*.

—¿El? Como siempre: con la misma cara de placidez que cuando se casó con Carmen hace quince años. Lo verdaderamente interesante del asunto es que la gente ha comenzado a comentar por ahí. La boda ha hecho que el pueblo repase los acontecimientos ocurridos en esa casa desde casi un año a esta parte, de la manera más arbitraria..., o no tan arbitraria. El pueblo tiene su instinto.

—¿Y qué dicen?—preguntó el médico con ansiedad.

—Muchas cosas. ¿Es posible que ustedes no hayan oído nada?

—Yo no—dijo don Gonzalo.

El veterinario y el guardia asintieron.

—Yo he oído que, según la gente, Joaquinita envenenó a doña Carmen—dijo el cura.

—Eso mismo me han dicho a mí—dijo *Plinio*.

—Yo lo que he oído—dijo el veterinario—es que la mataron entre él y ella. Que era además un proyecto viejo que descubrió la Antonia, y por eso don Onofre mandó a un guardaespaldas suyo que la matara.

—Es curioso: la gente no sólo adivina las intenciones, sino los hechos exactos—comentó el cura—, y Dios me perdone.

—Lo que no me explico bien es cómo la *cencerrá* se organizó con tanta puntualidad. Si empiezan unos minutos antes, pillan a los desposados en la casa.

—Instinto, el instinto del pueblo. Aunque no debió faltar algún alma caritativa muy próxima a la parroquia que hablase lo que no debía—dijo el cura, y luego quedó gruñendo.

—El que la gente se ocupe de esto nos va a perjudicar ahora. ¿No crees, Manuel?—dijo el veterinario.

—Tal vez sí y tal vez no. Nunca se sabe. Lo que ocurrirá de momento es que, especialmente a usted, don Lotario, y a mí, nos observarán con mucho cuidado, porque supondrán que estamos sobre el negocio.

El veterinario asintió con la cabeza, la mar de gozoso, y dándose importancia.

—Estos comentarios populares pueden muy bien poner nerviosos a los presuntos culpables y facilitar las cosas—dijo el médico.

—O ponerlos en guardia—replicó *Plinio*—. A nosotros, desde luego, lo que nos conviene es oír cuanto se diga, pero desmentirlo y defender a don Onofre y a Joaquinita en lo posible. No es conveniente que llegue a sus oídos que nosotros nos hacemos eco de la gente.

—Es muy cuerdo lo que dices, Manuel—dijo el cura.

Los recién casados continuaban en su casa de campo «La Poza». Don Onofre venía al pueblo los sábados a pagar a los gañanes y a comprar provisiones, y se volvía con su mujer el domingo por la mañana. Procuraba darse a vistas lo menos posible y no aparecía por el casino.

Los comentarios de la gente no aminoraron de momento hasta la mañana del Miércoles de Ceniza.

Aquella mañana, *Plinio* estaba endemoniado por las últimas disposiciones del alcalde. Ya, diez antes del carnaval, había aparecido un bando dando instrucciones severísimas para prevenir cualquier desgracia como el año pasado. Hubo otras instrucciones privadas a la Policía: una de ellas era que hicieran siempre su servicio con el barboquejo caído. Este simple detalle traía de mal talante al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, que no se arreglaba a llevar la correita pegada a la barbilla. A cada instante se pasaba el dedo por debajo del cuero o se encasquetaba más la gorra para que la tirantez del barboquejo fuera menor. Otras veces iba a quitarse la gorra, olvidándose de la sujeción, y se pegaba unos tirones de cuello que temía morir estrangulado. *Plinio* decía a sus amigos: «Creerá el señor alcalde que llevando el barboquejo caído tenemos más autoridad; si no, no me explico.» Por si esto era poco, en prevención de que el Miércoles de Ceniza era el día de más tráfago del carnaval, con el entierro de la sardina, el baile de gala y el concurso de carruajes, el alcalde había dado la orden «descabellada», a juicio de *Plinio*, de que toda la Policía prestase servicio permanente durante el día aquel. La orden tomó desprevenido al jefe, que había tenido guardia todo el día anterior y tenía la perspectiva de otra noche sin dormir.

De este humor estaba *Plinio* hacia las once de la mañana en el cuarto de guardia, con la gorra quitada, por supuesto, cuando sonó al destartado teléfono que había en la pared, al alcance de su mano.

Mejor que hablar, escuchó unos segundos, e inmediatamente colgó. Se encasquetó la gorra, se metió el barboquejo hasta la nuez y salió a la calle de la Feria arriba con una velocidad inusitada en él. Algunas máscaras tempraneras, al verlo tan aprisa, se volvían a verle. «De caza va *Plinio*», se decían. Dobló por el pasadizo de Toledo y entró en la puerta de taquillas del teatrillo. Entró como un huracán y se plantó ante la taquillera. No le dió tiempo a hablar.

—Don Isidoro está en el escenario—le dijo la muchacha.

Manuel salió a la misma velocidad que entró, cruzó el patio del teatro, pasó al patio de butacas, ahora sin butacas y convertido en salón de baile. A la luz de la mañana, las serpentinas y colgaduras parecían decoloradas. Y por una puertecilla que había en la orquesta, bajo el escenario, se metió, arrastrando el sable.

En el escenario—el telón de boca estaba bajado—había varios empleados desenrollando alfombras, moviendo un piano, colocando cortinas... Era la preparación del tradicional baile de gala del Miércoles de Ceniza, con orquesta de Madrid, aquel año con negros y concurso de disfraces.

Don Isidoro, con un gran puro en la boca, el sombrero en la mano y el gabán desabrochado, miraba las maniobras de unos tramoyistas, de espaldas al foro, por donde entró *Plinio*. Este se aproximó al empresario y se llevó débilmente la mano a la gorra.

—Buenos días, don Isidoro.

—Buenos días, Manuel. Un momento.

Don Isidoro, con gran calma, dió unas instrucciones más a unos cuantos que estaban a punto de lanzar un piano escenario abajo con sus inhábiles esfuerzos.

Cuando el piano pareció seguro, don Isidoro llamó a *Plinio* a un lado del escenario y puso un pie sobre una alfombra débilmente enrollada.

—Esta alfombra—dijo—es la de la guardarropía del teatro. La ponemos cuando viene alguna compañía de versos o en el baile de gala del Miércoles de Ceniza.

Plinio asintió.

—Este año—continuó el empresario—no se ha utilizado. Estaba tal y como la dejamos el jueves de carnaval del año pasado.

—¿Y cómo la vió y pudo ocultar esas cosas que usted me dijo..., quien fuera?—preguntó *Plinio*.

—Ya he pensado en eso. He preguntado a los tramoyistas. Hemos sacado la conclusión de que la alfombra debió quedar enrollada en el escenario, tras el telón, hasta el Domingo de Piñata. Allí la debió ver quien ocultó esas cosas entre sus pliegues.

—¿Y cómo no la vimos nosotros, que aquella noche rebuscamos por todo el local, incluso en el escenario, como recuerdo perfectamente?

—Debió ser la fatalidad de que la dichosa alfombra la guardasen en la guardarropía después del baile de la tarde. Cuando hicimos el registro, después del baile de la noche, la alfombra ya estaba en el cuarto de guardarropía, cerrado bajo llave. Allí, naturalmente, no se nos ocurrió buscar los objetos contundentes que se hubieran dejado las máscaras del baile de la tarde.

—¿El paso al escenario está franco para las máscaras?

Don Isidoro sonrió:

—Sí, porque no tiene llave. Y como la puerta del escenario está junto a la del retrete, más de una pareja se nos cuele en el escenario... para estar más tranquilos.

—Ya... Si esa dichosa alfombra aparece antes hubiésemos ahorrado muchas cosas—dijo *Plinio* sentencioso.

Don Isidoro, después de asentir con aire de complicidad, continuó su explicación, que consideraba incompleta:

—Hace un rato, momentos antes de llamarle, al desenrollarla Montero y Ramírez, encontraron lo que le he dicho a usted por teléfono.

Plinio echó una ojeada a la gran alfombra, ya más que pasada, que le señalaba don Isidoro con el pie. No vio nada de particular.

—Vamos a ver eso—dijo con cierta impaciencia.

El empresario echó otra pausada ojeada a sus operarios, dio una chupada al puro y, con el andar pausado que acostumbraba y un rítmico y pendular movimiento de sus brazos, entró su corpachón por el hueco de una escalerilla estrecha que conducía a los camerinos. Se detuvo ante uno de ellos, abrió con una llave que se sacó del bolsillo, entró delante y encendió una luz pajiza que casi volaba a ras del techo. Luego se quedó mirando a un rincón y mostró a *Plinio* un lío ovalado de tela que fué blanca y ahora sucia de polvo.

Como don Isidoro no parecía dispuesto a agacharse sobre el lío ni mucho menos, *Plinio* se inclinó sobre él y lo desenvolvió con cuidado. Conforme lo iba desliando se daba cuenta de que se trataba de una gran sábana de cama de matrimonio que en su interior contenía algo duro. Antes de que *Plinio* llegase al objeto envuelto, don Isidoro, poniendo un pie sobre un pico de la sábana, le dijo:

—Fíjese usted en esto.

Plinio miró hacia el ángulo de la sábana que apuntaba el pie de don Isidoro.

—Sangre—dijo el empresario.

Plinio encendió su mechero y miró más de cerca. En efecto, se trataba de unas salpicaduras de sangre ya un poco descolorida.

Plinio levantó los ojos hacia don Isidoro, que por su gran estatura la cabeza le quedaba altísima, envuelta entre la nube de humo de su habano.

—Y en eso—dijo don Isidoro, apuntando con el pie a otra zona un poco más alta de la sábana.

Plinio tuvo que volver a encender el mechero. Miró con mucho detenimiento y tocó suavemente con los dedos. Parecía sangre más clara y solidificada.

Manuel alzó de nuevo la vista hacia don Isidoro, con gesto ambiguo.

—Yo diría que son briznas de masa encefálica..., de sesos—aclaró, porque *Plinio* quedó un poco indeciso.

Plinio volvió a mirar. Por fin, casi temblando de emoción iba a continuar desliando, cuando don Isidoro, cambiando su pie al otro pico de la sábana, volvió a decir:

—¡Y en eso!

Plinio tomó el pico y se lo levantó hasta los ojos. Había bordadas con hilo blanco, dos «ces» enlazadas.

Plinio, de sorpresa en sorpresa, volvió a levantar los ojos hacia el empresario.

—¡Dos «ces»!—dijo, quitándose el puro.

—Carmen Calabria.—musitó el guardia.

Por fin tiró de la sábana con cuidado y un objeto metálico cayó sobre el suelo. Era un bastón de hierro delgado, con el puño, que fué níquelado, lleno de orín. *Plinio* lo tomó entre sus manos y se puso de pie.

—Es un bastón estoque—dijo *Plinio*, mirando la empuñadura.

—Sí, pero quien lo usó no se fijó en lo que era. Mire usted—y le señaló el centro del bastón aproximadamente.

Sobre el esmalte negro se veían unas manchas y restregones rojizos.

—Más sangre.

Don Isidoro, que en aquel momento reencendía su puro, cosa rara en él, asintió mirando de reojo.

Plinio, con un ligero esfuerzo, sacó el estoque. Estaba completamente limpio. En el puño del bastón había grabado un perro largo estilizado. Luego lió cuidadosamente la sábana y el bastón.

Plinio, mientras asentía, pensaba en que sus éxitos policíacos habían despertado una gran afición en el pueblo a los asuntos de esta especie y todo el mundo se sentía policía, hasta don Isidoro, hasta el cura..., y sonrió para sí.

—Quien utilizó ese bastón y esa sábana entró en el escenario, cosa bien fácil un día de baile, y metió su disfraz entre la alfombra.

—¿Y luego salió sin disfraz?—cortó *Plinio*, malicioso.

—Claro—dijo don Isidoro, pensativo.

—No lo veo claro.

Don Isidoro quedó mirando al suelo, con las manos en la espalda y el puro en la boca.

—Depende de si el..., digámosle asesino, era persona muy conocida o no lo era—dijo don Isidoro mirando de reojo a *Plinio*, que también parecía pensativo con la sábana bajo el brazo.

—Podía llevar otro disfraz debajo... Total, una sábana—dijo *Plinio*.

Don Isidoro, sin quitarse el puro de la boca, comenzó a asentir reiteradamente con la cabeza.

—Lo sorprendente—dijo el empresario—es que se le ocurriese venir a esconder esas cosas a un baile.

—En un baile de carnaval se esconde todo.

—Lo que me choca también es que supiese que estaba ahí la alfombra...

—O no; entraría por todos sitios buscando un lugar adecuado y se topó con la alfombra...

—Oiga usted, Manuel—dijo don Isidoro después de una pausa—, ¿cómo sabía usted que el presunto criminal había estado en el baile la tarde del domingo de Piñata y se había dejado algo?

Plinio, antes de responder nada, con gran sosiego, se desabrochó un botón de la guerrera, y del bolsillo interior se sacó una vieja cartera sujeta con goma, y de uno de sus departamentos sustrajo algo envuelto en un papelito de seda. Lo desdobló con cuidado de relojero y mostró la entrada famosa que encontrase en el estribo del «Gran Paije» de don Onofre.

Don Isidoro la examinó con gran cuidado y se la devolvió al jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, al tiempo que entornaba los ojos; parecía querer adivinar el sitio exacto donde había sido hallada.

—Esta entrada—dijo *Plinio* haciéndose cucamente eco del pensamiento del empresario—la encontré la misma tarde del crimen en... cierto lugar.

—Ya.

Plinio, con el lío bajo el brazo, se fué derecho al herradero de don Lotario. Allí lo guardaron en la vitrina del instrumental bajo llave. Luego localizó por teléfono desde el herradero al médico forense y le rogó que fuese. El cura y don Gonzalo, atraídos por los rumores que corrían por la calle, se presentaron casi al mismo tiempo en el herradero. *Plinio* tuvo que enseñarles el hallazgo inmediatamente. Cuando estaban con la sábana y el bastón de hierro sobre la mesa del laboratorio llegó el forense.

—¿Recuerda usted las heridas de Antonia, la que mataron el domingo de Piñata del año pasado?—le preguntó *Plinio*.

—Sí.

—¿Con qué cree usted que se las hicieron?

—Ya se lo dije... Con un palo o un bastón.

—¿Pudo ser éste?

El médico lo tomó entre las manos y comenzó a mirarlo con detenimiento:

—Esto es sangre—dijo con voz desganada señalando unas manchas.

—Eso parece.

—No cabe duda—dijo don Gonzalo.

El forense, guiñando el ojo, miró con el otro el bastón desde la contera.

—Tiene un poco alabeo.

Todos comprobaron la observación del médico.

Luego examinaron la sábana.

—Y eso tampoco cabe duda de que son sesos—afirmó el cura.

—Puede ser—dijo el forense con su acostumbrada ambigüedad.

—Eso lo vemos ahora mismo—dijo don Lotario destapando su pequeño microscopio dorado.

Todos volvieron los ojos al microscopio. Don Lotario comenzó a raspar algunas de aquellas motitas, que puso luego sobre un porta. Con mucho cuidado lo colocó en el microscopio y comenzó a manipular en él. Miró unos momentos y levantó la cabeza sonriente.

—Vea usted—dijo al forense.

El forense echó el sombrero hacia el cogote y miró con detención.

—Una de las motitas es de barro seco—dijo sin despegar el ojo y con voz de aguafiestas—. Las otras, sí.

—¿Sí, qué?—preguntó el cura.

—Sí son masa encefálica.

Todos fueron desfilando por el microscopio.

Principio Quieren las Cosas

(N. de la R.) La prosa interrogativa de Luis Chemes tiene Buen Aire, y no sólo por sus giros porteños, según verá el que leyere, que respetamos escrupulosamente. Este Luis Chemes se plantó un buen día en nuestra tertulia sabática y leyó para todos su cuento. Todos—los naturales de LA ESTAFETA y los visitantes casuales—acordaron su publicación. Aconsejamos al lector que se imagine el acento porteño con que el autor lo leía. Buena prosa para pronunciarla es la de Chemes. Véanla. Veánla.

Señor director de LA ESTAFETA LITERARIA:

Me llamo Luis Chemes, como mi nombre indica. He nacido en Buenos Aires el día 4 de octubre de 1946, según me contaron. Estudié hasta un primer curso de Derecho en mi país. Presumo de dirigente social, aunque nunca ejercí.

Le envío un cuento (¿cuento?) para ver si LA ESTAFETA LITERARIA lo publica. Nunca he leído LA ESTAFETA LITERARIA. No la conozco. Pero me han dicho que es lo mejor, y aquí estoy. Le llevo mi cuento en persona. Redacto sobre la marcha estas líneas en vuestra tertulia «sabática», después de comprobar que algo así no existe en mi país ni en ninguna parte del mundo, a lo que se me alcanza.

Me honro con que publiquéis mi texto bajo la rúbrica «Principio Quieren las Cosas». Mi principio me lo dais vosotros. Os ruego, aunque no es necesario, que respetéis las formas idiomáticas porteñas con las que escribo.

Os saluda

LUIS CHEMES

TU SILENCIO

«Veo que estáis esperando el epilogo; pero muy necios seriais si imaginaseis que me acuerdo de lo que he dicho, después de haberos soltado tal farrago de palabras. Es viejo el adagio que dice: «Odio al convidado que tiene buena memoria»; mas éste es nuevo: «Aborrezco al oyente que se acuerda de todo.»

Elogio de la locura, de ERASMO DE ROTTERDAM

POR qué sos así? ¿Por qué cada día más callado, más lejano, más ajeno, más solitario y sumido en eso que nadie conoce y que todos quieren conocer?

¿Por qué sos así? ¿Por qué tenés esa mirada extraviada y siniestra? ¿Por qué hay esa fuerza extraña en tus ojos que nadie soporta mirarte de frente más de unos instantes? ¿Qué hay en ellos? ¿Qué dicen? ¿Qué ocultan y qué gritan?

¿Por qué no me decís? ¿Por qué no me decís qué hacés tanto tiempo encerrado en tu cuarto, siempre con llave, y esa música estridente que no deja de oírse? ¿Por qué no me decís qué encontrás en la insistencia de Aires gitanos, en la furia de Beethoven?

¿Por qué no me decís por qué te gusta tanto estar a oscuras y esperar la noche en la noche de tu pieza para después salir, solo, siempre solo, a caminar por calles solitarias, a sentarte en plazas solitarias como la noche?

¿Por qué no me decís qué te pasa? ¿Por qué sos siempre así, sin conocer más que brutalidades y secretos? ¿Por qué no me decís la causa de esa mueca extraña que a veces quiere semejarse a una sonrisa y que ni siquiera llega a ser un gesto de dolor?

¿Por qué sos así? ¿Por qué no dejás que alguien te ayude? ¿Por qué cuando se te acercan cortás con palabras tan irónicas, tan duras, tan incomprensibles? ¿Por qué no aceptás esa mano que te estoy dando desde siempre, que necesitás desde siempre?

¿Por qué hacés de tu vida una ironía permanente? Por qué nadie sabe cuándo empezaste a ser así? ¿Por qué todo es un secreto en torno tuyo? ¿Por qué vivís encerrado en ese enigma que aterra y conquista?

¿Por qué sos así? ¿Por qué te siguen las mujeres? ¿Por qué las atrae tanto tu silencio? ¿Por qué tu cuerpo es tan animal? ¿Por qué tenés esa cintura tan chica, esa espalda que nace como una orquesta en flor?

¿Por qué todos te miran cuando estás parado en cualquier esquina, solo, con las piernas abiertas muy separadas, con tu cadera pequeña y tu espalda en flor quebrando la noche?

¿Por qué sos así, tan silencioso de tu cuerpo? ¿Por qué te dejás admirar con tanta indiferencia? ¿Por qué te parás en esas esquinas? Sabés que te admiran, ¿verdad? Sabés que te desean y te temen, ¿no? ¿Lo sabés?

¿Por qué te siguen? ¿Por qué te es tan fácil poseer una mujer? ¿Cómo lo conseguís? ¿Cómo lográs ser tan dueño de algo tan ajeno? ¿Cómo lográs que quien se te acerque se convierta en esclavo? ¿Por qué destruí todo lo que te rodea? ¿Qué sos? ¿Qué tenés adentro? Por Dios, muchacho. ¿Dios? Dios...

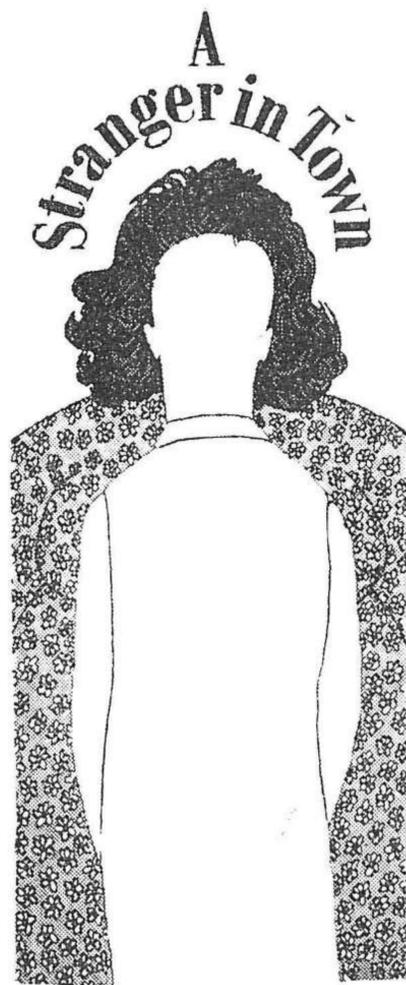
¿Por qué te seguimos? ¿Por qué no podemos separarnos de tu angustia, de tu mueca, de tu silencio y tus secretos? ¿Qué queremos de vos, hermano? ¿O qué querés vos de nosotros?

Nosotros. Nosotros somos tu antitesis. Nosotros tenemos una vida encaminada por la senda del bien. Nosotros estudiamos, trabajamos, tenemos amigos, novias, una familia que nos guía y un hogar que nos cobija. Nosotros tenemos un porvenir en la vida. Queremos recibirnos en nuestras carreras o ascender en los empleos para poder pensar en el futuro, en constituir un hogar sano como el de nuestros padres para seguir su ejemplo.

Nosotros tenemos esperanza, fe en Dios y en la vida. Estamos seguros del camino que hemos tomado. Seguros de las metas que deseamos alcanzar. Seguros de la ansiedad de formar una familia, de trabajar honradamente para ir pagando las cuotas de la casa, para poder comprar los muebles, el televisor y todas esas cosas que son importantes. Queremos lograr esa libreta de cheques que descansará—como vos decís con esa mueca—atrás de la foto de casamiento que estará sobre la cómoda, en el dormitorio.

¿Por qué sos así, muchacho? ¿Por qué nuestros sueños agudizan tu ironía?

¿Por qué nuestra seguridad se convierte en tus labios en desprecio? ¿Por qué lo destruí todo al decirnos: «Sí, el televisor, la casa y esa libreta de cheques sobre la cómoda, atrás de la foto de casamiento, ya olvidada»? Sin ilusión. Sólo hastío. Siempre igual, transcurriendo los días sin que nada los diferencie. Sólo levantarse temprano, ir al trabajo, regresar al crepúsculo, cansado, para esperar la cena, que transcurre entre los comentarios de siempre, que, como siempre, no oís. Y después a la cama, a entretenerme leyendo el diario hasta que llega tu mujer y se desnuda indiferente para acostarse a tu lado con idéntica indiferencia. Pero ya no importa. Porque



para eso está la televisión, y las compañeras de oficina, y el café donde aguardan los amigos, los mismos de siempre, con los temas y los diarios de siempre. Todo encaja en el marco matemático de ese ritual seguro, soñado, ansiado, encasillado y estructurado en el límite de ese hogar que los inclina cada día más sobre los escritorios de siempre, con la esperanza hipócrita de siempre que les cierra los ojos evitándole ver que se equivocaron, que quieren desesperadamente una amante, una emoción diferente que los arranque de esa rutina castradora que tanto se empeñaron en lograr.

¿Por qué conociendo tu desprecio cada cual te espera, te ansía, te necesita para hablarte de sus problemas, de su vida y su esperanza? ¿Por qué necesitan contártelo todo? ¿Qué tenés adentro que nada puede ocultársete? ¿Que nadie puede mentirte? ¿Qué tenés en la cara, hermano, que sólo verte inspira respeto y ansiedad? ¿Qué tenés en ese maldito silencio, que nadie conoce? ¿Por qué todos te contamos todo sabiendo que cada palabra aumenta el caudal de tu desprecio y vos nunca hablás de nada tuyo?

Sí. Vos nos tenés a todos. Vos poseés lo más íntimo de nosotros, de todo aquel que alguna vez se haya acercado a donde estás. Vos nos conocés a todos, nos conocés como ni nosotros nos conocemos. Y sos duro. Sos muy duro. Nos humillás con tu ironía, con tu silencio, y a veces con tus palabras, que son el fruto de tu ironía y tu silencio.

Pero nosotros, todos, cada uno, cualquiera de los que vos poseés, ninguno tiene nada tuyo. ¿Por qué no das nada nunca? ¿Por qué hacés esa mueca tan extraña que no es ni sonrisa ni siquiera expresión de angustia cuando te hablamos de esto? ¿Por qué tan sólo te callás y hacés esa mueca que nos hiere y nos humilla en lugar de contestarnos, de hablar, de decir algo que nos deje ver que sos alguien más allá, que tenés vida en ese silencio que nos tortura, que nos obsesiona?

Pero siempre es lo mismo. La mueca y tu silencio. Tu incomprensible y cada instante más misterioso silencio. No tenés boca, muchacho. Sólo tenés una lápida con inscripciones que todos sabemos escritas por cada uno de nosotros y nadie sabe leer. Porque vos las borrás con esa mueca horrible. Porque nos negás esas letras que tanto ansiamos de vos. Esas letras que formarían las palabras que siempre estamos esperando y que nunca nos decís. ¿Por qué? ¿Por qué nunca decís lo que siempre esperamos que algún día digas, hermano?

¿No te das cuenta, muchacho? ¿No te das cuenta de que te necesitamos cada segundo más? ¿No comprendés que sin vos no podemos vivir? ¡Entendémos! Te necesitamos para entregarte nuestra bronca y nuestro miedo. Te necesitamos para contarte todo, para vaciar nuestros deseos y pensamientos en vos. Te necesitamos para darte lo malo y lo bueno de cada uno de nosotros. Te necesitamos para decirte que estamos sufriendo, amando o llorando. ¡Te necesitamos para odiarte, hermano!

Pero, ¿por qué te reís? ¿Por qué de nuevo esa mueca horrible? ¿Acaso porque dije amar? ¿Es por eso que se quiebran tus labios? ¿Acaso vos no estuviste enamorado? Si todos sabemos que has amado, muchacho. Todos sabemos que con ella fuistes feliz. Hasta había empezado a cambiar esa horrible mueca de tu boca. Hasta habías llegado a decir algo bonito algún día que ya no recuerdo, ni tampoco eso bonito que algún día dijiste. Ya no es posible recordarlo, porque estás mirando con esa mirada entre penetrante y perdida que nos hace bajar la vista con un extraño sentido de culpa. Pero, ¿culpa de qué, hermano? ¿Y es culpa lo que gritan tus ojos? ¿Somos culpables acaso de haberte entregado nuestras vidas? Si sólo te pedimos que nos oigas. Sólo que

nos oigas siempre. Y eso no implica culpas. ¿Verdad que no? ¿Verdad que vos querés oírnos? ¿Verdad que no te importa que todos hablemos de vos? ¿Verdad que no te importa que te ensuciemos con nuestro odio a tu indiferencia, a tu desprecio? ¿Verdad que no te importa que cada cual diga su verdad sobre tu impenetrable silencio, difamándolo a su placer? ¿Verdad que no te importa, muchacho?

Pero, ¿por qué, hermano? ¿Por qué no decís nada?

¿Por qué estás siempre solo? ¿Por qué cuando llegás al café te sentás lejos, en una mesa que se aleja más con tu presencia en lugar de venir donde estamos nosotros, tus amigos, los que queremos que nos cuenten, los que necesitamos que nos oigas? ¿Por qué siempre tenemos que levantarnos nosotros y llegar con miedo a tu mesa para sentarnos sin dejar el miedo y hablar sin tener respuesta? ¿Por qué, muchacho, sos siempre así?

¿Por qué sólo sabemos de vos lo que nos cuentan? ¿Por qué no nos decís si es cierto que le bostezaste en la cara a esa chica preciosa, que despreciaba a los hombres? Todos la conocíamos. Todos queríamos acostarnos con ella. Pero ella nos despreciaba, hermano. Nos despreciaba a todos. Hasta que un día te vió. Y sólo entonces se acercó a nosotros. Pero no por nosotros, sino por vos. Para saber de vos. Y sólo le dijimos eso. Que eras raro, que eras callado, que nosotros éramos tus amigos y que queríamos ayudarte, muchacho, porque vos nos necesitabas. Porque nosotros éramos lo único que tenías. Sí, esa es la verdad de lo que dijimos. Pero ella te miraba. Te miraba cuando entraste esa noche al bar y te sentaste en la mesa lejana, que se alejó más con tu presencia. Y desde ese momento ella no nos miró más. Desde ese instante en el que entraste sin mirarnos, como siempre, sin ver que ella estaba en nuestra mesa.

Desde ese instante ella no dejó de mirarte. Hasta que todos vimos cuando se encontró con tus ojos. Con esos ojos raros que nunca se sabe qué dicen. Todos vimos cuando la miraste. Y ella no bajó la vista. Por fin alguien que no bajaba la vista frente a vos. Por fin un duelo entre tu fuerza y su insolente inocencia. Todos nos alegramos. Nos alegramos cuando fuimos a tu mesa y nos sentamos con ella. Todos nos alegramos de la seguridad de su cuerpo expectante, de la conciencia tibia de su sexo. Todos nos alegramos de estar junto a alguien que podría des-

truírte, muchacho. Destruir tu mueca, tu silencio.

Todos te dijimos que era Alejandra, ¿te acordás? Pero vos no contestastes nada, nada. Tirastes al piso las sonrisas. Ni siquiera tu mueca. Ni tan siquiera tus lápidas se movieron para sellar esa mueca. ¿Por qué? ¿Por qué no le hablastes? ¿Por qué la dejastes levantar derrotada, sin palabras, sin respuestas? ¿Por qué la destruístes así? ¿Te acordás, muchacho? Ella quiso hablarte, darte todo lo que nosotros te damos. Y vos, sólo ironías. Sólo ironías y palabras duras que se hundían en su carne tibia. Demasiado duras para alguien tan hermoso.

Ella era hermosa, ¿verdad que sí? ¿Verdad que era bonita? Pero vos la cambiastes. No sé cómo, pero le contagiastes esa mueca horrible. ¡Y qué extraño! Parecía más hermosa que antes. Pero era una belleza más animal, más agresiva. Más tuya. Le habías dejado tu marca. Esa marca que nadie conoce y que todos llevamos. ¿Qué nos has hecho, hermano? ¿Cómo nos has marcado?

¿Por qué sos así? Si todos sabemos que la amastes, muchacho. Si todos te vimos caminar con ella de la mano, en esas noches tan tuyas. Si todos te vimos parado en esas esquinas, con las piernas muy abiertas y tu espalda en flor quebrando la noche, junto a la delicada tersura de sus curvas que se apretaban contra tu cuerpo animal. Todos los vimos así, juntos, en silencio, mirándose, caminando, quizás, algún día, sonriendo.

¿Por qué no nos decís la causa del adiós? O al menos si hubo un adiós. ¿Por qué nadie sabrá nunca la causa que te hizo volver un día más callado que siempre, con los ojos más fríos que siempre, con las mandíbulas más apretadas que siempre y las palabras más breves y duras que siempre, hermano?

¿Por qué a partir de esa noche fuistes más animal? ¿Por qué cada músculo de tu cuerpo adquirió más tensión? ¿Por qué tu silencio se hizo más fuerte? ¿Por qué tu mirada más fría y tu mueca más extraña? ¿Por qué nadie supo nunca la causa del suicidio de Alejandra, muchacho? ¿Fue por vos? ¿Es cierto que tenían un hijo? ¿Es cierto que te querías casar y que los padres no la dejaron? ¿Es cierto lo del viaje a Europa que nunca terminó para ella?

¿Por qué sos así? ¿Por qué no nos dejás ayudarte? ¿Por qué no nos decís algo? ¿No comprendés que te necesita-

mos? ¿Que necesitamos que nos oigas siempre? ¿No te das cuenta que nos das miedo? ¿No nos ves mirarnos y mirarte tantas veces con la angustia de saber que vos sabés todo de cada uno de nosotros? ¿No te das cuenta de que cada uno tiene miedo del silencio que te entregamos todos cada instante? ¿No comprendés, hermano, que ese silencio es nuestra vida? ¿No comprendés que muchos te dejan por miedo? ¿Te das cuenta que tu silencio aterrera? Te dejan porque saben que sabés demasiado. Y hablan de vos como de la peste. Ansían destruirte en sus palabras inútiles. Necesitan creer que te han destruido para poder seguir viviendo. Te dejan porque los vence tu silencio. Te odian porque los anula tu indiferencia.

¿No te das cuenta, hermano, que queremos que hables para poder hablarte? Para no tenerte miedo y poder seguir contándote lo nuestro. Es para ayudarte, muchacho. Sólo queremos ayudarte a no estar solo, a darte nuestros secretos. Vos sabés guardarlos. Pero no te callés, por favor. Decí algo. ¡Algo! Por favor, hermano. Pero... ¿por qué te vas? ¿Por qué sos así? ¿Por qué me mirás con esos ojos extraños? ¿Por qué mirás la mano que he puesto en tu brazo hasta hacer que se resbale temerosa de tus ojos fríos? ¿Por qué me mirás así antes de volver tu espalda, esa espalda en flor que apenas se mueve en la quietud silenciosa de tus pasos? ¿A dónde vas? ¿A dónde vas con tu silencio? ¿Qué hay en tu silencio?

¿Por qué sos así? ¿Por qué te encerrás de nuevo en la oscuridad de tu cuarto? ¿Por qué esa música furiosa? ¿Por qué siempre Beethoven? ¿Por qué escribís a máquina? Encerrado con llave, como antes, de nuevo, como siempre.

¿Por qué sos así? ¿Por qué estás encerrado escribiendo a máquina tu silencio? ¿Por qué estás inmerso en esa música furiosa? ¿Qué querés arrancar de esa máquina oscura en el silencio de tu música? ¿Qué querés arrancar de Pablo, Pablo?

Veo que estáis esperando el epílogo: pero muy necios seriais si imaginaseis que me acuerdo de lo que he dicho, después de haberos soltado tal fárrago de palabras. Es viejo el adagio que dice: «Odio al convidado que tiene buena memoria»; mas éste es nuevo: «Aborrezco al oyente que se acuerda de todo.»

Y con esto, salud, aplaudid, vivid y bebed, ilustres partidarios de la necedad.

AL CURIOSO LECTOR

ALVARO DE LAIGLESIA ha engendrado y parido con toda felicidad el libro número 25 de su prole, evidentemente numerosa. Más numerosa todavía si tenemos en cuenta que el ejemplar dedicado por Alvaro y recibido por nosotros pertenece a la tercera edición de la nueva criatura. El libro se llama *Concierto en Si Amor*, con el refinado sentimiento que corresponde a unas bodas de plata entre Laiglesia y el volumen. Trae prólogo de Pitigrilli, que no es mal partero; uno de los abuelos de Pitigrilli es el autor del Decálogo (véase LA ESTAFETA LITERARIA n.º 311). Enhorabuena... MARTIN DE RIQUER, que desde el nombre tiene carácter de caballero andante; que lo es por su biografía y hasta por la gallarda manquedad con que fuma en pipa, mutilado, a una sola mano, a una sola sonrisa; que también lo es por su dedicación de catedrático, director de una monumental Historia de la Literatura Catalana en curso de publicación, especializado en literatura provenzal, caballescica y celestinesca. Martín de Riquer ha juntado su discurso de ingreso en la Real Academia Española con otros textos, publicándolos en la colección Austral, que tampoco es manco nombre, bajo el título *Caballeros Andantes Españoles*. Aplausos por la edición popular de integraciones exquisitas... «VILLA DE MADRID», revista del Ayuntamiento de la capital, reaparece ahora con su número 19 y año V. Publicación-Guadiana, a la que deseamos la continuidad no conseguida, la unidad de criterio y la identidad de propósitos que enuncia en el editorial de este número suntuoso, coloreado, satinado, con un precio de 70 ptas.... EL POETA Y ACADEMICO GERARDO DIEGO disertó sobre el tema *La poesía de Valle-Inclán*, el pasado día 12 del presente, en Nápoles. El acto estuvo organizado por el Instituto Cultural Español de Santiago de Nápoles y la Asociación «Amici della Spagna», en cuyos locales de Via San Giacomo, 40, tuvo lugar la conferencia.... «SINFONIA ESPAÑOLA» un documental largo y colorido, sonoro y ágil, que es objetivo y, por tanto, provoca protestas de la derecha y la izquierda, provoca entusiasmos en los españoles de ultramar. Dentro de la República de El Ecuador—en Quito, Guayaquil, Cuenca, Tulcan, Ibarra, Manta, Portoviejo—ha dado a conocer una España actual. El presidente de la República, don Clemente Yerovi Indaburu ha suscrito construir en Campo de Criptana otro molino.... EL DOCTOR ENRIQUE DE LA MORENA desarrolló el día 17 del actual el tema *La colaboración de un pueblo al desarrollo de la investigación en «La Barrena Alegre»* (Café León)—Alcalá, 59, Madrid—, formando parte su documentada conferencia de las actividades culturales del Club de Arte «Alfredo Kraus», cuya próxima sesión estará dedicada a Teoría, práctica y poesía del cante flamenco por el profesor Francisco Acaso....

entreletras

En un pulcro cuaderno, el Ayuntamiento de Alcalá de Henares ha publicado los trabajos premiados en el II Certamen Poético-Literario organizado por la citada corporación, ilustrado por unos ágiles dibujos transcritos por Tomás Andrés.

Comprende el cuidado volumen un ensayo de Angel F. Oruesagasti Gallástegui, que obtuvo el «Quijote de Oro» para prosa, y un poema de Luis de Blas, que mereció el «Quijote de Oro» para poesía, y se le antepone el siguiente preámbulo prologal: «Presentar a los amantes de las cosas cervantinas un ensayo como éste, es siempre un placer. Si le añadimos el epílogo de un canto amoroso a su ciudad natal, el placer se convierte en gozo. Y aquí están ambos, gozosos y placenteros, para regusto de todos e intención de honrar a

Miguel de Cervantes Saavedra... Unenos esa buena intención y ella salvará todo lo demás.»

Añadamos por nuestra parte que el extenso y enjundioso trabajo de Oruesagasti Gallástegui responde a una serie de capítulos—cinco en total y un epílogo—donde Cervantes y su Quijote son exaltados y comprendidos tanto con buen énfasis como objetividad. Y que los ochenta versos de Luis de Blas, titulados *Oda a Alcalá de Henares*, son una verdadera catarata de buenos y bien dichos piropos, de los cuales sobresalen los siguientes:

Alcalá de Cervantes, en la entraña
inmortal de sus muros cotidianos
donde se sueña siempre la aventura
nueva otra vez de Don Quijote y Sancho.

LA PROSA

ESPAÑA SUFRIDA, SUFRIDA ESPAÑA

TRES DIAS APOCALIPTICOS



LUIS ROMERO: *Tres días de julio*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1967. 639 págs. Ø23 x 15Ø. 350 ptas.

Muchos y muy buenos son los materiales que Luis Romero ha puesto en juego para escribir este libro. Tantos, que sólo el manejarlos para dar sentido a las distintas escenas tiene que haberle llevado tiempo y verdadero esfuerzo. Porque esta narración apasionante y también apasionada fluye como una corriente de agua que se esparce, se debilita y va engrosándose entre juncos, piedras, arenas y ondulaciones del terreno. Los que buscan aquí unidad o ese orden quieto y extrínseco que apresa los sucesos y les da coherencia, pierden su tiempo y no entienden el libro. No hay aquí más orden que de la propia exaltación de aquellos días ni más unidad que la del desorden y la incoherencia, rayanos a menudo en la locura. El verdadero protagonista es la sociedad española, lanzada a una aventura en el vacío. Claro es que también, en cierto modo, somos protagonistas todos los que hemos pasado de los cuarenta años, y por eso al leer el libro de Luis Romero nos parece que estamos leyendo un capítulo coruscante de nuestra propia vida.

Por los materiales que ha manejado el autor y por su estado de ánimo, que ya se revela con plenitud en el prólogo, es este relato de aquellos tres días inolvidables un documento muy valioso para la historia y creo yo también que para el estudio del carácter de los españoles. Y es bueno que se haya publicado en España, adonde llegan sin cesar libros de la guerra escritos y publicados en el extranjero, que van deshaciendo los tinglados que la propaganda del momento tuvo que montar. Han pasado treinta años largos y es hora y más que hora de ir poniendo las cosas en claro. No tiene gracia que tengan que venir a ponerlas en claro los extranjeros o los españoles

que viven fuera de España. En este sentido, el libro de Luis Romero merece todos los plácemes, por su claridad, por su rigor y por su probidad al dar su nombre a cada cosa. Ya sé yo que con los materiales que ha usado, con las personas que ha visto y con los lugares que ha visitado podría escribir por lo menos otro libro; sé también que habrá suavizado cosas y silenciado aún más cosas. Pero, a pesar de todo, con el libro que ha visto la luz y puede leer cualquier español ha hecho bastante y, en lo que al comienzo de la guerra se refiere, tanto como el que más, si se recuerda que se ha publicado en Barcelona.

Las escenas son rápidas, atropelladas, se ofrecen en todas las provincias españolas con desasosiego febricitante y al principio nos desconciertan; la impaciencia del lector quisiera ver con claridad sucesos que aparecen como nebulosas. Parece que todo es vago, inaprehensible, incierto; son los propios sucesos los que van perfilando su tamaño y su gravedad, como entonces. Era la propia sociedad española de aquellos días la que no perdió sus contornos deshaciendo en menos de cien horas la sociedad tradicional y abriendo un paréntesis que ni siquiera hoy podemos imaginar. No es fácil dar con ideas para entender aquel torbellino; son pocos los pueblos que lo han padecido con tal dramatismo, si descontamos los cinco años trágicos de la revolución y la guerra civil en Rusia.

Como se repite en el libro de Luis Romero, el plomo andaba barato en aquellos días; pero sí cuesta trabajo creer que hubiese bajado tanto de precio, aún cuesta más trabajo el hacerse cargo de la cantidad de ilusión, de esperanza, de fe en el porvenir y de arrojo que fué necesaria para que un pueblo entero se lanzase a la calle a cuerpo limpio a matar al prójimo y a dejarse matar. La piedad podía existir y existió en varios lances, pero ninguno de los combatientes contaba con ella al empuñar las armas.

Ni los códigos, ni las razones, ni la conducta, ni el heroísmo contaban. De pronto se pusieron en crisis todas las cosas del pasado y España se convirtió en una gigantesca nebulosa que podía tomar las formas más inesperadas. La historia de España comenzaba entonces, para bien o para mal.

Esta situación de nebulosa, de desarraigo del pasado, es la que describe Luis Romero de la única manera posible: haciendo un relato incoherente, lleno de altibajos, como una pesadilla. Esto, que se echa de ver desde las primeras páginas, se acusa de manera insuperable en los episodios de Barcelona, sobre todo en los del día 19. Quizá uno de los encantos más oscuros del libro de Luis Romero sea el que consiste en habernos presentado aquellos sucesos que el que más y el que

menos vivió a su manera, como queríamos recordarnos: como un sueño. El impulso que nos despiertan al recordarlos es tan fuerte, tan opaco y tan inimaginable, que parece que todas las cosas concretas sobran, como los lugares y los hombres. Una cosa es lo que se propusieron los sublevados y el gobierno y otra muy distinta lo que fueron tales propósitos en la calle, en los campos, en los cuarteles y en los cementerios. Las fuerzas que se desataron los tres primeros días no pertenecen a la historia más que en sus manifestaciones corticales; pertenecen a la naturaleza o a alguno de esos estratos que lleva ocultos el alma española para sacarlos a la luz cuando repican gordo.

No cabe duda: Luis Romero ha visto los sucesos con sus propios ojos; quizá otro historiador con sus dotes de artista, usando de los mismos materiales, nos hubiera dado una imagen distinta de la realidad convulsa de entonces. Ya en el prólogo está claro el temple de ánimo con que el autor va a narrar los sucesos y nadie puede llamarse luego a engaño. No se trata de una objetividad, que, tratándose de hechos históricos, y más si, como la guerra española, nos pertenecen a cada uno de nosotros, no es más que una palabra. Luis Romero intenta comprender los impulsos de los dos bandos y ponerlos de relieve.

La perspectiva de estos treinta años y la literatura copiosísima que se ha ido amontonando sobre nuestra guerra han hecho lo demás. No creo que tenga motivos serios de queja ningún bando, aunque me figuro, conociéndome como me conozco a mis clásicos, que Luis Romero va a recibir quejas abundantes de una y otra parte. Con eso hay que contar, y no sólo porque aquellos días están muy cerca aún de nosotros, sino porque al recordarlos

cada cual pone en juego sus pasiones, sus ideas, sus fracasos o sus miedos. Estos rescoldos personales se hacen más vivos con el cambio de horizonte que desde entonces ha experimentado el mundo, el derecho, las sociedades, las ideas del poder y los modos de ver al enemigo.

De ahí que este libro, aun sin proponérselo Luis Romero, sea mucho más que un libro de historia. Cualquiera lector entrado en la madurez, mientras va leyendo los capítulos entrecortados, vagamente novelados y llenos de datos, nombres y fechas reales, se va tomando el pulso para acordarse bien de lo que le pasaba entonces o de cuáles eran sus pensamientos. Compárese esta distancia de los últimos treinta años con la que sentían los españoles en 1928, al cumplirse los treinta años de la guerra de Cuba. Aunque los años sean los mismos, son incomparables las distancias.

Es de suponer que, desde el punto de vista puramente formal, se le hagan a Luis Romero algunos reparos. Sobre todo en lo hace a su modo de novelar. Yo creo que tenía que hacerlo así y que si las cosas resultan a menudo desdibujadas, es porque fueron así aquellos tres días apocalípticos. Un libro escueto de historia hubiera sido pesado de leer y, por supuesto, incapaz de recoger la palpación de un pueblo desquiciado con las armas en la mano, buscándolas por todas partes y con los huesos calados de rabia, de miedo, de esperanzas o de desesperación. Entre los anarquistas que acosan en Barcelona a los sublevados, los militares de los cuarteles de Madrid que no saben qué hacer y Casanellas y Arturo Menéndez, detenidos en Calatayud, camino de Zaragoza, no hay comparación posible. ¿Cómo se va pedir a Romero que tenga unidad un libro en donde se quiere referir la peripecia de veintitantos millones de españoles zarandeados por un azar implacable y a menudo forzados a hacer o a soportar cosas que no podían imaginar unas horas antes?

EMILIANO AGUADO

PERPLEJO Y VICTIMA

MAXIMIANO GARCÍA VENERO: *El general Fanjul, Madrid en el Alzamiento Nacional*. Ediciones Cid, Madrid, 1967; 398 páginas, Ø20 x 15Ø, 250 ptas.

Las biografías de Maximiano García Venero son siempre buenas, muy buenas. No sólo por el protagonista, ahora el ilustre general Fanjul, sino por el clima en que García Venero sabe envolverle. Estudia al personaje haciéndole moverse y reaccionar en su ambiente, y la descripción de este ambiente, que requiere datos a toneladas, la maneja Maximiano García Venero con soltura, vivacidad y esa tensión que da su encanto a las buenas novelas. Si todas las biografías de este autor

son interesantes, ¿qué decir de ésta que ahora publica del general Fanjul, que es en cierto modo un poco biografía de cada uno de los que asistimos a la guerra civil o fuimos víctima de ella?

Los preparativos del Alzamiento en Madrid forman hoy parte de la historia de España y se relacionan con lo que ocurrió en otras provincias; pero para los que estuvimos en aquella capital desvencijada de las no menos desvencijadas Españas, son la historia de unos días que es difícil que volváramos a vivir con tanta intensidad jamás.

Por eso, el cometido de Maximiano García Venero era difícil, y aún más que difícil; por eso y porque el que

más y el que menos sabe muchas cosas y las sabe bien, de primera mano, como verdadero protagonista. Para encontrar algo que nos satisfaga tiene que estar muy provisto de datos, muy lleno de contrastes, como aquellas horas, y muy abierto a todas las dudas y a todas las preguntas que nos hacíamos y seguimos haciéndonos aun después de leer el libro. Hay algunas cosas en lo que se refiere a los preparativos del Alzamiento en Madrid que no se han puesto en claro en ninguno de los libros que hemos leído, ni es de esperar que se aclaren nunca. Pero así son las guerras, y más una como la nuestra, que en grandes porciones fué improvisada y hasta inventada. El que no estén claras las vicisitudes que relacionan al general Villegas con Mola y con Fanjul, y el que no sepamos de verdad por qué no salieron las tropas el día 18 a la calle, cuando aún no había milicias, ni armas, ni orientación de lo que estaba ocurriendo por parte del gobierno Casares Quiroga, no es más que una zona de sombra que la historia no acierta a iluminar. Nadie tiene la culpa de ello.

García Venero se ha movido en esta penumbra con mucha sagacidad y ha dicho todo lo que se sabe y todo lo que recuerdan los testigos más conspicuos. Cualquiera que lea el libro hasta esas páginas inciertas ve sin esfuerzo que García Venero conoce el tema de manera insuperable, que ha compulsado documentos, que ha oído a testigos y que ha leído los libros más importantes escritos hasta ahora sobre el particular.

Es cuantiosísimo el material acumulado por García Venero; pero, con ser tan cuantioso, lo que más admira es su criterio cuando tiene que valorarlo. Los hechos están ahí como fueron realmente, sin caricaturas ni ditirambos. Cada suceso ocupa su lugar con sus propias dimensiones. Puede decirse que si las cosas aparecen tan claras y con tanta ponderación es porque estos treinta años largos que nos alejan de ellas son una perspectiva inestimable; pero el caso es que se escriben otros libros—sobre la guerra civil se

escriben muchos en todas partes—y en ninguno aparecen tan nitidos los perfiles de los hombres, sus ideas y los sucesos en que anduvieron metidos.

Buen ejemplo de la diaphanidad del cuadro que ha pintado García Venero nos lo dan las propias ideas liberales del general Fanjul; fueron liberales mientras el ambiente fué propicio; pero desde el desplome de las formas de la convivencia que en España había ido creando la Restauración, las ideas de Fanjul, como las de sus compañeros y sus adversarios, pierden claridad y no se sabe en rigor qué fueron ni cómo podían expresarse en un sistema de instituciones políticas. La verdad es que España, a partir de 1933, no tuvo ideas que enarbolar; la claridad de la mente fué reemplazada por los impulsos del corazón. ¿Cómo explicar, si no, el estallido de la guerra civil, sólo comparable a la rusa por su crueldad?

La figura del general Fanjul, tan bien dibujada en sus años de militar y de parlamentario, pierde perfiles en los comienzos del Alzamiento por la sencilla razón de que no se le asigna misión concreta ni sabe realmente qué hacer mientras aguarda las órdenes de Pamplona, que no llegan. Luego vuelve a rehacerse en las últimas horas de la Cárcel Modelo, en un Madrid que García Venero describe con sobrios trazos de manera que nos lo hace recordar como lo vimos realmente. El desconcierto del lunes día 20 de julio, cuando van cayendo los cuarteles, uno tras otro, es la última página del Alzamiento en la capital de España.

García Venero ha usado muy sagazmente de todo el material que tenía en sus manos, cuantiosísimo, como ya he dicho, y de primera calidad. El relato es siempre vivo, suelto y cálido, y los personajes van desfilando como si con su presencia, y a veces con su muerte, tuvieran la misión de perfilar aquel drama de España, que, a pesar de los treinta años largos que nos separan de su angustia, se nos escapa cuando queremos comprenderlo.

EA

hacia los sectores burgueses y derechistas para los que abril de 1939 entrañaba simplemente un desquite...

El hecho mismo de que la novela de Delibes haya podido ser publicada pone más de relieve cuanto de exacerbado hubiese en la requisitoria sociológica del novelista. Y de que no ha escapado tal hecho a la fina percepción de Miguel Delibes es buen testimonio la actitud que en el epílogo hace adoptar al hijo mayor del muerto—veintidós años—, en diálogo, con esa mezcla de gazoñería, sensualidad y estulticia que es su madre. Transcribo íntegro el párrafo, por considerarlo capital para el buen entendimiento de la tesis de la novela: «¡Por Dios, mamá! Ya salió nuestro feroz mani-queísmo: buenos y malos—el aroma del café le traslada al bar Floro, en cuyas mesas platican a diario los del curso y redactan el boletín *Agora*. Se va creciendo. Se inflama. Prende un cigarrillo—; ¡los buenos a la derecha y los malos a la izquierda! Eso os enseñaron, ¿verdad que sí? Pero vosotros preferís aceptarlo sin más, antes de tomaros la molestia de miraros por dentro. Todos somos buenos y malos, mamá. Las dos cosas a un tiempo. Lo que hay que desterrar es la hipocresía, ¿comprendes? Es preferible reconocernos argumentos. En este país, desde los comuneros, venimos esforzándonos en taparnos los oídos, y al que grita demasiado para vencer nuestra sordera y despertarnos, le eliminamos y ¡santas pascuas! *La voz del mal*, nos decimos para sosegarlos. Y, por supuesto, nos quedamos tan a gusto.»

Pues bien. Este Mario que así habla es hijo del otro Mario que acaba de morir, que en su juventud combatió con los sublevados del 18 de julio y que, con la ejemplaridad de su ejecución posterior a la guerra, le fué inculcando tal liberalidad de talante. Delibes, como vallisoletano, no puede haber olvidado que, en la sublevación del 18 de julio, participaron jóvenes a los cuales en modo alguno podrían atribuirsele móviles de nostalgia o ansias de desquite... Que se alistaron para edificar una sociedad más justa.

Ahora bien: «arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué». Carmen no puede cambiar. Y, con Carmen, el amplio sector de la sociedad española al que ella representa, con su misma insolidaridad, idéntico egoísmo

y espíritu así de esmirriado. Carmen es una pequeño-burguesa cuyos pensamientos ante la muerte súbita del marido son los que Delibes pone de manifiesto con agresiva objetividad: si en la escuela puede o no dar tratamiento de «Ilustrísimo» al súbitamente fallecido Mario. Que el bedel de la Facultad no se mezcle con los catedráticos, compañeros del difunto. Los libros de Mario sólo han servido para almacenar polvo. Sus pechos, demasiado voluminosos para «ser de luto»... Y así.

Pero cuando la novela empieza es a partir del instante en que Carmen se queda a solas con el difunto. Para estar con él las últimas horas coge la *Biblia* que Mario tenía sobre la mesa de noche y, al hilo de los párrafos subrayados, reconstruirá sus veintitrés años de vida conyugal. Al concluir, los lectores conocen a Mario de pe a pa, en tanto que, para la sandía Carmen, seguirá siendo un ser remoto y atrabiliario, incapaz hasta de proporcionarle el gusto de un «Seiscientos», como una y otra vez le reprocha en su prolongado y reiterativo soliloquio, hecho de pocas, alicortas y fijadas ideas, expresadas en caudalosos párrafos.

Con tan simples elementos—reiteraciones diestramente buscadas, contraste de situación y diálogos, prosa coloquial—, Miguel Delibes ha construido una gran novela, que por muchos conceptos puede calificarse como «ejemplar», parangonable con sus mejores logros anteriores: *El camino*, *Mi idolatrado hijo Sisi*, *La hoja roja* y *Las ratas*, a la vez que distinta a todas ellas en su estructura. Delibes utiliza su dominio del lenguaje para dar, a cada libro, una concepción diversa. Es como un ejercicio que se plantea a sí mismo. Por eso decía, al principio, que Miguel Delibes es el más profesional de nuestros novelistas.

Cuando llegamos a la última página de *Cinco horas con Mario*, sorprende advertir la riqueza de matices que a los varios personajes de su fábula ha extraído el novelista, sin más apoyatura que la del soliloquio de Carmen que, a partir de los párrafos de la *Biblia* subrayados por Mario, gira y gira en torno a sus obsesiones, con temas encadenados de forma aparentemente inconexa y que, sin embargo, dan como resultante el ovillo de la trama.

JUAN EMILIO ARAGONES

CINCO HORAS SOLITARIAS



MIGUEL DELIBES: *Cinco horas con Mario*, Ed. Destino. Barcelona, diciembre 1966; 296 págs., Ø11,5x18Ø, 150 ptas.

Para nadie era un secreto, entre quienes están atentos a la actualidad

de nuestras letras, la maestría fabuladora de Miguel Delibes. Tras la lectura de este dicotómico relato titulado *Cinco horas con Mario*, parece justo calificar al escritor vallisoletano, caiga quien caiga, como el más profesional de nuestros novelistas. A través del extenso soliloquio de una viuda ante el reciente cadáver del que ha sido su esposo, Delibes consigue impecablemente su propósito de generalizar lo particular. De un lado, pone al descubierto la mezquindad anímica de la protagonista, que no vive sino para cuatro o cinco obsesiones de entidad secundaria, y, de la otra parte, no sólo la riqueza espiritual del marido recién muerto—que esto sería demasiado fácil: todo era engrosar los rasgos definitivos de Carmen y afilar hasta la sublimación el retrato de Mario—, sino una radiografía penetrante y actual de la sociedad española en la posguerra, con acentos especialmente punzantes

SALVAJE CONTRA CACICA Y OTROS AMORES

VÍCTOR CHAMORRO: *La venganza de las ratas*. Editorial Terra. Barcelona, 1967. 329 págs. Ø14x20Ø. 150 ptas.

Es la novela ganadora del premio «Urriza», según vaticio cumplido del número 364 de LA ESTAFETA, donde yo mismo retraté con mi lápiz urgente a Víctor Chamorro. Vale. Es un escritor que conoce el pueblo, sus sentimientos y su lenguaje, su intrínseca carga de valores, su ingénilo sentido de la solidaridad, también sus pade-

ceres, todo lo que le oprime y le martiriza por causas que, generalmente, nacen de su mismo seno, de su integridad misma.

La venganza de las ratas es novela testimonio, clara y contundente denuncia, crónica minuciosa y gigante, gran reportaje-poema de la existencia, y de cuanto éste lleva implícita, de unos hombres de cualquier lugar de nuestra tierra—ahora, Extremadura—, con matices, no solamente ético, sino estéticos, entre los que se podrían destacar (difícilmente, porque todos ra-

VISTO EN LIBRERIAS NARRACIONES



Michel Bataille

EL JUEGO DEL CIELO

G. P. ● BARCELONA, 1967. 310 PÁGS. Ø10,5x18Ø. 50 PTAS. Se trata de una novela biográfica acerca de Gilles de Rais. El autor nos presenta la vida de aquel personaje en boca de un director de cine

Leo Perutz

DE NOCHE, BAJO EL PUENTE DE PIEDRA

PLAZA JANES BARCELONA, 1967

202 PÁGS. Ø10,5x18Ø. 25 PTAS. La novela tiene por escenario la Praga del siglo XVI. En la obra se relata los amores imposibles de Rodolfo II con la esposa del rico judío Meist



Llorenç Sant Marc

TIEMPO ATRAS

PLAZA JANES BARCELONA, 1967

201 PÁGS. Ø10,5x18Ø. 25 PTAS. Este libro contiene cinco narraciones



van a la misma altura) la sencillez de expresión empleada, exenta de rebuscamiento, y la estructuración plenamente conseguida de las distintas escenas que coordinan la historia.

Victor Chamorro ganó con esta prieta narración el premio dicho: una llamada de atención al público sobre sus cualidades. Si, estamos ante un seguro novelista de porvenir. Y valga la frase hecha. No ya por su juventud, factor que también cuenta, sino por el conocimiento que posee acerca de las reacciones del hombre ante la incompreensión y la adversidad. Es decir, del hombre y sus ententes metafísicos. Buena prueba de ello es esta novela de muchos hombres, de distintos hombres en un mismo ámbito, de hombres que se mueven y manifiestan cada uno a su manera, y nos van diciendo de su condición, individualmente, sin la coacción subjetiva de quien los levanta sobre el papel. Así, los numerosos protagonistas de La venganza de las ratas, los habitantes de ese pueblo que un día sufre una fuerte conmoción, una eclosión dramática surgida de sus propios estratos más entrañables, consiguen mostrársenos incluso en sus aspectos físicos, sin necesidad de una descripción previa.

Por otro lado, Chamorro sabe escribir, digámoslo así, llana y claramente, utilizando el término más sencillo para hacer más contundente nuestra opinión. Chamorro domina un estilo directo, desposeído de metáforas y retorcimientos.

Con él mantiene el interés constante de su relato, hasta prender al lector de principio a fin, haciéndole vivir sin remisión los acontecimientos que cuenta, el drama que agita, impregnado de un realismo crudo, desnudo, donde la verdad se debate aprisionada por los imponderables del destino, por los intereses creados, por los prejuicios sociales, produciéndose esta situación límite que sobrepasa la lógica, que no es más que la consecuencia nefasta de la injusticia, y que, por ende, pone de relieve el infortunio del débil, su cruel y terrible desdicha.

Mas no creemos oportuno dar una síntesis del argumento empleado, ni debemos trazar la somera semblanza de un personaje más o menos significativo, porque La venganza de las ratas es en su conjunto, eso, conjunto, y un punto concretísimo de la problemática social de nuestro tiempo, ¿eterno dilema de todas las épocas?; por tanto, solamente conociendo esta obra en toda su extensión, justa y cabal, puede asimilarse con la amplitud precisa su mensaje.

Y una vez comprendida, aún le quedará al lector posibilidad de hacer su personal conjetura, pues Chamorro no condiciona, no enjuicia la situación, no sentencia sobre los hechos, expone simplemente, deja palpitando la gravedad del agrio, vivo, trascendental, importantísimo tema, tal corresponde a un narrador nato, capacitado para la compenetración con el prójimo y, a su vez, para hacernos sentir sus cuitas en nuestra propia naturaleza. Y en consecuencia y correspondencia, la afirmación que se hace en la contraportada de ésta su tercera novela: «A sus jóvenes años es un novelista completo.» Ese adjetivo—«completo»—, que tanto abarca y quiere ponderar, es, por esta vez, el indicado.

MANUEL RIOS RUIZ

VÍCTOR CHAMORRO: Amores de invierno. Prometeo. Valencia, 1966. 290 págs. Ø12 x 19Ø. 125 ptas.

En 1964, con El adúltero y Dios y el seudónimo de «Vizarco», llega a la final del Planeta, perdiendo por un solo voto ante Las hogueras,—no Los enanos, como Martín Vigil señala en su prólogo al libro que comentamos—, de «Daniel Janer», es decir, Concha Alós.

Chamorro llama Amores de invierno a lo que llamaba El adúltero y Dios y vuelve a quedarse a las puertas de otro premio, el «Blasco Ibáñez», esta vez, rebasado por Sebastián Juan Arbó, su nombre y su experiencia. Y aquí está, al fin, la tan traída y llevada novela de Chamorro, con un título quizá no demasiado feliz, si impuesto por las circunstancias.

«Meditaciones de un preso», subtítulo ahora suprimido, quería colocar al lector, desde un principio, en situación de conocer la esencia, el origen de la novela; mas, en realidad, lo que José

Luis Montes, su protagonista, va dejando tenaz y laboriosamente sobre las cuartillas—«con hambre y con sed, porque así me lo impuse, corrió la tinta por el papel un día y otro», escribe—, más que meditaciones, confesiones. Montes cuenta su vida para enseñar, para abrir ojos que, como los suyos, cerró el odio, oídos que, como los suyos, no supieron escuchar la voz clara de la razón, si el grito agudo de los instintos. «Porque una vida observada con ojos imparciales, precisamente por quien ha sido el único intérprete de ella, puede enseñar a los demás», resume.

Con ojos imparciales se ve este hombre, este Montes que cumple condena justa y que en su libertad fué tejedor y amante del campo, de la caza y de la casa, del saber y del progreso. Un mal tan viejo como el mundo—los celos—le atormentó siempre, le amargó su existir, llevóle, finalmente, al crimen. «Yo comparo los celos—escribe— a un cáncer del alma, a una carcoma que te corroe día y noche, despierto y en sueños, comiendo y trabajando... (La frase nos hace pensar si fué esta misma novela la que con el título de La carcoma rondó, en 1965, el premio «Ciudad de Oviedo». No nos sorprendería.) Y añade: «Yo les digo, desde aquí, a los enfermos de celos que los aprecio por muchos males y locuras que cometen y que me pongo en su situación». Montes vigila, acosa, insulta a su mujer; hace de su vida un infierno. Van naciendo los hijos y busca en ellos los rasgos que le confirman su paternidad. Huye de su casa, regresa, intenta suicidarse, desiste; al cabo, tras recibir un anónimo en el que se le asegura la infidelidad de su esposa, la mata y se entrega a la guardia civil. Las páginas que narran el proceso y las que componen el capítulo final, son acaso las más convencionales del libro. La interpretación que de los hechos le hace su defensor es más propia de psiquiatra que de abogado; las razones

de éste para intentar, sin interés alguno, su defensa, son más efectistas que reales; su encuentro con Dios viene expresado con demasiada literatura, lo que le resta sinceridad; esos caminos llenos de polvo y zarzas, azotados por el sol y el viento de la desesperación, que le conducen a otro distinto «con árboles, fuentes y pájaros que entonaban himnos de gloria», suenan a no transitados, aunque en verdad lo fueran. Mas lo que no cabe duda, es que Montes, aun arrepentido, sereno el corazón, en paz los pensamientos, sigue torturado, tras muchos años de condena, por las mismas dudas que hicieron de su vida un fracaso. «Traído y llevado estoy por dos gritos, incapaz de alistarme a un solo bando. ¡Ay, qué pocos saben cuál es el verdadero sufrimiento de un preso que, como yo, vertió sangre y aún no sabe si esa sangre estuvo bien o mal vertida!» Estas palabras, a punto de cerrarse el libro y tras sus reiteradas protestas de arrepentimiento, fe y esperanza, dejan en el aire una interrogante amarga, que de la mente del protagonista pasa a la del lector; pues que Chamorro, hábil en este extremo, no aclara la fidelidad o infidelidad de la esposa de Montes, un hombre cuyo destino marcaron tres mujeres: la suya propia, la de su hermano—con quien, en su adolescencia, cometió adulterio—y su madre—que le maldijo y a quien maldijo—. Quienes calificaron la prosa de Chamorro de áspera, dura y valiente, y de conmovedor y trágico su acento, no se equivocaron; tampoco quienes vieron en él una de nuestras más brillantes promesas, ya realidad.

Con La venganza de las ratas, ha renunciado a su sino de finalista al obtener el Premio Urriza. Rogando a Dios y dando con el mazo, Chamorro ha conseguido, poco a poco, confirmar su nombre y situarlo en la vanguardia de nuestros jóvenes valores.

CARLOS MURCIANO

OTRAS NARRACIONES

VICENTE SOTO: La zancada. Editorial Destino. Barcelona, 1967. 366 págs, Ø12 x 19Ø, 125 pesetas.

Era natural haber perdido la pista a Vicente Soto, puesto que hace trece años que falta de España. Aunque haya seguido viniendo, escribiendo y pensando en español. Por eso, en principio, cuando en enero último le fué concedido el Nadal 1966, a todo el mundo le pareció que era un nombre nuevo en las letras. Pero no era así: Vicente Soto, valenciano, nacido el 22 de febrero de 1919, abogado, traductor y periodista, ya en 1942 ganó el premio Lope de Rueda para obras de teatro infantil con Rosalinda. Seis años después publicó Vidas humildes, cuentos humildes, un libro de narraciones. Después, en el 54 marchó a

Londres y allí dirige Industria Británica, una revista que tiene su difusión en Hispanoamérica. En dicha ciudad es donde Vicente Soto ha escrito La zancada.



Desde las primeras líneas de la novela, se advierte el camino que va a seguir Vicente Soto en La zancada: el mundo de la infancia, con sus vicisitudes, con ese halo de ternura que a veces lleva consigo el sello del optimismo y otras el de la amargura. Es imposible leer La zancada sin recordar el gran experimento-Proust, A la busca del tiempo perdido. En absoluto quiere decir esto que los personajes, ambientación, leit-motiv y otras tantas particularidades de la novela, estén paralelos al mundo presentado por Marcel Proust a lo largo de su famoso libro, pero sí que guardan una relación indudable en cuanto que palpan de una manera manifiesta el mundo, el adorable mundo de la infancia.

Es indudable que a lo largo de la historia de la literatura universal, han sido, y posiblemente lo serán, bastan-

PLAZA JANES

BARCELONA, 1967

151 PÁGS. Ø10,5 x 18Ø. 25 PTAS.
Novela que desarrolla su argumento partiendo desde el momento en que unos hombres de un pueblo francés son movilizados a causa de la guerra de 1939

Roger Grenier

EL PALACIO DE INVIERNO

G. P. ● BARCELONA, 1967

304 PÁGS. Ø10,5 x 18Ø. 50 PTAS.
El principal personaje sirve de pretexto al autor para presentar-nos una crónica de la vida a principios de nuestro siglo



Hubert von Breisky

ELLOS ESPERAN

EL MAÑANA

G. P. ● BARCELONA, 1967

288 PÁGS. Ø10,5 x 18Ø. 50 PTAS.
La acción se desarrolla en Angola. Una novela de aventuras en la que cabe el choque entre dos razas



Indro Montanelli

GENTE CUALQUIERA

PLAZA JANES

BARCELONA, 1967

479 PÁGS. Ø13 x 20Ø. 150 PTAS.
Montanelli, autor de Historia de Roma e Historia de los griegos, traza, como en él es habitual, unos curiosos personajes

LAS GAFAS SIN CRISTAL

tes escritores los que se han dedicado a recordar los tiempos heroicos de la infancia. Así, Vicente Soto, con «Gabrielito», héroe de *La zancada*, vuelve a sumergirnos en ese mundo infantil al que hemos hecho referencia de una manera reiterada, pero necesaria.

El lector de *La zancada* se queda con ganas de continuar leyendo cuando el autor pone punto final; quizá ansía más cosas, se ha encariñado con los personajes, con la prosa del libro y le parece que ese final llega demasiado de prisa, que Vicente Soto podía haber continuado y habernos ofrecido más material, más aventuras de Gabrielito y Alcidia, nombre sugestivo éste; pero no, estos son otros tiempos que no los de Proust, e incluso un premio exige un número de páginas, pero esto había que decirlo a favor del autor. Hacia mucho tiempo que no aparecía ante el lector español esta clase de novela, que aunque adolezca de un poco anticuada, como han dicho algunos, viene a traer una sensación de paz y tranquilidad, un regusto por un mundo al cual todos hemos pertenecido o pertenecemos en el momento preciso.

Es verdad que, como Proust, Soto crea un mundo que aun siendo completamente imaginario, es la concreta imagen de «un determinado mundo real». Este «tiempo perdido» de *La zancada* no lo es, porque el lector tiene «la sensación de vivir con aquellos curiosos personajes a los que conoce a través del niño. Irá reviviendo aquel mundo, quizá muy parecido, que ha perdido también. Porque todos hemos dados «la zancada», el salto de la niñez a la adolescencia, que Gabrielito da, simbólicamente, sobre una raya que su perro ha grabado en la tierra del jardín».

Abiertamente, en *La zancada*, existe poesía que se mantiene a lo largo de toda la narración y que a veces se convierte en poema en algunos pasajes y que nunca sirve de adorno, sino que va directamente al meollo, al blanco de la narración. Es este lirismo de Vicente Soto casi un agotamiento sin apenas romanticismo, cargado, eso sí, de nítida amargura, cómo no, necesaria. Esa «zancada» que da Gabriel en las últimas páginas del libro tienen un valor incalculable, una fuerza feroz, que así, llanamente, ponen los pelos de punta: «me di cuenta de que estaba mirando una raya trazada en el suelo. Pues vaya una cosa. Pero no había más remedio que mirarla y mirarla, con tanta atención que hasta las lágrimas se quedaban en suspenso; estaba allí no por casualidad, sino deliberadamente, cargada de sentido y de mandato. Mostrándome por fin hacia dónde dar la zancada... Levanté una pierna, di la zancada y me puse al otro lado de la raya». A partir de este momento es otro el mundo que se abre a Gabriel y a pesar de todo, de haber roto con la infancia, hay para el protagonista una esperanza, cuando el algarrobo le habla, él sabe que el mundo se abre esperanzadoramente ante él.

En un análisis feroz, sí, quizá la novela tenga fallos. Quizá sean fallos estructurales, de diálogo demasiado cerebral, quizá el haber bebido del prodigioso maestro francés; pero o que es indudable es que *La zancada*

es una aportación vasta a la novelística de la dimensión temporal de la vida humana, aunque esté ribeteada con matices otoñales, insertos con rara habilidad «en los intrincados corredores de la niñez».

RAUL TORRES

ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS: *La lumbré y las tinieblas*. Colección Prosistas de la Lengua Española. Plaza y Janés. Barcelona, 1966; Ø12x18,5Ø, 100 pesetas.

Ya desde el primer cuento del libro de Esteban Padrós Palacios, *El pecado, queda clara la aptitud del escritor ante la vida de hoy. ¿Quiere decir que es una fórmula de Padrós de no dejar pasar nada del hombre y el tiempo del que está rodeado? O mejor, ¿es la simple aptitud del escritor, digamos protagonista, del libro ante la vida?*

De cualquier manera, Esteban Padrós Palacios, en *La lumbré y las tinieblas*, a lo largo de nueve cuentos asépticos y de un realismo voraz, sin contemplaciones, teñido indudablemente de un porcentaje rabioso de irónica

agonia, viene a demostrar que el individuo en sí, como participe imprescindible de la humanidad, está sometido a una serie de causas cotidianas, de las cuales le es muy difícil zafarse. Un hombre, una mujer, cualquier ser humano de éste o aquel país, pueden ser los protagonistas que recorren las doscientas cuatro páginas de los nueve cuentos. Seres en general sometidos a ese realismo cotidiano, endulzado muchas veces por el lengüetazo insólito de casi lo irreal, pero que de la misma manera podría ocurrir en la vida que cada día se vive. Ejemplo que viene a tiempo, el de la protagonista del segundo cuento, *El robot de madame*, en el que el autor se carcajea a gusto de la «mujer apasionada deshecha por la opacidad sentimental de los hombres», que acaba solucionando su eterno problema con «el amante mecánico» que le ofrece una casa productora dedicada a estos menesteres, por la cantidad, en ese momento insignificante, de cinco mil francos nuevos.

A pesar de la diversidad de los compactos temas del libro, *La lumbré y las tinieblas*, título procedente de *La Biblia*—«Mira, pues, que la lumbré que hay en ti no sea tinieblas» (Lucas, 11, 35)—, hay una unidad tanto de estilo

como de intención estética. Padrós, de manera intensa, da noticia evidente de un mundo y de su personal manera de verlo, junto a la gran imaginación, capaz de componer una anécdota inédita al que acompaña siempre un final lleno de sorpresa, para unos cuentos «que son mucho más que un mero rejerir».

Conviene dejar constancia, a pesar de que Esteban Padrós de Palacios no es, ni mucho menos, primerizo en esto de las lides de imprenta y papel, que el autor es uno de los fundadores y miembro del jurado del famoso premio «Leopoldo Alas», que tantos cuentistas españoles y algún hispanoamericano, ha descubierto. Padrós nació en Barcelona en 1925; en la misma ciudad estudió medicina, y allí mismo ejerce la carrera al tiempo que se dedica a las nobles lides de la literatura. También en el campo clínico realiza una copiosa labor como comentarista e historiador. Su primer libro, *Aljaba*, en 1958, dió a conocer a uno de los más importantes hombres de la prosa contemporánea, como queda marcado con toda precisión en un cuento verdaderamente notable que pone fin al libro: *El vampiro prestado*.

RT

LOS VERSOS

LUIS JIMENEZ MARTOS

GABRIELA MISTRAL: *Poema de Chile*. Editorial Pomaire. Santiago de Chile-Barcelona, 1967. 244 págs. Ø21,5x27,5Ø. Spm.

A los doce años de su muerte—cifra entre el recuerdo y el olvido—, otra vez Gabriela Mistral, con una carga poética abultada y esperada, aunque nadie supiera para cuándo; con un tema que es siempre piedra de toque: el paisaje, la tierra de la patria. No hay poeta ni novelista—ni incluso ensayista—hispanoamericano que, antes o después, no haya tenido que medirse en la naturaleza del cuarto continente, sentirse absorbido o guardando las distancias a esa realidad inmensa y tantas veces terrible.

Gabriela, como ya se ve, prefirió que sus versos a Chile aparecieran una vez que había muerto, acaso por la circunstancia de haberlos escrito ya madurada, casi a modo de un testamento de amor, de vuelta de tantos viajes interiores y exteriores.

¿Cómo se sintió Gabriela ante el campo de su país? Hemos de tomar en cuenta dos elementos: la índole objetiva de la materia a que la poetisa se acerca y que se compone de altas montañas, valles y otros accidentes no

suaves, según sabemos, y la muy subjetiva de quien los recorre. La Mistral no hace paisajismo, no se doblega al carácter desafiante, abrupto, de lo que está viendo, sino que acomoda las cosas naturales a su ritmo interior, transformando la mirada en pura alma, en delgadez expresiva, tierna y completa, la geología, la fauna y la flora de Chile.

Setenta y ocho composiciones—si no he contado mal—forman este libro. Pues bien, hay pocos casos de repetición, nada escapa al ver y decir de Gabriela, que recorre ese su mundo patrio en son de despedida, desde un serenísimo dolor, en la imaginaria compañía de un niño, muerto ya por entonces.

El paisaje es vario, pero su cantera mantiene ante él sus unidades: la del tono y la del procedimiento para decirlo. El tono es el de una melancolía andariega, como desasida de sí misma, y, sin embargo, muy atenta a describir de fuera a dentro los caminos por los que va; la forma es idéntica en todo el poema, salvo algunas, muy escasas, variaciones: el romance, al que ella da una flexibilidad extraordinaria, no importándole romper en ocasiones el ritmo octosilabo. Cuánto frescor y cuán-

ta gracia primitivas, lo mismo que si la tierra chilena fuese contemplada por primera vez. Un leve entramado anecdótico sirve de contrastación humana, resuelto aquí y allá en diálogo aliviador de itinerantes.

Decía anteriormente que, si bien la poetisa tiene grandes y fieles ojos, todo lo que va admirando pasa por un dinámico proceso de subjetivación. Gabriela Mistral practica un casi constante animismo; humaniza la materia, la cristianiza, y así ve a Cristo en los cactus, a Elías con su carro en el Aconcagua, símbolos de procedencia bíblica en lo que no son sino relieves de su contorno. La ternura y la sencillez, el amoroso enmadramiento—canciones de cuna suscitan la hierba y los pequeños animales—, actúan de muy sensibles catalizadores del drama de Gabriela Mistral, asomado a todas partes, con su peso de suelo y de cielo, con raíces de amargura, pero delectación amorosa, que suele inclinarse hacia lo mínimo, lo franciscanamente mínimo, cosa extraña en un poeta hispanoamericano.

Queda, para dar una impresión, el fundamental capítulo del lenguaje. El es en *Poema de Chile* la consecuencia de un cruce—más que de una acumulación—entre la castiza habla de Cas-

Hans Habe
LA MISION

PLAZA JANÉS

BARCELONA, 1967

374 PÁGS. Ø13x20Ø. 125 PTAS.
El autor estuvo presente en la conferencia que convocó Roosevelt en Evian-les-Bains, Ginebra, en julio de 1938, para salvar a los judíos alemanes. Relata los hechos



Luigi Preti

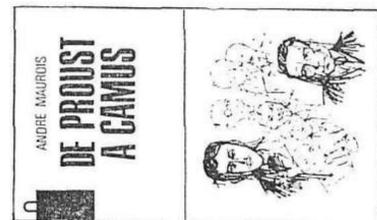
GIOVINEZZA,
GIOVINEZZA...

PLAZA JANÉS

BARCELONA, 1967

445 PÁGS. Ø13x20Ø. 125 PTAS.
La historia de diez años de fascismo revivida a través de las vicisitudes de unos jóvenes universitarios

ENSAYO



André Maurois

DE PROUST A CAMUS

G. P. ● BARCELONA, 1967

308 PÁGS. Ø10,5x18Ø. 50 PTAS.
En este ensayo se trata acerca de Bergson, Paul Valéry, Alain, Paul Claudel, Mauriac, Duhamel, Saint-Exupéry, Lacretelle, Jules Romains, André Malraux y los mencionados en el título

tilla, tan romancedora en otro tiempo, y el más sabroso chilenismo, arcaico o menos arcaico. Nunca falta en estos poemas el color local, como es lógico, mas con ámbito ampliado y sin perder naturalidad poética por ninguna de sus caras. Lo sencillo es lo más difícil, y he aquí que la última o la penúltima lección de Gabriela sea precisamente esta del verso andado y como hablado, sin por ello gargarar ni con el prosaísmo ni con la retórica. Poema de Chile es una poesía de fuente escrita casi en las postrimerias de una vida. No es que falten en la misma autora otros ejemplos similares, pero no con la perfección que este libro revela: calidad de matices; armonía, aunque nunca quietista, de los dos planos actuantes; belleza depurada por el sentimiento.

Creo, en fin, que este poemario—homenaje a Chile—tiene no poco de sorpresa. Una vez más, se quiebra esa ley, con ribetes de tópico, que dice que la mejor poesía corresponde a la edad joven. No; la mejor poesía necesita, invariablemente, de la experiencia, del poeta. Gabriela, tan entrañable, hubo de dejar también que el tiempo le empozara su visión física y espiritualísima de Chile, su hiloformismo de la tierra nativa.



JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN: Domingo Rivero, poeta del cuerpo. Colección «Vislumbres». Editorial Prensa Española. Madrid, 1967. 242 págs. Ø12 x 19Ø. Spm.

Domingo Rivero nació en Canarias en 1852 y murió en 1929. Durante esa no corta vida (dentro de lo que cabe), hubo de alternar su trabajo burocrático con la tarea literaria. No obstante convivir en el clima provincial junto a poetas como Tomás Morales y Alonso Quesada, Rivero nunca mostró interés por la publicación de sus poesías, y sólo algunas de ellas aparecieron en alguna revista o periódico. Prácticó, pues, concienzudamente, esa resistencia al contenido, que aconsejara el clásico, y, al parecer, otra ley no menos clásica: escribir poco y depuradamente (en unas 20 composiciones se cifra toda su obra).

Estas curiosas circunstancias y, por supuesto, la calidad de lo conocido de aquella, incitaron a Jorge Rodríguez Padrón, un muy joven universitario preocupado especialmente por la poesía de su tierra canaria, a estudiar la de Rivero, previa una labor casi poliédrica de búsqueda de originales, confrontación de variantes, etc. Tal entusiasmo ha producido su cosecha: la muy interesante de sacar del olvido a un poeta que hizo lo posible por que le ignoraran para siempre, aunque en modo alguno lo merecía.

Dámaso Alonso, prologuista de este empeño nobilísimo, maestro del autor en la Facultad de Filosofía y Letras, cuenta cómo al leer hace años el soneto de Rivero titulado Yo, a mi cuerpo, sintió el roce de la poesía verdadera. «Domingo Rivero—dice Dámaso Alonso—concentró en ellos su vida, son su biografía de hombre; de hombre cualquiera. Su universal validez consiste precisamente en eso: en que

son también la biografía de cualquier hombre que los lea.»

El estudio de Rodríguez Padrón, seguido de una antología, está hecho con seriedad y técnica propia de un crítico universitario; nos revela una poesía apoyada generalmente en lo cotidiano y en la esencia del vivir. Señala algunas concomitancias existentes entre Unamuno y Rivero, a las que yo añadiría alguna que otra nota típicamente machadiana. (Y pobre y solo cruzo el polvoriento llano, / sintiendo que me guía del sembrador la mano.) Es evidente que Rivero constituye en cierto modo la antítesis de Tomás Morales, y no sería descabellado pensar que la fama de éste hizo que aumentase la tan cerrada inhibición de su contemporáneo, paradigma de sencillez y de humildad (otras dos notas muy a lo Antonio Machado). No cabe duda de que Rivero supo, aparte de extraordinario soneto al cuerpo, beber en propio vaso, anticiparse a la naturalidad que hoy nunca nos choca. Bien ha hecho Rodríguez Padrón en dedicar todo un libro a este poeta, clásico de la poesía canaria, ayer y hoy nunca falta de nombres destacados. Bien ha hecho «Vislumbres», que dirige José Luis Vázquez Doderó, en materializar la investigación sobre el poeta posmodernista Domingo Rivero.

Y, ADEMÁS, ANOTAMOS

El número 174-175 de **CARACOLA**. Nicolás del Hierro ha reunido en él un conjunto de poetas manchegos: Carlos Baos Galán, Pascual Antonio Beño, Eladio Cabañero, Vicente Cano, Fernando Calatayud, Alfonso Carreño, José Corredor Matheos, Félix Grande, José López Martínez, Manuel Parra Pozuelo, Manuel Rodríguez Mora, Matías Sánchez-Carrasco, Juan Torres Grueso, Juan Alcaide y el propio recolector del número. Noto la ausencia de Angel Crespo; me figuro que ella se debe a su voluntad.

ALAS PARA EL INFINITO (Málaga, 1966), de Manuel Pérez-Playa y Campos. Versos varios que suenan bien y miran muy lejos de lo que entendemos hoy por poesía, salvo en las primeras composiciones. En éstas puede hallar el autor un hilo aprovechable.

POEMAS DE MI RESISTENCIA (Madrid, 1967), de Edilberto Irizarry. También el vanguardismo llega a clásico. He aquí otra prueba. Irizarry habla de confusión en la nota previa, y, tras de ella, sigue practicando la ceremonia de la confusión, que diría Arrabal. Alguna boutade tiene gracia, pero estamos muy curados de espantos. Sin necesidad de tal propósito, en el que apenas si hay competencia, Irizarry alcanza en este cuaderno algunos aciertos parciales, demuestra que no le falta ni inquietud ni imaginación, y lo que le hace falta es canalizar todo eso más adecuadamente. Lo que seguro realizará a no tardar mucho.

Verbi gratia. expr. elípt. lat. Por ejemplo.

Un nombre universal, Gabriela de Chile, premio Nobel, y un nombre que ahora empieza a ser estudiado, Domingo Rivero, vienen juntos hoy a esta página en la que de verdad hay sitio para todos.

RAICES

Estoy metida en la noche de estas raíces amargas, ciegas, iguales y en pie que, como ciegas, son hermanas.

Sueñan, sueñan; hacen el sueño y a la copa mandan la fábula. Oyen los vientos, oyen los pinos y no suben a saber nada.

Los pinos tienen su nombre y sus siervas no descansan, y por eso pasa mi mano con piedad por sus espaldas.

Apretadas y revueltas, las raíces alimañas me miran con unos ojos de peces que no se cansan; preocupada estoy con ellas, que, silenciosas, me abrazan.

Abajo son los silencios. En las copas son las fábulas. Del sol fueron heridas y bajaron a esta patria.

No sé quién las haya herido, que, al rozarlas, doy con llagas.

Quiero aprender lo que oyen para estar tan arrobadas. Paso entre ellas, y mis mejillas se manchan de tierra mojada.

(De Poema de Chile)
GABRIELA MISTRAL

YO, A MI CUERPO

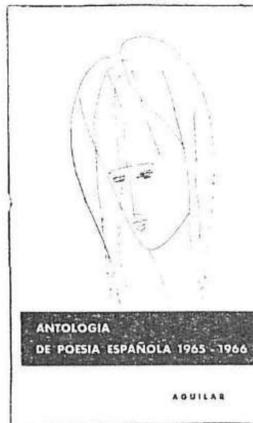
¿Por qué no te he de amar, cuerpo [en que vivo?]
¿Por qué con humildad no he de [quererte,
si en ti fui joven y en ti arribo, viejo, a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo por mi, en los rudos golpes de la [suerte;
ha jadeado con mi sed, y, altivo, con mi ambición latió cuando era [fuerte.

Y hoy te rindes al fin, pobre materia, extenuada de angustia y de miseria. ¿Por qué no he de amar? ¿Qué será [el día

que tú dejes de ser? ¡Profundo [arcano!
Sólo sé que en tus hombres hice mía mi cruz, mi parte en el dolor humano.

DOMINGO RIVERO



LUIS JIMÉNEZ MARTOS: Antología de poesía española 1965-1966. Editorial Aguilar. Madrid, 1967; 329 págs., Ø13,5 x 13Ø, 150 ptas.

Nuestro crítico de poesía, Luis Jiménez Martos, recopila anualmente lo más destacado de la poesía que se publica en España, sea en castellano, catalán o gallego, en su afán de ofrecer una panorámica que refleje, lo más fielmente posible, las tendencias en vigor, y siguiendo mejor la originalidad o la calidad del poema que la localización del nombre consagrado o en alza, tal como corresponde al buen catador de poesía.

Y así, como año tras año, ya tenemos ante nosotros la *Antología de poesía española 1965-1966*, precedida, como es buena costumbre, de un prólogo enjundioso y objetivo, en el que Jiménez Martos nos da razón puntual de los acontecimientos, llamémosle internos, que durante trescientos sesenta y cinco

días—de octubre a octubre—se produjeron en nuestra poesía, prestando igual atención a los hispanoamericanos y a los hispanistas. En esta edición, el crítico hace al público lector una importante advertencia: el rigor en el lenguaje que aparece en algunos de nuestros poetas, poniendo como ejemplos obras destacadas durante el ciclo, en cuyos poemas: «Las palabras valen por sí mismas»; explicándolo seguidamente: «Después de estar en el cementerio de palabras de César Vallejo (el poeta hispanoamericano más influyente en nuestra poesía, aparte Rubén Darío), se ejercita el respeto al lenguaje, el regusto por hacer de él algo con propio relieve y consecuencia.»

En cuanto a la selección de poemas, es justo decir de su acierto. Jiménez Martos nos ofrece muestras de Carlos Álvarez, Félix Grande, Diego Jesús Jiménez, José Alberto Santiago, Pedro Gimferrer, Joaquín Marco, Carlos Oroza y otros poetas jóvenes, «novísimos» los llama, de los que cabe esperar un futuro aún más positivo que el presente—que ya lo es—para la poesía española, junto a la maestría de Alfonso Canales, Claudio Rodríguez, Eladio Cabañero, José Luis Prado Nogueira, etc., y a versos de Juan Ramón, pertenecientes a 1913-1916, pero recientemente editos.

Por todo lo antes dicho, esta antología, que pudiéramos llamar periódica, continúa siendo utilísimo libro, informativo y de consulta, que además se supera en cada salida: ahora con el añadido de un índice bibliográfico de autores, y para el próximo volumen, con la inclusión de poemas en vasco. Enhorabuena, pues, a todos: antólogo, poetas y editorial.

MRR

VI Festival de la Opera, Madrid 1967



Montserrat Caballé (soprano)



Aldo Bottion (tenor)



Manuel Ausensi (barítono)



Alfredo Kraus (tenor)

SE ha iniciado la celebración del IV Festival de la Opera, de Madrid, organizado, como los anteriores, por Festivales de España y la Asociación de Amigos de la Opera y con la colaboración del Ayuntamiento de Madrid y la Sociedad General de Autores de España.

Es curioso cómo al llegar a la cuarta temporada el Festival se ha convertido en grata costumbre que salva a Madrid de su bache en la trayectoria musical. Cuando se cierra esta crónica sólo se han producido las dos primeras sesiones, pero cuando se publique serán ya seis las celebradas, dentro del total de trece y de las dieciocho sesiones que componen el programa que terminará el 14 de junio.

La *Traviata* y *Manón* fueron los dos primeros títulos, en los que fué protagonista Montserrat Caballé, alternando con Aldo Bottion en la primera y con Alfredo Kraus en la segunda.

La calidad de Montserrat Caballé prestaba un interés muy especial a su versión de *La Traviata*. El resultado estuvo de acuerdo con la confianza previa. Es mucho mejor cantante que actriz, y aunque el ideal sería el perfecto equilibrio

entre ambos aspectos, lo convencional de la obra y de su desarrollo permite dejar un poco al lado el aspecto escénico para concentrarse en la calidad musical, que estuvo, por su parte, perfectamente conseguida.

En excelente réplica fué la intervención del tenor Aldo Bottion, que hizo un Alfredo justo de voz y de carácter. La tercera figura del grupo principal, Manuel Ausensi, fué también especial y justamente aplaudido. Y con ellos Ana Ma-

ria Eguizábal, María Santi, Enrique Suárez, Juan Rico, Silvano Pagliura y Antonio Lagar.

Tanto el maestro Carlo Felice Cillario como los cantantes fueron calurosamente aplaudidos en un entusiasmo que, además de estar justificado, apoya el deseo con que se recibe cada año la breve temporada del Festival.

El hecho de que no se conceda una importancia decisiva al aspecto escénico no significa que no sea importante. Por ello conviene ha-

cer alguna alusión al mismo. Los decorados fueron irregulares; mucho mejor los interiores que los exteriores, como la «villa en las afueras de París», tal vez el menos acertado de todos. La dirección escénica de José Osuna, bien en general, bien en el movimiento durante la fiesta, pero manteniendo en algunas ocasiones el estatismo «frente al público» que jamás utiliza cuando dirige obras no musicales.

Grato complemento fueron las

entre ayer y mañana

Las dos grandes orquestas, Nacional y de la Radio Televisión, que han venido actuando regularmente durante toda la temporada madrileña, han concluido sus ciclos. Es momento, por tanto, de resúmenes y consideraciones. Son tres los aspectos a comentar: Programas, público y competencia.

De los programas he venido poniendo de manifiesto algunos detalles parciales a lo largo del curso. Ahora, al cerrarse el ciclo, la proyección es más clara. La Orquesta Nacional ha matenido un tono continuado dentro de lo que podríamos llamar tradición en obras y autores. Su preocupación ha sido cubrir un campo muy concreto y lo ha conseguido plenamente. Por mi continuada defensa de la renovación, me he de formular una pregunta: ¿Era conveniente? La respuesta ha de ser forzosamente afirmativa. Hay muchas facetas que cubrir en cada temporada y una de ellas, imprescindible, es la de mantener esas tradiciones que se han hecho ley en la música.

Por otra parte, no ha sido consecuencia por coincidencia, sino desarrollo de un plan establecido y de una toma de posición respecto de la política a seguir dentro de las actividades generales.

Al mismo tiempo, la Orquesta Sinfónica de la Radio Televisión ha llevado a cabo una tarea muy distinta y, desde luego, mucho más arriesgada, porque en las novedades, sean o no estreno, es donde reside la dificultad frente al público. Diría que mientras una tarea —la de la Nacional— es esencial al panorama, la otra —la de la Radio Televisión— lo es para ampliar el mismo.

Las novedades lo han sido desde varios ángulos. Por una parte, han figurado obras de rara audición; por otra, estrenos de títulos no contemporáneos que por causas diversas no habían llegado a nuestros «podiums», y, por último, los verdaderos estrenos, entendidos como parte del repertorio contemporáneo.

Pese a la extraordinaria apariencia de tratarse de obras bien distintas, a la hora de presentarlas al público, coinciden en el hecho de ser «desconocidas» y de ser juzgadas bajo ese mismo prisma.

No es posible, de modo riguroso, establecer una comparación entre ambas líneas respecto de su necesidad e importancia. Si me inclino por los estrenos es, al margen de una tendencia personal que no debe contar, porque

no hay duda de que en la música la función crítica se cumple únicamente frente a ellos. En las obras de repertorio el tema pasa a ser comentario y sólo en algunas ocasiones se mantiene para los intérpretes.

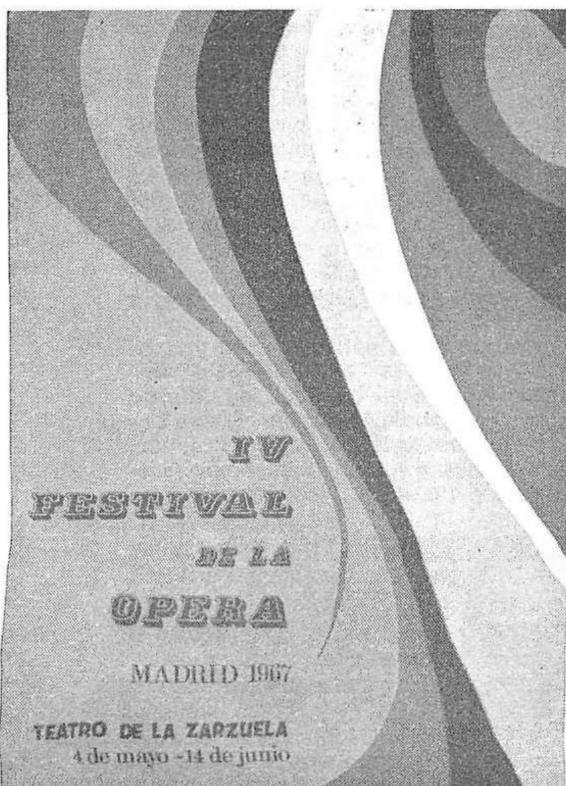
Además, dentro del modo específico de producirse la actividad musical, con poca o ninguna relación con otras manifestaciones, otra de las misiones de la crítica es colaborar en la ampliación del panorama. La insistencia en los mismos títulos y la lentitud con que se van aceptando y ampliando las novedades, en perjuicio de los compositores vivos, obliga también a saber prever y distinguir entre lo que hoy se rechaza y que será aceptado, elogiado y hasta solicitado cuando pasen unos años.

Como derivación de este recordatorio, aparece el público. Su postura ya ha quedado definida. El repertorio tradicional asegura su asistencia, mientras que su reacción ante la novedad, sin considerar la época, es casi siempre fría. Me refiero, naturalmente, a la mayoría, ya que, por fortuna, existe un grupo no muy reducido que espera y desea esas ampliaciones del repertorio.

Sin embargo, se echa de menos una información para completar el juicio. El Teatro Real ha contado con otros grupos, como la Agrupación Nacional de Música de Cámara; el Club de Concursos ha presentado igualmente sus sesiones de los jueves, y lo que interesaría sería el detalle estadístico de localidades vendidas por concierto, de modo independiente, para cada una de las orquestas. El análisis de estas cifras, así como las comparativas con la temporada anterior de la Orquesta de la Radio Televisión, serviría para establecer ese juicio más rotundo.

Y, como segunda consecuencia, llego a lo competitivo. Creo que la distinta orientación ha eliminado en gran parte este problema entre las dos orquestas. Ahora bien, esas cifras, supeditadas a los aforos y otros elementos de juicio permitirían una profundización en las tendencias y en las posibilidades de una competencia.

El saldo es, por tanto, favorable. Sólo me queda un recuerdo al proyecto del club de sesiones dedicado de modo exclusivo a la música contemporánea que, desgraciadamente, no fué posible llevar a la práctica por causas muy ajenas a la intención. Sé que el club sigue con el tema y que se tiene puesta la idea en la próxima temporada para su realización. Confiamos en que sea así.



intervenciones del *ballet* de Aurora Pons y medidas las del coro de la Radio Televisión y de la Orquesta Sinfónica Municipal de Valencia, que actúa en las primeras sesiones.

De nuevo Montserrat Caballé y Manuel Ausensi obtuvieron, en compañía de Alfredo Kraus, ovaciones que hicieron subir y bajar muchas veces el telón al final de los actos y que detuvieron la representación en sus intervenciones en *Manón*.

En esta segunda noche la diferencia entre exteriores e interiores en el decorado se hizo más clara, porque el «ciclorama» tenía unas

bolsas que recordaban los antiguos telones de cielo de papel. Por el contrario, como decimos, los interiores fueron gratos y con buenos efectos, como el locutorio del seminario, que producía toda la impresión de respeto que le correspondía.

Compartieron los aplausos Silvano Pagliura, Oslavio di Credico, José Manuel Bento, María Santi, Antonio Lagar, María Orán, Lola Quijano y Carmen Rodríguez, que completaban el reparto.

En los días sucesivos habrán tenido lugar las representaciones de *La Favorita* y de *La Forza del Destino*, y entre ambas un concierto sinfónico-coral de la orquesta y

coro de la Radio Televisión, dirigidos, respectivamente, por Igor Markevitch y Alberto Blancafort, para conmemorar el XXX aniversario de la creación de Radio Nacional. El programa incluye los nombres de Monteverdi y Stravinsky y el estreno en España del *Canticum Elegiacum in Memoriam Petri de Polignac Praeclarissimi Principis*, de Ernesto Halffter. En las notas al programa el propio autor se adelanta, una vez más, para decir lo de una posible relación con la obra de Manuel de Falla.

Como resumen de lo más representativo de lo celebrado hasta este momento, no puede haber duda en

la elección: las actuaciones de Montserrat Caballé, Aldo Botton, Alfredo Kraus y Manuel Ausensi han sido puntales y aliciente definitivo. Estamos seguros de que el deseo de asistir a la ópera se habría reflejado en cualquier caso, pero también lo estamos de que hubiera sido difícil alcanzar el mismo entusiasmo. Cada uno recibió por separado y en conjunto, a la vez que el maestro Carlo Felice Cillario, evidentes muestras de complacencia y admiración. Ha sido un excelente comienzo, que parece aún más justo cuando se piensa en todos los esfuerzos anónimos que se esconden detrás de la organización de este tipo de Festivales.

Serafin, cual otro Diógenes, también busca un hombre en mitad de la plaza de la vida. Su encuesta adquiere el aire grotesco imprescindible para no llorar de pena. (Afrodisio Aguado.)

JULIAN NADAL

Julián Nadal es un nombre familiar a miles de españoles. Todos—bueno, todos los hombres de mi generación—recordarán sus ilustraciones, que llenaron toda una época del género de aventuras en la—por desgracia—desaparecida revista Chicos.

El estilo de Nadal era espléndido; su calidad artística, poco frecuente.

Y para que el recuerdo se reavive, aquí está su exposición de la Sala Abril.

Las ceras dan fe de lo que decía de su calidad de dibujante. Su grafismo se interpenetra con el color, y el resultado es muy rico de calidades.

En los óleos, Nadal se plantea las cosas de muy distinta manera. Utiliza el cuadro de pequeño formato, cuidando mucho la composición y empleando el color muy delgado de cuerpo, lo que le permite multiplicar las veladuras para obtener justo un grado de vibración que no llega a ser excesivo.

Con esta exposición hemos rescatado—hablo personalmente—un nombre amigo que no queremos que se pierda.

ENRIQUE MIR MALE

La Galería Ebusus tiene preferencia por un tipo de pintura exquisita, interesante, figurativa, de innegable novedad dentro de un ambiente toulouse-lautrecquiano, que limita al norte con esos coletazos actuales del antañón *art nouveau*.

Antes fué Artigau en el color. Hoy es Enrique Mir Male igualmente en el color, sobre todo en los dibujos, y en ese lejano toque a lo Beardsley, refinado, decadente y malvado.

El mundo que crea Mir Male es un mundo ambiguo, característico de un estrato social inteligente, que busca desde la angustia común el brillo de su propia persona ante los demás. Un mundo dentro del cual los seres se hacen resistentes a la circunstancia desde lo profundo de su experiencia, desde el contenido de su propio placer.

Pintura muy refugiada en lo subjetivo, poco clara y accesible, que camina siempre por el filo agudo de lo decorativo, la moda, lo perverso y lo definitivamente pictórico.

LILIANA GRAMBERG

Liliana Gramberg es una grabadora sin problemas. Su técnica con la plancha es tan sabia, tan colmada de sensibilidad, que el tema le preocupa infinitamente menos que la manera de herir. Por ello, repite un tema, y, apasionada con sus posibilidades, lo varía e insiste en él desde otro ángulo, enriqueciéndolo.

Cuando utiliza las tintas de colores, la belleza se apacienta en ellas, se detiene en las formas, aprisionando un rayo de luz y clamando desde dentro de él.

Liliana Gramberg ve el mundo sencillamente, no excluye su mirada lo que se ofrece, percutiendo sobre un motivo con marcada intención. El paisaje, tanto ciudadano—casas, puentes—como desnudo, le atrae igualmente. Con mucha dulzura elude la figuración humana, quizá porque en este momento la presencia de un hombre quitaría misterio al contorno escueto de las cosas.

El conjunto de grabados que presenta en la Galería El Bosco está artista, tienen esa serena voluntad del buen quehacer y de la buena ley.

VALBUENA

Las pinturas que Valbuena nos ofrece en la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Bellas Artes son un curso completo del quehacer informal.

Lo cierto es que hoy poco o nada nuevo nos ofrecen. El arte evoluciona tan rápidamente, modifica sus conceptos con tal velocidad, que formas y resultados que anteayer nos parecían audaces y novísimos, hoy, después de asimilados, se nos aparecen como algo tradicional, no exento de belleza, pero serenado hasta el estatismo museal.



Y esto—lamento decirlo así—me ha sucedido con la pintura de Valbuena.

No es cuestión de calidad—Valbuena despliega toda una perfecta teoría de grabados, signos, empastes, incorporaciones, etc.—, ni es cuestión de novedad—Valbuena obtiene algunos espacios inéditos en sus pinturas—, sino cuestión de oportunidad.

En nuestra sangre, los glóbulos abstractos, o concretos, han dejado de pelearse en su medio ambiente, se han unido al concierto general y cumplen a la perfección su misión enriquecedora. Pero, vistos al microscopio de una exposición, hacemos como el analista: anotamos cuidadosamente su número.

RAFAEL ORTI

La verdad es que Rafael Orti lucha valientemente con la materia y la forma, que es cierta su vocación escultórica y que trabaja conscientemente, pero sus formas no han llegado todavía a esa entraña peculiar, a esa síntesis que las diferenciarán por completo, dándolas su personalidad y su alcance totales.

Rafael Orti busca; ataca los ángulos, las curvas, las opacidades de la madera y el metal, materias definitivas, pero complacido, como joven que es, en sí mismo, en las calidades que va alcanzando, encierra un tanto su trabajo en su mismo círculo.

Yo estimo que es cuestión de paciencia el que llegue al principio de su camino intransferible. Es cuestión de paciencia y de trabajo intenso, de observación pasada por la inteligencia de la estructura íntima de los hombres y de las cosas que les rodean, desnudándolas de su existencia y vistiéndolas con su arte. (Galería El Bosco.)

RAMIRO RAMOS

Poco a poco, la pintura de Ramiro Ramos va clarificando sus presencias.

Es emocionante comprobar la calidad creciente de sus seres; de las formas, a veces casi fugitivas, que discurren por el espacio en penumbra, pero oloroso de luz, de sus cuadros.

La realeza del impresionismo, tamizada por Nonell y vuelta a pasar a través del cedazo sutil de una sensibilidad fuera de serie, la sensibilidad de Ramiro Ramos da como resultado un producto perfecto. ¿Podemos decir exquisito lisa y llanamente?

La exposición que presenta en la Galería Kreisler tiene prácticamente una misma altura. Pero es cuando el color adquiere un grado más de fuerza cuando entonces llamamos admirados, asombrados, por la capacidad de sugerencia, por la realidad que inunda nuestra contemplación.



ADOLFO CASTAÑO

SERAFIN

No existe más que una diferencia entre esta exposición de Serafin y sus dibujos habituales en *La Codorniz*: la ausencia de texto, las palabras que concretan la intención, que la hacen convertirse en chiste.



Por lo demás, la parte de nuestra circunstancia sobre la que Serafin apoya sus agudos ojos es la misma en uno y otro caso, y la eficacia expresiva, de idéntica calidad.

Estas marquesas y flamencas y hombres caducos que las acompañan en sus juergas pueblan, con su exceso, con su humanidad ya histórica, imponente por el desplazamiento de espacio que suponen, el lugar en el que nos rebullimos. Hasta nuestro erotismo, un sano y avasallador erotismo celtibérico, se puebla de técnicas afrodisiacas, necesarias para levantar tanta celulitis, tanta piel caída y olvidar el paso inevitable de los años. O simplemente se abandona a los populares y accesibles vapores del tinto, manera inmediata de olvidar su triste realidad.



estafeta de los hispanoamericanos

RAUL CHAVARRI

Nuevos «CORRIDOS» de la Revolución Mexicana

LA formación de la nacionalidad mexicana y sobre todo el proceso revolucionario en el que el país quemaba una gran parte de su vida histórica, constituyen un impacto cultural tan extraordinario que difícilmente podemos tomar conciencia de su importancia y de sus características.

En términos generales, puede afirmarse que México pasa por el crisol de su revolución todas las fuerzas, las energías y las fuentes de inspiración

una copiosa serie de imágenes y de temas, muchos de los cuales están esperando todavía el investigador que los aclare y los difunda.

Ultimamente se ha registrado en México una experiencia interesante; el actor Ignacio López Tarso, dotado de sorprendente voz y patética dicción, ha montado los antiguos corridos de la revolución en grabaciones a las que aporta el texto, que va repitiendo con una mínima concesión de recitado, y

Para esta segunda salida, Ignacio López Tarso se ha asesorado musicalmente por el maestro Fernando Z. Maldonado, que ha realizado los arreglos y ha dirigido las ilustraciones musicales de la producción. Los cantantes del «Duetto América», han interpretado las zonas melódicas de la grabación acompañándose algunas veces por un conjunto popular del norte de México, una guitarra solista y otros instrumentos típicos de la música mexicana.

Esta nueva incursión en el universo de la música revolucionaria mexicana es quizá más artística, más decantada, en cierto modo, más intelectual que la primera y, desde luego, con un expresivo proceso de acentuación en lo que se refiere al carácter social y polémico de las canciones. Con todo ello, el vigor y el impacto de este mensaje popular aumenta, aunque quizá un observador meticuloso pueda pensar en una cierta pérdida de humanidad y de sinceridad.

Al margen de este posible reproche, es evidente que el trabajo de López Tarso desborda con mucho el marco de las posibilidades tradicionales, en la que se mueve el disco como elemento cultural y literario, ya que la ambición de su proyecto eleva a márgenes realmente categóricos este procedimiento de expresión, que habitualmente se mueve sobre derroteros anecdóticos.

Los corridos de la revolución, al ofrecerse en estas grabaciones, se plantean sobre tres planos de interés claramente diferenciados, pero todos igualmente positivos: el primero, en cuanto que facilitan una evocación de las luchas del pueblo mexicano con toda su carga de violencia, crueldad y colorismo; el segundo, en cuanto facilitan a la música popular un modo de perpetuación digno y de gran calidad artística; el tercero, en cuanto constituye un excelente procedimiento de hacer literatura, de una manera directa, impactiva y dotada de una considerable carga emocional.

Hasta la fecha eran las novelas y las muy escasas recopilaciones de corridos las que más nos ayudaban a interpretar los fenómenos del nacionalismo mexicano y su repercusión cultural, ya que el teatro adolece siempre en México de una serie de limitaciones que le incapacitan en muchos aspectos como reflejo inmediato del proceso histórico-cultural revolucionario.

Desde estos dos trabajos de López Tarso y sobre todo desde su continuación que ya esperamos, el crítico y el investigador tienen un nuevo dato positivo para instrumentar este conocimiento: el de la voz viva de México, inteligentemente interpretada por un gran artista que da a su versión una serie de matices humanos válidos para aumentar su posibilidad como sugerencia y, sobre todo, su valor como instrumento de actuación literaria.

La selección de corridos que incluye este segundo disco se abre con el llamado *Corrido del Agrarista*, manifiesto político popularizado, convertido en estrofas, en el que vemos vivir el espíritu de la persuasión revolucionaria y la gran movilización de hombres y armas, en pos de la tierra ansiada.

La segunda pieza que ofrece el disco se titula *Caballo Alazán Lucero*, y se intercala, por tanto, en la serie interminable de los corridos que glosan la nobleza, la docilidad, la rapidez e incluso el valor del caballo, compañero inseparable del revolucionario. En esta ocasión, el corrido ofrece una situación límite en la que el anónimo poeta, a fuerza de condecorar con virtudes al caballo, llega a crearle ya incluso galante y caballeroso, absurdo que sólo

puede hacer viable una hermosa muestra de poesía popular como la que sirve de base a este corrido.

Doña Elena y el Francés, tercer fragmento del disco, es una graciosa historia galante de adulterio, desafío y venganza, en la que el terrible desenlace dramático llega, como en gran número de obras españolas y en muchas mexicanas, de una forma tan suave y armoniosa que parece destinada a confundir la experiencia de los sentidos. La femenina y coqueta doña Elena, que traiciona a su marido, exilado político, y se deja prender en los atractivos de don Enrique, «el Francés», llegado a México con las gentes de Maximiliano, es una de las figuras de mayor frescura y vitalidad que pueden apreciarse en una obra literaria de tan reducida extensión. La catástrofe final, la muerte de los adúlteros a manos del marido, no va acompañada del remoque moral que otras veces usa el corrido, sino que, precedida de un diálogo equívoco de sorprendente calidad, se produce de una manera inevitable que el anónimo poeta acepta sin lágrimas y sin aspavientos.

Gabriel Leyva es un corrido típicamente revolucionario que quizá haya sido arreglado por López Tarso, dejando experimentar la huella de modernas concepciones poéticas que hacen a esta versión ligeramente próxima a la poesía de García Lorca. Este cuidado de la imagen poética, la sistemática reproducción de números y de colores, la lírica alusión a la sangre y al sacrificio, da al corrido, en cierto modo recreado, una gran capacidad de sugestión y facilita la creación de un clima poético y de un entorno trágico cuya obtención es un verdadero acierto si se considera la austeridad de medios con los que se ha conseguido.

El quinto corrido de los que forman el disco es una vieja proclama muy conocida en sus reproducciones en antologías y libros históricos, se titula *Despierten ya, mexicanos*. En él un anónimo agitador pide a su pueblo atención y vigilancia, exalta el heroísmo de Villa, el sacrificio de Zapata, el esfuerzo noble y valiente de tantos miles de héroes anónimos, es utilizado como una llamada a la atención, como un fundamento de movilización política; en una palabra, como el clarín de atención que llama a la conciencia popular adormecida.

El disco concluye con una grabación ejemplar, un corrido de los llamados de «traiciones»; narra la historia del valeroso Valentín Mancera, engañado por su amante y entregado a los rurales, que le hieren de veintidós balazos (siempre la desbordante generosidad mexicana en el uso del plomo) cuando está desarmado. El corrido es una maravilla de inspiración, de gracia, de ordenación de imágenes, e incluso de tierna e inesperada poesía. En él, López Tarso llega a límites portentosos en su intento de identificarse con la ficción que narra; su voz se hace jactanciosa, varonil y osada cuando repite las palabras del audaz protagonista; es taimada, cuando interpreta a los traidores; vil, al tomar la personalidad de la amante infiel, y nos mueve a conmiseración, cuando entra en la boca de los padres del héroe para pedir su cadáver.

Esto es recuento apresurado de unas líneas *Más corridos*, digna continuación de una obra digna, que enriquece la literatura mexicana y nos proporciona un espectáculo sorprendente y de enorme calidad artística en los fantasmas airados o tiernos, enamorados o agresivos, que surgen al conjuro de la voz y la música del disco.



de un pueblo de gran riqueza expresiva que en cierto modo se realiza en esta experiencia revolucionaria, de la que sale humanamente fortalecido y culturalmente definido.

Para los especialistas de la cultura mexicana, la revolución es la cantera inextinguible en la que siempre se encuentran nuevas facetas de interés, nuevos puntos sobre los que detener la reflexión o desde los que partir a realizar provechosas investigaciones. En la revolución mexicana y en la novela, la música popular y el teatro, que en ella se inspiran, encontramos

con un contrapunto musical que tiene a dar idea de cómo fueron pensadas y cantadas estas letras populares.

Ya nos hicimos eco en estas mismas páginas de la aparición del primero de estos discos, en el que López Tarso recitaba, con el subrayado indispensable de un diestro mariachi, algunos de los corridos más populares de cuantos inspiró la tradición revolucionaria mexicana. Ahora es el momento de reflejar el segundo de estos discos que, bajo el título escueto de *Más corridos*, viene a continuar y a consolidar esta labor en gran medida ejemplar.

ESTAFETA BREVE DE LAS PROVINCIAS



CÁCERES

EXPOSICION DE PINTURA DE MARICRUZ ALBARRAN.—En el Salón de Arte de la Diputación Provincial se ha inaugurado la exposición de pinturas de Maricruz Albarrán Olea, pintora pacense, con poderosa vocación, que se formó en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, en la que adquirieron enseñanza la mayoría de los artistas extremeños.

La señorita Albarrán cuega 30 obras de variada temática: paisajes, bodegones, tipos representativos de Extremadura que llaman poderosamente la atención.

Digamos que preside la generalidad de su obra, de su interesante mensaje, la motivación extremeña en sus más diversos aspectos, desde las tierras hasta los curtidos trabajadores. La pintora ha sabido captar con fidelidad, y dando muestras de su acusada personalidad y exquisita sensibilidad en el manejo de los pinceles la auténtica

realidad extremeña. Su línea está en la tendencia clasicista.

EN VALENCIA DE ALCANTARA HA APARECIDO UN CUCHILLO IBERICO.—En la villa de Valencia de Alcántara, fronteriza con Portugal, ha aparecido un cuchillo del mayor interés. Trasladada la hoja a Madrid y examinada en el Instituto Central de Restauración y Conservación de Obras de Arte, ha sido estudiada y catalogada. Al parecer, se trata de un cuchillo afalcado de

tipología ibérica, si bien su fecha parece posterior.

El cuchillo apareció en el rico yacimiento de «El Espadañal», en el que ya se han hallado otros importantes objetos arqueológicos.

NUEVO LIBRO DE GRAN INTERES.—Ha salido a la luz pública el volumen *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, cuyo autor es el catedrático de la Universidad Central e ilustre investigador don Martín Almagro. El libro trata de los descubrimientos y aportaciones

hechos a la prehistoria en Valencia de Alcántara.

No podemos negar que constituye una verdadera lección sobre el tema, favoreciendo su fácil lectura la gran cantidad de dibujos y fotografías que se incluyen en él.

Entre los capítulos más importantes hay uno en el que se estudian las tres estelas de la edad del bronce de la villa valenciana.

Podemos anunciar que ya Valencia de Alcántara figura en una obra de categoría científica por los hallazgos importantes que se registran. Todo ello es debido a la eficiente labor de un grupo de investigadores de la localidad, y muy especialmente del delegado de Excavaciones Arqueológicas y conocido periodista Elías Diéguez Luengo,

Desde Las Palmas

ORLANDO HERNANDEZ, JOVEN AUTOR TEATRAL CANARIO

ANTONIO OJEDA RODRIGUEZ

Porque nuestra literatura, que se cultiva en todos sus géneros, es en su mayor parte desconocida en el resto de nuestra patria, a causa de nuestro aislamiento—palabra cuyo hondo significado halló Unamuno—, tuvimos la idea de traer a estas páginas, acogedoras de todo cuanto sea surgir o resurgir de nuestras letras, a un joven escritor canario, nacido en la que fuera villa episcopal de Agüimes; Orlando Hernández. Su obra, extensa, de gran valía y de posible y segura proyección nacional, no ha traspasado nuestras fronteras insulares, a pesar del cosmopolitismo que va tomando Gran Canaria, y, en general, todas las Afortunadas de los antiguos.

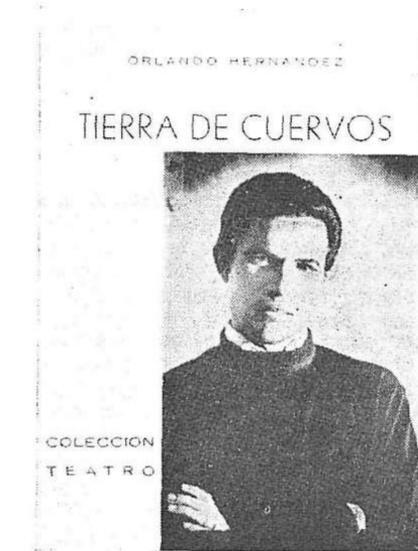
Orlando Hernández cultiva el teatro, la poesía, el periodismo...

—¿Qué género te seduce más?

—Indudablemente el teatro. A él pienso entregarme de lleno y con todas mis fuerzas. Pero la verdad que no sabría desligar la poesía, el humor y la crítica, porque al fin todos son imprescindibles para el cocktail que es el teatro, o, es decir, la sociedad.

La puesta en escena de sus obras en nuestro Teatro Pérez Galdós le ha costado improbos sacrificios, llevados con calma y paciencia dado su entusiasmo, su voluntad y, sobre todo, su gran vocación por el teatro, quienes han sido, junto con la gente sencilla, nos ha manifestado—colaborando como actores, o animándole como espectadores—los que le han ayudado a continuar en la brecha de las letras.

Posee un accésit de teatro concedido por Radio Las Palmas a su obra *Tierra de Cuervos*. En poesía obtuvo la *Flor Natural* de los I Juegos Florales de su villa natal. En periodismo ganó el pasado año el «Premio Benítez Inglott». Finalista, también el año pasado, del premio Pérez Galdós de Teatro, instituido por la Casa de Colón de nuestra capital. Todos son premios o consolaciones, de carácter provincial, con los que se pretende seguir animando a este joven autor teatral, que no lucha por los premios, porque éstos no son sino pequeñísimos estímulos,



ni escribe por el oropel de un nombre que le da fama y prestigio, sino que lo hace convencido de su firme vocación de escritor, y su meta, seguro no tardará en alcanzarla. Esto, no obstante, le preguntamos:

—¿Cómo ves el panorama isleño, literariamente, claro?

—Mucho ruido y pocas nueces. En la época ecuménica aquí han empezado a proliferar las «capillitas». No obstante, hay auténticos valores que, naturalmente, sobrepasan las infantiles quisquillas.

—Cuando el estreno de tu obra *La Escandalosa* se dijo que tu teatro podía compararse al de García Lorca y Valle-Inclán. ¿Realmente te sientes influido por algún autor?

—Empiezan por influirme los personajes a los que capto en la calle, y continúa influyéndome todo cuanto veo, todo cuanto leo. Si te refieres a preferencias, puedo decirte que me interesan los autores de vanguardia, y concretamente García Lorca, Valle-Inclán, Buero Vallejo y veo grandes posibilidades en Carlos Muñiz. Ello no quiere decir que no comprenda y respete lo que los clásicos universales fueron en su tiempo, Shakespeare y algu-

nas obras de ciertos autores de nuestro Siglo de Oro; ¡ah! y también me gustan Arrabal y la generación del 98.

No terminamos la entrevista con la última pregunta de rigor, la de «añadir algo más». Ese «algo» lo sabemos: su deseo, expresado más arriba, de dedicarse plenamente al teatro: al profesional y a escala nacional, y estamos seguros que hará todo lo posible por lograrlo.

Hasta la fecha ha publicado, en teatro, *Tierra de cuervos*, que «destaca como obra de perfiles hirientes y aristas cortantes de esquirlas de pedernal», como escribe Juan del Río Ayala al principio de la obra, a modo de prólogo. En poesía, *Claridad doliente*. Orlando Hernández cultiva, con bastante talento, el género costumbrista y ahí tenemos como prueba tangible su *Sancocho*, compuesto por tres papas, una batata, chesne con mojo y una pella de gofio, que suman seis capítulos. El se siente, diríamos orgulloso, de haber creado para el pueblo canario, un personaje que es ya como una institución en nuestra vida insular: *Pepito el Arabe*, sobre el que prepara una obra para llevarla a la imprenta. También ha publicado *La villa de Agüimes* y *Nuestra Señora del Sur*. Obras teatrales estrenadas, contando *Tierra de Cuervos*, todas de Pérez Galdós, son: *El barbero de Temisas*, de género costumbrista; Como en un sueño, *escenas bíblicas*; Y llovió en los Arbejales, *farsa tragicómica*; *La Escandalosa*, tragedia en la que intervino como protagonista la que fuera reina mundial del circo, *Pinito del Oro*, y últimamente *Fantasia* para tres, estrenada ésta en un local de un barrio de la capital.

De próximo estreno: *La ventana*, finalista del Pérez Galdós 1966; *Nuevo Nerón*, farsa en tres actos; *Los nuevos iluminados*, alegoría también en tres actos. En preparación tiene unos apuntes sobre la isla que titulará *Gran Canaria* y un ensayo: *Las terceras gafas*. Es colaborador asiduo de la prensa local, en la que diariamente ofrece a los lectores grancanarios unas bien trazadas pinceladas.

UNA OBRA DE ARQUEOLOGIA DE CARLOS CALLEJO.—El historiador cacerense Carlos Callejo Serrano ha publicado una nueva obra de arqueología titulada *Los bronceos romanos de Garciaz*.

El libro versa sobre las monedas romanas de bronce aparecidas en el pueblo alto extremeño de Garciaz allá por el año 1964, y que están depositadas en el Museo Provincial de Cáceres.

El libro de Callejo es un verdadero deleite para todos cuantos están interesados en los estudios arqueológicos.

En él se ocupa el conservador del Museo Provincial de la morfología, tipología, número de ejemplares, estado de conservación, clasificación, etc., de las monedas. Además se complementa con numerosas fotografías de gran belleza que realzan el trabajo.

Tal es, en síntesis, la actualidad artística y del orden de la investigación que brinda la Alta Extremadura y que este corresponsal ofrece a los lectores de LA ESTAFETA LITERARIA.

CONFERENCIAS.—En el salón de actos de la Diputación Provincial, y organizado por el Patronato del Centro Coordinador de Bibliotecas, ha tenido lugar una velada académica de singular importancia con motivo del «Día del Libro».

En el acto se entregaron los premios a la biblioteca de la episcopal ciudad de Coria, por ser la mejor de la provincia durante el año y al mejor encargado de bibliotecas, don Narciso Tejado García, que está al frente de la de Madroñera. La entrega de los premios la hizo el gobernador civil de la provincia, doctor Izarra Rodríguez.

Después, y previa presentación del catedrático de Literatura y director del Centro Coordinador de Bibliotecas, don Víctor Gerardo García del Camino, pronunció una conferencia don Luis Sánchez Granjel, sobre el tema «La generación literaria del 98».

La personalidad de Sánchez Granjel es bien conocida. Es catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Salamanca. Aparte de sus actividades docentes es investigador y fino escritor. En el campo de la

literatura ha llevado a cabo numerosos trabajos.

Sánchez Granjel, en su intervención, estuvo centrado en el estudio de las figuras de Azorín, Unamuno, Baroja y Maeztu, abordando con singular competencia su vida e influencias en las generaciones que les sucedieron. La conferencia de Sánchez Granjel vino a constituir un estudio serio, meditado y profundo.

* * *

En el Salón Noble del Ayuntamiento de esta ciudad se celebró la conferencia escenificada sobre «José María Pemán y su teatro». La conferencia y los comentarios fueron de Pemán, y en el acto a que nos referimos fueron leídos por Rafael Cores.

Se representaron diversas escenas de las obras de mayor importancia del gran autor gaditano. Recordamos las de *Cuando las Cortes de Cádiz*, *Julietta* y *Romeo*, *La Casa*, *Antígona* y *En las manos del hijo*.

En escena intervino un gran elenco de actores, primeras figuras de nuestro teatro, encabezadas por María Guerrero. Otros actores fueron Luis Zorita, Manolita Navarro y Alvaro Romero.

La conferencia escenificada constituyó un éxito artístico, contribuyendo a elevar el nivel de la ciudad.

* * *

En el Club Taurino de Cáceres, que preside el abogado don Miguel Serrano Gutiérrez, se ha organizado un ciclo de conferencias sobre asuntos taurinos como anticipo de la feria de Mayo.

Ocupó la tribuna con la conferencia inaugural el escritor Narciso Sánchez Morales, distinguido colaborador de LA ESTAFETA LITERARIA. Sánchez Morales, que se ocupó de *El toro y el mito*, fué seguido en su charla con gran interés por todos los asistentes al acto.—VGM.

CORDOBA

CICLO DE TEATRO DEL ABSURDO.—Organizado por el Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario, en colaboración con la Escuela de Arte Dramático de Córdoba y el Centro Superior de Humanidades «San Francisco de Borja», se ha desarrollado un importante ciclo sobre «Teatro del Absurdo», a través de diversas lecturas teatrales y conferencias de destacadas personalidades de la crítica teatral española.

Los conferenciantes han sido: Ricardo Domenech, que habló sobre «Teatro de Vanguardia», al iniciarse el ciclo, y Enrique Llovet, que lo hizo sobre «Necesidad del Teatro de Vanguardia», en el acto de clausura. Al finalizar estas conferencias, que fueron brillantes, hubo animados coloquios, en los que se discutieron aspectos distintos de este teatro vanguardista y de la problemática del teatro en general.

Las obras realizadas fueron: *Esperando a Godot* y *Happy Days*, de Samuel Beckett; *El rinoceronte* y *Las sillas*, de Eugene Ionesco; *Raíces*, de Arnold Wesker; *Los físicos*, de Friedrich Dürrenmatt; *El profesor Taranne e Intimidación*, de Arthur Adamov; *¿Quién está ahí?*, *El mueble* y *La inútil cortésia*, de Jean Tardieu, y *Oración*, de Fernando Arrabal.

Carta desde Tenerife

El Jardín Botánico de la Orotava

JUAN ANTONIO DE CACERES

Está en pleno Valle de la Orotava. Carlos III quiso, el 17 de agosto de 1788, que se fundara este Jardín en Tenerife, para aclimatar en él las semillas y plantas procedentes de América y Asia, ya que los anteriores intentos de aclimatar dichas plantas en los jardines de Aranjuez y de Madrid, por sus duros inviernos, habían fracasado.

Don Alonso de Nava y Grimón fué hasta su muerte el primer director de este lugar. El parque pertenece al término de El Puerto de la Cruz, principal ciudad turística de España. A lo largo de ciento setenta y ocho años se han ido coleccionando en el jardín toda clase de plantas, traídas por marinos y conquistadores españoles que fueron encontrando en tierras americanas durante sus frecuentes viajes.

He estado en el Jardín Botánico de la Orotava varias veces, y siempre encontré en él ambiente evocador al ver cómo en este clima benigno conviven árboles de uno y otro hemisferio y plantas de las cinco partes del mundo.

Para un botánico esto es el delirio; pero no es suyo todo el privilegio, también los que no lo somos nos estremecemos ante la magnificencia de estos ejemplares. Nos dan un catálogo al entrar. A nuestra izquierda, el primer ejemplar, 161 (capicúa), miro el catálogo: «Palmera del azúcar, de importancia económica en la India. De su sabia se obtiene un azúcar...»

Seguimos caminando con pírasis y lamentando el poco espacio de un artículo para expresar al lector una pequeña parte de tanto interés...

Son dos hectáreas de macizos, separados por senderillos muy cuidados donde se aprietan las especies mundiales. Hacia el centro damos con un estanque; en la rotonda está otro árbol; si antes fué el del Azúcar, este otro es el del Pan: «árbol tropical malayo. Su fruto grande se come asado o cocido». También está aquí el árbol de la Leche: América tropical. El látex de este árbol se semeja a la leche (pero nos advierten que no es más que una curiosidad).

Un guarda me entrega un fruto del suelo, ovalado, y tiene un solo pipo grueso y central; lo encontré insípido al principio, pero noté después en mi boca un suave sabor a rosas. Núm. 9, «Poma Rosa, abundante follaje, de flores vistosas y frutos color rosa, en los trópicos orientales preparan jaleas y dulces con ellos: madera muy fina...»

Se me acabaron las prisas y no acierto a resumirles este auténtico Paraíso Terrenal. Árboles y arbustos, co-

mestibles e industriales grupos de palmeras variadas y bellísimas. Creo reconocer los árboles donde se columpiaba nuestro Tarzán infantil. Las lianas las deduzco de sus raíces aéreas que vienen desde lo alto para terminar clavándose en la tierra, formando, junto al tronco, cabaña donde se puede un hombre guarecer.

También hay un invernadero con miles de plantas exóticas en macetas. Flores carnívoras, cactus, ficus y tantas otras variedades que lamentamos no poder describir. Ante una maceta de cuya tierra asoman tallo y cinco hojas, toco con mi dedo y veo sorprendido cómo la planta se arruga, encogiéndose sobre sí misma para defenderse de mi contacto: es la Sensitiva.

Se cultivan flores, orquídeas y plantas acuáticas. Lo dicho, un Paraíso. Sigo pensando mientras fuera del invernadero descanso entre la jungla.

Este Edén, como suele suceder siempre, no lo conocen muchos de los naturales y es una pena que sólo el extranjero se dé cuenta de su valor único. Sospecho, aunque no lo he visto todavía, que existe, ¡por qué no!, el árbol del Bien y del Mal. Niego la presencia de la serpiente traidora, y me gustaría vivir allí con la seguridad de echar de menos pocas cosas.

Siento la aguda protesta de los gansos—huevo no me faltarían ni carne tampoco—. Hay monos sujetos por cadenas y hasta un papagayo rojo y azul intenso que me dedica un numerito cuando me aproximo. ¡Qué falta! ¡Ah, sí, la mujer! ¡Pero no! Eva se me apareció en aquel Paraíso. Llegó por un sendero y la tenía cerca de mí. No había duda ninguna, yo estaba despierto y ella allí. Eva era de Suecia: alta, de cabellos rubios, piel encarnada y pecas en su nariz. No traía su hoja de parra, que había cambiado por unos pantaloncitos color rosa, blusa crema, todo muy ceñido. Tenía en su mano un catálogo y leyó en voz alta y musical mientras parecía mirarme: «Higuera Imperial o del Himalaya, Ficus Roxburghii».

Me volví para comprobar qué cosa admiraba mi Eva más que yo: núm. 8, «La Higuera». Árbol muy ornamental, con hojas grandes y coriáceas que produce en las ramas gruesas y en el tronco higos comestibles de color rojo y sabor a fresas». El ejemplar era hermoso, lo contemplé interesado y cuando quise volverme para dedicar a Eva nórdica la mejor de mis sonrisas, ella había desaparecido.

El desarrollo de estas obras estuvo a cargo de los actores alumnos de la Escuela de Arte Dramático, bajo la dirección del catedrático y poeta Miguel Salcedo Hierro, a excepción de *Esperando a Godot*, que fué realizada por los alumnos del Centro Superior de Humanidades.

HOMENAJE A CORDOBA. Bajo el título de «Homenaje a Córdoba» se ha celebrado un gran ciclo literario y plástico, organizado por la Obra Cultural del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Esta entidad, en insuperable línea de inquietudes culturales de todo tipo, ha querido realizar esta exaltación histórico-local programando para su análisis a figuras importantes de la intelectualidad española y cordobesa.

El orden sucesivo de las intervenciones fué el siguiente: «Pregón», por don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, director de la Real Academia de Córdoba; «La Córdoba romana», por don Antonio Blanco Freijeiro, catedrático de la Universidad de Sevilla; «La Córdoba musulmana», por don Manuel Ocaña Jiménez, de la Real Academia de Córdoba; «La Córdoba mozárabe», por fray Justo Pérez de Urbel, catedrático de la Universidad de Madrid; «Temas de estética

musulmana», por don José Camón Aznar, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid; «La lírica del duque de Rivas», por don Joaquín de Entrambasaguas, catedrático de Literatura de la Universidad de Madrid; «Artistas cordobeses del barroco», por don José Valverde Madrid, de la Real Academia de Córdoba y cronista de la ciudad; «Presencia de Córdoba en la obra cristianizadora de América», por don José María Ortiz Juárez, de la Real Academia de Córdoba; «Córdoba y el siglo XIX», por don Juan Gómez Crespo, de la Real Academia de Córdoba; «La judería de Córdoba», por don Benito Garzón, licenciado por la Universidad de la Sorbona y profesor de Judaísmo de la Comunidad Israelita de Madrid, con presentación e intervención del doctor Max Mazin, presidente de dicha comunidad; «En busca del hombre Góngora», por don Dámaso Alonso, catedrático de la Universidad de Madrid, y «Visión apasionada de Córdoba», por don Antonio Guzmán Reina, alcalde de la ciudad.

Estos actos resultaron extraordinariamente brillantes, viéndose el salón amplísimo del Monte de Piedad abarrotado de público en todo momento.

Paralelamente a este ciclo

de conferencias se celebró una magna exposición de pintura en la nueva sala de exposiciones de esta entidad, que agrupó obras de una selección de pintores nacionales y de unos cuantos cordobeses. Estos componentes de la muestra fueron: Mariano Aguayo, Francisco Aguilera Amate, Manuel Alcorbo, Francisco Arias, Manuel Aumentado, Manuel Baeza, José Beulas, Antonio Bardonny, José Duarte, Francisco Echauz, Tomás Egea, María Victoria de la Fuente, Concepción Hermsilla, Angel López-Obrero, Ricardo Macarrón, José Antonio Molina Sánchez, Antonio Ojeda, José Ojeda, Jesús de Perceval, Rita Rutkowski, Lola Valera, Guillermo Vargas Ruiz, Antonio Zarco y Francisco Zueras.

Sin duda alguna este «Homenaje a Córdoba» ha sido el acontecimiento ciudadano más importante de muchísimos años a esta parte.—FZ.

Guadalajara

TRES ACTOS LITERARIOS.—Tres festivales poéticos se han celebrado en Guadalajara en los últimos días de abril y primera decena de mayo. En las VI Justas Poéticas de la Juventud, celebradas en la capital, fueron

seleccionadas por el jurado seis poesías entre las presentadas, y en el salón de actos del Palacio Provincial, tras su lectura, se procedió al reparto de premios. Una a una fueron llegando las parejas juveniles, alumnos del Instituto Brianda de Mendoza, vistiendo ellas y ellos a la moda de la época Luis XV. Precedían a la reina de la fiesta, que entró en el salón del brazo del mantenedor, José María Alonso Gamo.

La reina hizo entrega de los premios e impuso la Abeja de Oro al joven poeta José Alberto García Durante, que obtuvo el primer premio, y al mantenedor.

* * *

El día 3 de mayo, en el Club Cultural de Albalate de Zorita, dió una conferencia el inspector de Enseñanza Primaria don Fidel Blanco Sevilla. Disertación docta y amena, en la que habló de la organización de la enseñanza desde los primeros tiempos de la creación. El poeta José Antonio Ochaita leyó dos poemas dedicados a Albalate.

* * *

En Almoquera, primer lugar de la cristiandad donde se celebró la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, por bula

del Papa Inocencio III el año 1216, se celebra desde hace cuatro años un acto religioso-poético, organizado por el grupo alcarreñista «Núcleo Pedro González de Mendoza». Este año fué dedicado a glosar las siete palabras de Jesús en la Cruz, con inicio de Juan Antonio Cabezas y sendos poemas en prosa y verso por Luis López Anglada, Carlos Murciano, José Antonio Ochaíta, José de Juan García, Federico Muelas, Julián Gil Montero, Francisco Garfias, Rafael Duyos y José Felipe González, con un resumen por Gines de Albareda, en la iglesia parroquial.

JGM

HUESCA

Este año la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, organizadora, a través de Radio Huesca, de la Fiesta de la Poesía, ha querido que su IV edición se celebrara en Barbastro, haciéndola coincidir, precisamente, con la inauguración de la restauración del palacio de los hermanos Argensola, y como dijo su director general, señor Sancho Dronda: «La Caja de Ahorros ha cumplido su promesa de restaurarla, para convertirla en la Casa de la Cultura. El hecho de que se haya patrocinado una obra de esta naturaleza puede parecer algo extraño, pero sabido es que la entidad no reduce su obra al mundo del dinero y la economía. Nunca estuvo al margen de las empresas espirituales.»

El reconocimiento de Barbastro queda reflejado en las palabras que pronunció el prelado de la diócesis, doctor don Jaime Flores, momentos después de la ceremonia de su bendición: «El palacio quedará ahora como un blasón y un valioso recuerdo de aquellos gloriosos poetas, hijos de Barbastro que llevaron el triunfo de la poesía aragonesa a toda España.» Y las frases de gratitud del alcalde, señor Fernández Vega.

Magnífico preámbulo de los actos organizados para celebrar la IV Fiesta de la Poesía, que tuvo por marco el teatro Argensola, adornado como si celebrara su mejor gala. Fué reina de la fiesta la señorita Maruja Paz Ferraz, e integraban su corte de honor señoritas de los distintos partidos judiciales del Alto Aragón. Actuó como mantenedor el doctor don José María Castro Calvo, catedrático de la Universidad de Barcelona, académico correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, miembro del Colegio de Aragón, conferenciante, escritor, etc., quien hizo un brillante estudio biográfico e histórico de los Argerisola, su época, y Aragón, al citar la agudeza de Marcial, la santidad de Arbués, la prudencia de Gracián, la sagacidad de Azara, el arte de Goya, la erudición de Lastanosa, el tesón de Ramiro el Monje, la pedagogía de Calasanz y el arte militar de Palafox. Sin olvidar a Zurita y Costa. «Y todo esto, que es espíritu, que es raza —dijo— lo lleva en el alma todo aragonés. Esta es la poesía y esta es la verdad que saltan de las páginas doradas de los Leonardos.»

Actuó la Coral de Sant Jordi, del «Círculo Artístico de Sant Lluç», de Barcelona, que es miembro fundador de

la «Federación Europea de Jóvenes Corales», con más de 650 audiciones entre España y diversos países europeos. Bajo la dirección de su fundador, señor Oriol Martorell, interpretó, maravillosamente, madrigales amorosos del siglo XVI y canciones tradicionales populares.

La relación de los galardonados figura en la sección «Deben (de) haber cobrado».

La fiesta de la poesía osense tiene ya arraigo y prestigio por su brillante desarrollo, en la que han medido sus fuerzas los mejores poetas hispanos para cantar la belleza de este Alto Aragón incomparable.

FFG

LEÓN

POESIA EN EL BIERZO. Al Instituto de Estudios Bercianos, cuya sede está en

Ponferrada, corresponde el mérito de la fiesta de la poesía en el Bierzo, que se pretende celebrar con carácter fijo y anual. El lugar para ello se irá escogiendo sucesivamente entre los diferentes puntos monumentales o paisajísticos de la comarca. Ahora acaba de celebrarse en la histórica villa de Corullón con un éxito realmente prometedor. Fué el domingo 23 de abril, y los actos comenzaron con la misa en la románica iglesia de San Esteban. Después hubo un recital poético en el llamado Mirador del Bierzo, que es un paraje de gran belleza panorámica. Abrió el acto don Manuel Lozano Fuego, catedrático de Literatura en el Instituto Gil y Carrasco, y leyeron poemas originales Francisco González, Luis Regales, Ignacio Fidalgo, Gilberto Ursino y Antonio Pereira. Este último leyó, además, un poema de Victoriano Crémer, cuya presencia estaba anunciada, pero que no llegó a

tiempo. Hubo como final un emotivo recuerdo para los poetas bercianos de otros tiempos, y don José Pereira recitó un poema de Acacio Cáceres, autor del siglo pasado que dejó un sentido libro sobre las bellezas de la región.

Terminado el acto, el Ayuntamiento de Corullón ofreció en plena campaña un espléndido refrigerio a los invitados y a todos los forasteros que habían acudido a la poética cita.

PREMIOS LEONESES PARA ESCRITORES Y POETAS.—Acaso en ningún otro momento, que nosotros recordemos, haya existido una mayor abundancia de oportunidades leonesas para estímulo de los hombres—y mujeres, no faltaba más—cultivadores de las letras. Hay un «Premio León» para novela, que patrocina el diario *Proa*, y un certamen para poesía y cuentos en la villa de Sahagún. Y como convo-

catorias más recientemente anunciadas (y que por ello ofrecen un mayor margen de tiempo a los interesados que lean estas líneas), el premio de novela corta para el Día de las Comarcas que organiza la Diputación Provincial; las Justas Poéticas del Ayuntamiento de León; el pimiento de oro para artículos o reportajes sobre el Bierzo, que tiene instituido el Ayuntamiento de Ponferrada, y el concurso de cuentos—con una serie de premios—establecido por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León.

Los organismos citados enviarán con gusto, a quienes lo soliciten, las bases de sus llamadas respectivas.

ANTONIO REQUENI, POETA ARGENTINO.—El Casino presentó en su prestigiada tribuna al poeta bonaerense Antonio Requeni. Hizo éste una interesante reseña sobre la poesía de aquel país hermano, ilustrándola

Carta del Señorío de Molina

EL PEDREGAL tiene sus cosas

JOSE SANZ Y DIAZ

El Pedregal es un pueblo del antiguo y noble señorío molinés que dió en tiempos nombre a una Sexmas en que se dividía el territorio independiente. Está enclavado en el itinerario número XIII de la carretera general de Madrid a Tarragona, a unos treinta kilómetros de Molina de Aragón, alzándose el lugarón actual—tiene unos 365 habitantes—cerca de las ruinas arqueológicas de una población remota muy interesante.

Confina este apuntamiento con los términos de Setiles, El Pobo de Dueñas, Teros y Tordesilos, y yo lo visité durante la pasada campaña. Parece ser que fué construído en 1752, sobre terrenos poco productivos y desiertos en 1740, de lo cual quedan testimonios documentales. Está en los límites de la provincia de Guadalajara con la de Teruel y tiene una sencilla iglesia parroquial dedicada al apóstol San Pedro, patrono del pueblo. El terreno, como su nombre indica, es pedregoso y muy quebrado, pobre para la agricultura y con algunas condiciones para su explotación forestal y pecuaria, sobre todo en el ramo de ganado lanar y cabrio. En sus ásperos montes se darían bien las sabinas, los chaparros y todas las especies del roble, especialmente la carrasca. Abunda la caza menor de liebres, conejos y perdices, incluso zorras y fuinas.

El Pedregal es uno de tantos pueblos españoles sin historia moderna, salvo algunas correrías bélicas de las guerras de la Independencia y carlistas, registradas por historiadores molineses como don Anselmo Arenas. Sus vecinos son gente honrada y muy trabajadora, que a fuerza de laborear tesoneramente han hecho producir a un terreno poco apropiado para el cultivo de cereales—aparte de los granos, recolectan algo de azafrán y de hortalizas—y, ayudándose con sus ganados y montes, han visto aumentar los habitantes del pueblo de una manera notable, pues en 1785 sólo tenía sesenta y dos personas y hoy anda cerca de las cuatrocientas, constituyendo un municipio sano que se basta a sí mismo.

En sus inmediaciones, como hemos insinuado al principio, hubo poblaciones prehistóricas de interés, especialmente en los sitios denominados «Hostal de las Mañas» y «La Jaquesa», pues en 1882 le daba cuenta el culto párroco de El Pedregal, don Ramón Malo, descendiente de ilustre familia molinesa, al correspondiente de la Real Academia de la Historia, y también sacerdote, don Ramón Andrés de la Pastora de que a unos dos kilómetros del pueblo, y en los sitios indicados, se habían hallado, por un labrador, varios objetos antiguos, entre ellos una saeta de hierro, tres acicates, una especie de dedal de bronce (esto en el «Hostal») y una lápida de figura irregular, esculpida con caracteres extraños. El académico correspondiente mandó la lápida a la docta corporación, junto con otro grabado, fragmento de piedra hallado sobre un sepulcro en «La Jaquesa», que, además de los restos pulverizados de un cadáver, contenía dos pequeñas esferas, una como de vidrio y otra de metal.

El señor Andrés de la Pastora se personó en El Pedregal, hizo algunas excavaciones y escribió el informe siguiente, de gran interés para la arqueología molinesa: «Continuada la excavación a la profundidad de unos setenta centímetros apareció un gran enterramiento, cuyas

osamentas parecían acusar mucha antigüedad. Los cadáveres yacían con la cabeza mirando a Oriente, los brazos extendidos en toda su longitud pegados a los costados, rodeados de unas pequeñas losas, entre las cuales y los huesos de los esqueletos aparecieron gran porción de clavos, que parecían indicar haber estado como hundidos en las partes blandas y carnosas del sepultado, por cuanto algunos, redoblados por ambas partes en forma de asa, fueron extraídos de la parte que correspondía al vientre, otro hacia las orejas y cuello. Y lo más singular y pasmoso de todo es que en este enterramiento pavoroso aparecen en su mayor parte los cráneos penetrados perpendicularmente por un más largo clavo que, vivo o muerto el allí sepultado, debió atravesarle toda la masa cerebral.

Sin duda que estos cadáveres fueron sepultados con sus ropas, vestiduras y adornos usuales, puesto que sobre uno de ellos se hallaron las dos lindas hebillas mayores que se acompañan y un anillo, todo de metal, en buen estado de conservación, y algunos con dibujos de relieve que parecen indicar gusto de una sociedad bastante adelantada. Otras dos anillas también aparecieron en otra sepultura, pero que por su mayor delicadeza no pudieron resistir la acción del tiempo y se deshicieron al intentar extraerlas de las falanges que algún día adornaron.

En otra sepultura de reducidas dimensiones fueron halladas dos vasijas de arcilla de figuras distintas: una, de ancha base y cuello, prolongado en toda su integridad; la otra se fracturó en menudos pedazos al extraerla. Debía afectar figura más abierta y ancha.

En medio de este vasto cementerio, del cual sólo una pequeña parte me fué dado reconocer, llamó mi atención una singular sepultura de mayores proporciones que las demás, en la cual se notaron mezclados y confundidos osamentas de tres o más cadáveres completamente dislocados y en informe aglomeración. Sus cráneos, en número de tres, se hallaron boca abajo y con su correspondiente clavo cada uno, como los descubiertos anteriormente, pero separados de los troncos más de cincuenta centímetros, como si esto quisiera indicar si tal vez estos esqueletos hubieran sido arrojados a una fosa común después de transportados de otra parte.»

Todo ello fué presentado a la Real Academia de la Historia e ignoramos la suerte que pudieron correr, así como el dictamen oficial de la docta corporación. Esta clase de antiguos enterramientos, común en el territorio molinés, debió practicarse como rito, ley, ceremonia o costumbre de la comarca, habitada en épocas remotas por gentes de un origen común. ¿Cuáles fueron estos habitantes? El seguntino Andrés de la Pastora ni lo sospecha y deja clavados en el aire los dos arponcillos de las interrogantes. Si en los pueblos del antiguo señorío de Molina se dice todavía, como maldición, «clavado te veas como judío difunto», pudiéramos pensar lógicamente que estas necrópolis de El Pedregal pertenecieron a un remoto osario de hebreos.

Tal es la historia de un pueblo molinés laborioso, terco y honrado, descendiente de los bravos lusones, que en realidad no la tiene con su denominación actual.

con la lectura de poemas ejemplares y significativos de cada tendencia. El profesor Fornes se encargó de presentar al conferenciante y expuso la propia obra poética de Antonio Requeni, recogida en varios volúmenes, el último de los cuales es el titulado *Manifestación de bienes*, editado en Buenos Aires por la Editorial Losada.

LA ORQUESTA DE CÁMARA Y LOS ODO ALONSO.—Odón Alonso (padre) es figura señera de la música leonesa y director titular de nuestra Orquesta de Cámara, que ahora inicia el quinto año de su existencia. Odón Alonso (hijo) es el actual regidor de la Filarmónica de Madrid, pero también ostenta—y nos consta que con noble orgullo—el título de director honorífico de la agrupación leonesa.

Ambos artistas ilustres, que bajo idéntico nombre y apellido significan una gloria para León, han querido que el público de nuestra capital y de la vecina ciudad de La Bañeza pudieran disfrutar de unos conciertos memorables, fruto de la abnegada dedicación de quienes forman en la Orquesta de Cámara como artistas o como patroneadores entusiastas.—AP.

MELILLA

RECITAL DE MUSICA DE CAMARA POR EL NOVAK QUARTETT, DE PRAGA.—Este excelente cuarteto ha venido a Melilla nuevamente con ocasión de su última gira por España y resto de Europa. Continúan componiéndole Antonin Novak, primer violín; Dusan Pandula, segundo violín; Josef Podulk, viola, y Jaroslav Chovanec, cello. El concierto, organizado por «Amigos de la Música», se celebró a finales de abril en los salones de la Cámara de Comercio.

CONFERENCIA DE VICENTE RAMOS.—El escritor, ex profesor y director en la actualidad de la Biblioteca «Gabriel Miró», de Alicante, pronunció, en el sábado que precedió al día de la Fiesta del Libro y en el salón de gala del Ayuntamiento, una interesante conferencia, organizada por la Biblioteca Pública Municipal, bajo el tema *La tierra y su expresión literaria (Alicante y sus escritores: Miguel Hernández Azorín y Gabriel Miró)*.

La conferencia tuvo carácter conmemorativo, estuvo presidida por las autoridades y fué precedida por un reparto de libros a los lectores más asiduos de la Biblioteca Pública Municipal.—LR.

MURCIA

HOMENAJE A «AZORIN».—Durante el mes de abril se han venido celebrando en Murcia conferencias y lecturas sobre la figura y la obra de José Martínez Ruiz «Azorín», como homenaje al gran escritor recientemente fallecido.

En esta serie de conferencias cabe destacar la pronunciada por el eminente crítico literario don Dámaso Santos en el Club de Prensa, y a la que asistieron relevantes personalidades de la vida cultural murciana.

Don Dámaso Santos hizo un breve estudio sobre la personalidad de «Azorín», como genuino representante de los escritores del noventa y ocho, concluyendo con la lectura de unos párrafos de *La voluntad*.

También ofrece un interés particular, dentro de esta serie de homenajes que Murcia rinde a «Azorín» la visita efectuada a Monóvar por los estudiantes de Literatura española de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, al frente del catedrático don Manuel Muñoz Cortés, para conocer detalladamente la pequeña patria del escritor.

AMIGOS DE LA MUSICA.—Se ha constituido en Murcia la agrupación «Amigos de la Música», cuyo fin primordial es «proyectar» popularmente las obras más importantes de la historia de la música.

Desgraciadamente no existe en Murcia una gran inquietud musical, como ocurre en otros lugares de España; sin embargo, hay actualmente un empeño por conseguir despertar esa inquietud a través de conciertos, conferencias y recabando de las entidades públicas la ayuda y la colaboración para poder llevar a cabo estos interesantes proyectos.

Los «Amigos de la Música» esperan montar en breve un pequeño «festival» de ópera, primer proyecto de esta «recién nacida» sociedad.

DPLA

PALENCIA

GRUPO PALENCIA DE TEATRO.—Con un éxito francamente extraordinario, se están celebrando en Palencia, organizados por el Grupo Palencia de Teatro, que dirige Antonio Hermoso Junco, una serie de actos, todos ellos altamente sugestivos y atrayentes. Relevantes figuras y grupos teatrales se están dando cita en Palencia para, dentro de este ciclo, ofrecer representaciones, conferencias, coloquios, etc., que el público palentino sigue con gran interés. El formidable Salón de Actos de la Casa de la Cultura presenta cada día un magnífico aspecto, abarrotado totalmente de público en todos los actos que se han celebrado.

El día 31 de marzo dió comienzo el ciclo con el estreno en España de *La noche y el día*, de Comerón. El Grupo Palencia realizó una gran labor, que fué muy celebrada por el público asistente, que supo valorar el esfuerzo y premiar el entusiasmo de director y actores. *La noche y el día* obtuvo en 1963 el premio «Palencia», y posteriormente, el «Ciudad de Barcelona».

El 14 de abril, *Pequeño teatro*, recital dramático por Rosita Yarza y Jose María Seoane; el 18, *Recuerdos y memorias*, conferencia por Mary Carrillo; el 22 se estrenó *La curva*, de Dorst, por el Grupo de Teatro Ateneo de Santander; el 28, coloquio sobre *Teatro y televisión*, por Narciso Ibáñez Serrador. Hasta aquí, los actos ya celebrados. Para el 3 de mayo se espera la visita del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo, que pondrá en escena, en el teatro Principal, la obra de Gogol *Diario de un loco*. El día 6 del mismo mes, Antonio Guirau Sena

hablará sobre *Arrabal, teatro, pánico... y telón*. El día 19, en el teatro Principal, se volverá a ofrecer, a petición del público, *La noche y el día*, de Comerón, y unas fechas más tarde será estrenada, por el Grupo Palencia, la obra *Frio en las manos*, de Andrés Quintanilla.

Se hace necesario resaltar el entusiasmo y la competencia con que el fundador y director del Grupo Palencia, Antonio Hermoso Junco, organiza todos estos actos, que son patrocinados por la Subdirección de Cultura Popular del Ministerio de Información y Turismo. El esfuerzo que desde hace años viene desarrollando Hermoso Junco, en todo tipo de actos culturales, se ve premiado ahora con el reconocimiento unánime de todos los palentinos.

CASA DE LA CULTURA.—Aunque aún no inaugurada oficialmente, es necesario informar a los lectores de LA ESTAFETA LITERARIA de la ya viva presencia de la Casa de la Cultura palentina. Tanto el salón de actos—formidablemente concebido y realizado—como la biblioteca y el resto de las instalaciones—prácticas y modernas—son un modelo en su género. La Casa de la Cultura viene a llenar un hueco muy visible desde hace tiempo, mucho más teniendo en cuenta la gran cantidad de manifestaciones artísticas, de toda índole, que se desarrollan en Palencia. Saludamos con verdadero alborozo esta realidad de la Casa de la Cultura, a la que nos permitimos augurar, sin temor a equivocarnos, una vida repleta de actividad y de éxito, de todo lo cual daremos cumplida cuenta en estas mismas páginas.—AQB.

SEGOVIA

HOMENAJE A FERNANDEZ COCERO.—La concesión del premio «Sésamo» de cuentos a Pedro Emilio Fernández Cocero ha llenado de alegría a los numerosos amigos con que éste cuenta en Segovia. La Prensa y la radio locales destacaron la noticia y la comentaron ampliamente, y días después, un grupo de amigos le ofreció una cena de homenaje que tuvo lugar en el mesón típico «El Abuelo».

Este acto transcurrió en un clima de cordialidad verdaderamente entrañable. A los postres se le ofreció como recuerdo una cerámica de Zuloaga, firmada al dorso por todos los concurrentes. Finalmente, el homenajeado habló brevemente. Dijo que le había impresionado más la prueba de amistad de los presentes que la concesión del premio, y añadió que si los concurrentes al acto se sentían unidos por un mismo interés hacia el arte y la cultura, ello deberíamos considerarlo no como una exquisitez que nos separaba del mundo, sino como un compromiso a favor de los demás.

Sus palabras, pronunciadas con cierta gravedad emocionada, fueron muy aplaudidas.

CLAUSURA DEL CICLO AULAS 67.—En el salón de la Caja de Ahorros ha tenido lugar el último de los actos del ciclo cultural «Aulas 67», consistente en un recital del guitarrista Manuel Cano. La facilidad y la inspiración de este artista bri-

llaron en su interpretación de los diversos aires folclóricos, algunos de ellos según arreglo del propio Cano, que integraban el programa.

La sesión anterior de este ciclo estuvo dedicada a la presentación en nuestra ciudad del tenor Tony de Soto, que consiguió asimismo un gran triunfo.

EXPOSICIONES.—Después de clausurar la muestra de grabados de «Estampa popular», la Casa del Siglo XV presenta una exposición de pinturas y tapices del artista catalán Grau Garriga. De su obra ha dicho el marqués de Lozoya: «Los segovianos podrán admirar en la exposición que su buena fortuna ha puesto hoy ante sus ojos en un bello ambiente, sabios equilibrios de masas y exquisitas armonías de color expresadas por un artista que sabe obtener de cada procedimiento sus máximas posibilidades.»

RB

SORIA

CHARLAS SOBRE TOROS.—No importa que apenas haya corridas de toros en el coso de Soria. La raigambre totémica de la antigüedad tiene en esta tierra celtibérica brotes pujantes que mantienen la afición.

Hubo exposición de fotografías sobre temas taurinos de Núñez Larrad como prólogo a la conferencia del doctor Martín Fornés, magnífica pieza literaria de relieve taurino sin igual.

A ésta siguió la de Benjamín Bentura Remacha y la de Fernando Perdiguero. Sobradamente conocidos ambos conferenciantes, no es necesario indicar que su paso por la ciudad no se olvida.

A este respecto hay que poner de relieve las ventajas que ofrecen las ciudades pequeñas no sólo para el aparcamiento de vehículos, sino para ambientar las conferencias, promovidas éstas por la Peña Taurina. Cada uno de los oyentes es un fiel propagandista de lo que oyó, llegando de este modo la influencia del orador a todos los rincones de la urbe pequeña...

EXPOSICIONES.—De variada temática fué la exposición de fotografías ofrecida por la iniciativa de la Sociedad Alto Duero en los salones de la Casa de la Cultura, de trabajos realizados por artistas portugueses.

Cincuenta y ocho obras, una magnífica colección, acertada en su selección con predominio marinero, siempre tan a su alcance y tan centrado en su vocación.

Técnica de laboratorio depurada y perfecta: buenos paisajes, calles con sombras y elementos.

Todo ello presentado bajo un símbolo común: el río Duero, con su nacimiento en los serrijones del Urbión, llevando hasta el fin de su curso en las ubérrimas tierras de Oporto una lección de vida y esperanza en su largo camino, con promesas y con obras de fecundidad.

OTRA EXPOSICION.—La de premio Negtor de Fotografía 1966.

Se halla instalada en el Salón Blanco de la Diputación.

Obras de artistas de todos los puntos de España. Hasta

de Mahón, llegando a un total de 196.

Todo lo que en el silencio de un trabajo ofreció a la mente la intuición de un artista tiene aquí su representación.

Que puede ser, como la anterior, por la fuerza de voluntad de un grupo joven, casi unos muchachos, que se constituyeron en sociedad para estimular la vocación hacia la fotografía, para que ésta recoja monumentos, paisajes y momentos que sólo son una vez, especialmente estos últimos, y que merecen pervivencia, recogidos fielmente por el objetivo.

CM

TERUEL

TORICO... ¡SI!—El símbolo de la Ciudad de los Amantes está siendo motivo desde hace unas semanas de una polémica encuesta lanzada por la emisora local bajo el lema «Torico, sí; torico, no», y que ha llevado más allá de las ondas el eco de esta iniciativa, ya que de toda la nación van llegando a las redacciones de Radio Teruel y el diario *Lucha* trabajos alusivos al tema, bien en forma de cartas al director, de cuentos o simples trabajos periodísticos de las más variadas plumas y esferas ciudadanas que guiadas de una pura expresión popular dan al tema una hondura insospechada para nosotros los indígenas, que a su sombra dejamos discutir nuestro quehacer cotidiano.

La Prensa nacional también ha recogido la noticia por su nota pintoresca.

El torico terulense, a la par que los Amantes, «está dando que hablar» en toda España, y en ello nos confirma el sentir del mismo pueblo terulense; nuestro toro está muy bien puesto sobre su pedestal, y es deseo de todos siga presidiendo la vida ciudadana de esta población a pesar de que ciertos aires extraños sugerían era poco toro ese «torico». Un símbolo tan arraigado en el alma de un pueblo es muy difícil borrarlo por el simple peso de la opinión de un sector que llevado más o menos de una idea estética modernizante vean una actualización de nuestro viejo mito.

El toro, toro, lo quiere la ciudad para, en los días de las fiestas del Ángel, probar el arrojo de sus hijos en ese fascinante encuentro con la bestia que es la Vaquilla del Ángel, típico festejo de Teruel celebrado en el mes de julio.

TEATRO JUVENIL.—Se ha celebrado en nuestra ciudad la fase de sector del IV Certamen Nacional Juvenil de Teatro, constituyendo un rotundo éxito artístico y de público. Las calificaciones del jurado dieron por resultado el primer premio al grupo de teatro de la OJE de Teruel, con la *Zapatera prodigiosa*, de G. Lorca. Segundo, al grupo de teatro de cámara y ensayo del Colegio Menor de Juventudes Alonso de Ojeda, de Cuenca, con *El grillo*, de Carlos Muñiz. Tercero, grupo de teatro del Colegio Menor de Juventudes Baltasar Gracián, de Zaragoza, con *La primera aventura de Don Quijote*, de David Valjalo.

CONFERENCIA SOBRE JOAQUIN SOROLLA.—En el salón de actos de la Casa de la Cultura pronunció una conferencia el profesor don

Clausura de la FERIA DEL LIBRO SEVILLANA

JOSE FELIX NAVARRO

Durante ocho días la Feria del Libro —éxito sin precedentes—, absorbió el interés de todos los estamentos sociales de la ciudad de la Giralda. Podemos afirmar, sin hipérbole, que toda Sevilla —la intelectual y la curiosa—, ha desfilado por la Plaza Nueva para enfrentarse más directamente que nunca con su amigo el libro.

Y a fin de que el contacto entre lector y libro poseyera un matiz aún más humano, el día de la clausura veinticuatro escritores andaluces firmaron sus obras en los distintos «stands» a quienes iban a comprarlas. No cabe duda, en principio, que el contacto directo escritor-lector siempre fué acertado, pero mucho más en esta ocasión, cuando el público sabía de antemano que la gente de pluma que iba a conocer era de su misma región. Y no cabe duda, tampoco, de que la curiosidad mutua debió ser un poderoso estímulo para la concurrencia de firmantes —gentilmente invitados— y compradores.

Relacionemos a todos y cada uno de los primeros, por orden alfabético de apellidos: Francisco Aguilar Piñal, Manuel Barrios, Jesús de las Cuevas, Manuel Carrasco, Ramón Charlo, Guillermo Díaz-Plaja, María Reyes Fuentes, Manuel Ferrand, Alfonso Grosso Ramos, Alfonso Grosso Sánchez, Matilde García Corona, Alberto García Ulecia, Miguel García Posada, Manuel Halcón, Federico López Pereira, Santiago Montoto, Domingo Manfredi, Antonio Murciano, Manuel Mantero, José Luis Ortiz de Lanzagorta, Julio M. de la Rosa, Onofre Rojano, José Sánchez Romero y Ramón Torres Martín. Cuéntense, y si están los veinticuatro, no falta ninguno de los que asistieron, aunque si faltan, pese a haber sido convocados, los que no estuvieron, como por ejemplo José María Pemán, Joaquín Romero Murube, Nicolás Fontanillas, Rafael Laffón o Juan Sierra.

La mañana, como ya había sucedido el día de la inauguración, apareció

con feo cariz. Y ni que decir tiene que poco después del mediodía, las nubes, plumizas y abundantes, se encargaron de disgregar a la grey plumifera y al público en general, con la insistencia de sus chaparrones.

Pero a iniciativa del presidente del Ateneo, señor López Lozano, que asimismo dirige la edición andaluza de ABC, los veinticuatro escritores se reunieron poco más tarde en un fraterno yantar, entre las húmedas frondas del parque de María Luisa y al cobijo de un confortable restaurante.

La ocasión fué solemne, cordial, amigable y a la vez insólita, porque, si no recordamos mal, tal reunión de escritores andaluces no tiene más precedente que aquella otra reunión literaria de 1927, también convocada por el Ateneo.

Presidió el ágape el señor López Lozano, que sentó a su derecha al director del Instituto Nacional del Libro, señor Díaz-Plaja, y a su izquierda al delegado provincial de Información y Turismo, señor Rodríguez Ayuso, amén de varios directivos de la Docta Casa, algunos invitados y los escritores de referencia.

Como era de rigor, a los postres hicieron uso de la palabra, en breves y enjundiosos discursos, López Lozano, Manolo Mantero, Manuel Halcón, Díaz-Plaja y Rodríguez Ayuso. El presidente del Ateneo habló de aquella lejana reunión de hace cuarenta años a la que asistieron, entre otros, García Lorca, Alberti, Dámaso Alonso y Bergamín. Hizo historia de aquel viejo tiempo, rememoró las dichas y desdichas del Ateneo de aquellos años, y finalizó anunciando la creación de una distinción para el escritor de Sevilla que más venda en la Feria del Libro: el «Platero» de plata, es decir, un burrillo que recordase a Juan Ramón.

Mantero, por los jóvenes escritores, y Halcón, por los menos jóvenes, agradecieron, respectivamente y en acertadas frases, la atención que se dis-

pensaba por el Ateneo a los escritores andaluces.

A su vez, Díaz-Plaja se congratuló tanto del éxito de la feria como de la infrecuente reunión a la que asistía en aquellos momentos y agradeció a todos su concurso para el éxito alcanzado, no sin hacer mención de su ascendencia andaluza que le hacía sentirse «en su casa»; finalizó Rodríguez Ayuso afirmando que no le parecía demasiado sorprendente aquel ágape de escritores en torno a una misma mesa, porque si tan extraña cosa podía suceder en algún lugar, no cabía duda de que el mismo había de ser Sevilla de la que ya poseía el suficiente conocimiento como para haberse percatado de su sensibilidad.

Por la noche remató felizmente la clausura de la feria con una cena, presidida por el alcalde de la ciudad, señor Moreno de la Cova, a quien acompañaban, además de los señores Díaz-Plaja, Rodríguez Ayuso, López Lozano y autoridades y escritores, don Pascual Lázaro, como presidente del gremio de Libreros de Sevilla, y don José Luis Guerrero, en representación de los editores españoles que exhibieron sus libros.

Al acto, multitudinario, asistieron cerca de trescientas personas, entre las que se encontraban escritores, editores, distribuidores, libreros, empleados y participantes, en general, de la Feria.

Finalizada la cena hablaron el correspondiente de la Real Academia Española, don Santiago Montoto, para agradecer en nombre de los editores y libreros de Sevilla la colaboración recibida para haber hecho posible el éxito de la Feria; el alcalde de la ciudad, que aceptó la sugerencia de Montoto, para la creación de una Orden del Libro —que por medio del señor Díaz-Plaja elevaba al ministro—, así como la creación —y ello ya por el ayuntamiento hispalense— de la «Medalla del Libro». Finalmente, Díaz-Plaja, con galanura de lenguaje, agradeció a todos el feliz resultado de la importante muestra sevillana.

José Martínez Ortiz, doctor en Historia y archivero del Ayuntamiento de Valencia, a propósito del momento actual ante el anunciado cierre del Museo Sorolla de Madrid. La disertación, documentada, fué ilustrada con maravillosas diapositivas en color y muy bien acogida por el numeroso público que llenaba el salón. El conferenciante nos recordó la ascendencia turo-lense del genial pintor, ya que su padre era hijo de esta provincia.

FIESTA POETICA. — Fué celebrada por los alumnos de Magisterio como inicio de la primavera con un acto académico de poesía viva, dirigido por la profesora de Literatura doña María Lozano, con la colaboración del padre Ciordia, sacerdote paúl; Gregorio A., poeta local, y don José Antonio Labordeta, profesor del Instituto de Enseñanza Media.

NUEVOS TELECLUBS. — Cinco teleclubs han sido constituidos recientemente, a los que hizo entrega el delegado

del Ministerio de Información y Turismo de sus correspondientes aparatos de televisión, en acto celebrado en el Gobierno Civil ante las principales autoridades provinciales. Son éstos los de La Zoma, Belmonte de Mezquín, Torrelacárcel, Villafranca del Campo y barriada del personal de Obras Públicas de Calamocha. El gobernador civil hizo resaltar que la provincia de Teruel tuvo el primer teleclub de España en el pueblo de Ojos Negros.

APG

TOLEDO

CONFERENCIAS. — En la Casa de la Cultura habló sobre el Greco el profesor González Ruiz. Esta conferencia fué pronunciada dentro del ciclo *Conversaciones en torno a Toledo*. Aparte de los ya conocidos y repetidos tópicos de «sueño», «quimera», «fantasmas» y otros siempre interesantes, sin embargo, pa-

ra el estudio de este pintor, Felipe González Ruiz dijo cosas de gran categoría literaria. Aseguró que el Greco, más que místico, era un pintor teológico hasta en sus paisajes y retratos. Y manifestó su deseo de que se cuidase Toledo y se procure mantenerlo tal como es, aunque yo opino que debería mejorarse en algunos aspectos, ya que nosotros sí vivimos en él, o en ella.

Como pregonero de la Semana Santa hemos tenido aquí a Conrado Blanco. Conviene destacar que ha sido de los pocos visitantes que nos han dicho visiones nuevas. Ya íbamos cansándonos de oír hablar de calles estrechas, angostas, zigzagueantes; de recorridos procesionales. Conrado Blanco le ha dado a toda su conferencia una proyección amplia, universalizando a la ciudad como corresponde a su pasado y a su futuro. Se ve que Toledo le ha tocado mucho más cerca del corazón. Ha ido allí, donde las palabras solas no son capaces de llegar. Hasta

se ha permitido el lujo —con amor— de crear un premio de 50.000 pesetas, que ha de recibir quien sea capaz —aunque sólo sea con palabras— de cantar las excelencias toledanas.

Su poético pregón fué seguido por los poetas y la lectura de unas cuartillas por el padre Félix García. Leyeron sus versos Federico Muelas, José García Nieto, Clemente Palencia, Ginés de Albaréda y Juan Antonio Villacañas, volviendo a intervenir Conrado Blanco con un poema de José María Pemán, enviado para este acto, y otro original que fué calurosamente aplaudido. Hizo la presentación el gobernador civil, señor Thomas de Carranza. Y el teatro de Rojas estaba completamente lleno.

EXPOSICIONES. — Sánchez-Beato, es un joven pintor con mucho porvenir. Ha expuesto en el ya conocido «patio» de la Jefatura Provincial del Movimiento. Sus obras han sido muy elogiadas por el público y merece una

crítica que el espacio no nos permite ahora.

Fernando Dorado y Tomás Camarero expusieron conjuntamente sus lienzos y dibujos sobre temas parisienses. Está reciente aún su viaje a París, y nos lo han recordado con sus cuadros, colgados en la sala de la Caja de Ahorros Provincial, que ellos han inaugurado. La obra expuesta es interesante y, sin apartarse de sus estilos peculiares, han dado muestras de su valor ascendente, cada uno en su medida. Vendieron la mayor parte. Puede decirse que París ha entrado bien en esta ciudad.

TEATRO. — El grupo de teatro de cámara Pigmalión puso en escena la obra de Buelo Vallejo *En la ardiente oscuridad*. Por orden de intervención fueron sus intérpretes: Sagrario del Cojo, José Luis Castillo, José Miguel Aparicio, María Dolores Montoya, Baltasar Magro, Mari Carmen Delgado, Luis Granullaque, María Monreal, Carlos Camarero, Eugenio José G. Alvarez, Emilio Vaqueiro y Ana María Pedraza, dirigidos por Martínez Ballesteros. La sala sindical estuvo casi llena, y esta numerosa concurrencia aplaudió y salió muy complacida.

EXPOSICIONES. — En el patio de Plata, 25, expuso Manuel de Pinto. Otro toledano que hace su presentación sin grandes pretensiones, pero que apunta muy buenas cualidades. Entre los óleos son de destacar un «Corral manchego» y la composición «Maternidad», muy bien de dibujo y de tono. En cuanto a las acuarelas, preferimos las que tocan el tema canino.

CONCIERTOS. — Fué clausurado el curso musical para la juventud en el teatro de Rojas por la Orquesta Sinfónica de Madrid. En sus cinco movimientos, y bajo la dirección de Alberto Blancafort, interpretó la *Sexta Sinfonía Pastoral*, de Beethoven. La parte didáctica estuvo a cargo de Rosa María Kucharski.

En el palacio de Benacazón actuó el maestro del piano José Iturbi, interpretando, en la primera parte, a Mozart y Chopin, y en la segunda, a Infante, Albéniz, Granados, López Chavarri y Falla. No hubo mucho público. Entendemos que estos acontecimientos deben prepararse sosegadamente y dirigir bien su publicidad, sobre todo cuidando de que las invitaciones —o localidades— lleguen a buen destino. Estamos seguros de que el señor Alonso de Quintanilla, propietario del rehabilitado palacio, se habrá apercibido de este detalle.

FESTIVALES DE ESPAÑA. Ya circula un folleto anticipando los actos que se preparan con motivo de la festividad del Corpus Christi. Hará de pregonero José María Alonso Gamo. Se inaugurará una exposición de M. Martín Pintado. Habrá un concierto sinfónico, un recital de Lucero Tena, *Alforjas para la Poesía*; actuará Antonio y sus ballets. Las compañías del teatro de la Zarzuela, «Amadeo Vives», «Tirso de Molina» y «Lope de Vega» pondrán en escena *El huésped del sevillano*, de Jacinto Guerrero; *Antología de la Zarzuela*; *La posadera*, de Goldoni; *Calígula*, de Albert Camus, y *Retablo jovial*, de Casona. Los toledanos nos felicitamos por ello. JAV

(Viene de la página 2.)

sión, original de un autor nacido en un país americano de habla española.

Se concederán otros dos premios de 5.000 pesetas; el primero de ellos, a una composición poética, con libertad de tema, forma y extensión; y el otro, a un trabajo en prosa, de extensión no superior a los seis folios, que glose la personalidad humana y literaria de Rubén Darío.

Los trabajos se remitirán por triplicado, escritos a máquina a dos espacios y por una sola cara, a la Comisión Oficial de las X Fiestas de la Hispanidad, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.

Los trabajos que opten a los premios para poesía serán inéditos y se enviarán bajo lema que se hará constar en el exterior de un sobre cerrado, dentro del cual será incluida nota con el nombre, apellidos, domicilio, firma y rúbrica del autor.

Los que concurren al premio de la base segunda llevarán la indicación «Para el Premio Especial», bajo el lema correspondiente, y en su interior deberá expresarse la nacionalidad del autor, además de los requisitos antes citados.

Los que opten al premio del tema en prosa podrán ser publicados o inéditos y siempre firmados y rubricados por el autor, con indicación de su domicilio.

El plazo de admisión de los trabajos quedará cerrado a las doce de la noche del día 31 del próximo mes de agosto.

**PRENSA,
RADIO Y TV**
Premios:
15.000 ptas.
**CAJA AHORROS
VALLADOLID**

La Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, con objeto de fomentar y estimular la labor que en pro de Valladolid y su provincia realizan los corresponsales de Prensa, radio y TV, convoca un concurso de acuerdo con las siguientes bases:

Podrán concurrir al mismo cuantos corresponsales de habla española lo deseen.

Se establecen tres premios de 5.000 pesetas para el conjunto de trabajos de extensión informativa en diarios y revistas nacionales y extranjeras a través de emisoras de radio y TV, con un

mínimo de 12 trabajos, desde la publicación de estas bases hasta la fecha de presentación, que a juicio del jurado hayan sabido glosar mejor las riquezas histórico-artísticas, de paisajes, turísticas y posibilidades de la industria y agricultura de Valladolid y su provincia.

Los trabajos podrán ser presentados a partir de la publicación de estas bases hasta el día 30 de septiembre de 1967, en las oficinas centrales de esta Caja (Sección de Difusión), plaza de España, s/n., y en los mismos se hará constar el nombre, dos apellidos y el domicilio del autor y nombre del diario, revista o emisora por el que hayan sido difundidos los trabajos presentados.

NOVELA
Premio:
75.000 ptas.
**CIUDAD
DE SEVILLA**

Pueden optar a este premio los escritores españoles con obras inéditas, escritas en castellano.

El premio se otorgará en el presente año a una novela.

De cada obra se presentarán cuatro ejemplares escritos a máquina, a doble espacio y por una sola cara, en hojas de papel tamaño folio, encuadernadas o, por lo menos, cosidas, firmadas las obras por sus autores, que consignarán sus nombres, apellidos y domicilios en forma legible.

Los que deseen usar de seudónimo incluirán su nombre en sobre cerrado, en cuyo exterior escribirán el título de la obra presentada y el seudónimo adoptado.

El plazo de admisión será desde el día 1 al 31 de julio de cada año.

Los originales se entregarán en la Secretaría General del excelentísimo Ayuntamiento de Sevilla (Negociado de Cultura), con la indicación «Optante al premio anual Ciudad de Sevilla 1967», antes de las catorce horas del día fijado como término, y dicho Negociado extenderá un recibo acreditativo de la recepción. También podrán enviarse las obras por correo certificado; en este caso es preciso que sean depositadas en la oficina de origen, antes de la hora y el día fijados como término del plazo de admisión, y de ellas no se acusará recibo.

Una vez celebrado el concurso, las obras presentadas (salvo las premiadas) serán devueltas a sus autores si

éstos envían el importe del correo o se presentan a recogerlas. Las que no fuesen retiradas transcurridos seis meses, a partir del fallo del premio, serán destruidas.

El premio está dotado con 75.000 pesetas.

NOVELA CORTA
Premio:
300.000 pesos
LA NACION

El premio literario «La Nación» será otorgado este año a la mejor novela corta.

Podrán intervenir en el concurso todos los escritores o autores de habla hispana, radicados en cualquier país.

El plazo de admisión de los trabajos será el 31 de julio próximo.

La decisión del jurado se hará pública el 15 de octubre, fecha de la publicación inicial de la obra *Soledad*, de Mitre—en 1847—, como permanente homenaje a su memoria.

El premio será entregado en «La Nación» en el curso del mes de noviembre.

El premio podrá ser declarado desierto, y en ese caso el importe se destinará, excepcionalmente en estas circunstancias, a otro premio del año siguiente.

«La Nación» se reserva el derecho de publicar en el diario el trabajo premiado, en un plazo que no excederá de seis meses desde la adjudicación del premio, y en ese período el autor no podrá hacer uso de la obra presentada y premiada en este concurso.

Los originales deberán ser firmados con seudónimo, y en sobre aparte, cerrado y lacrado, se consignarán el nombre y domicilio del autor, la ciudad en que reside y el país. En la parte exterior del sobre que contenga estos datos se escribirá el seudónimo solamente. Es indispensable dar fiel cumplimiento a estas disposiciones.

Las obras deberán ser enviadas en cinco copias a máquina y escritas en una sola cara del papel a dos espacios, a nombre de «Premio Literario La Nación», San Martín, 344, Buenos Aires, República Argentina.

Los trabajos no premiados y los respectivos sobres podrán ser retirados por los autores dentro de los noventa días de conocido el fallo. Después no habrá derecho a reclamación. Los trabajos serán considerados por el jurado permanente que integran Adolfo Bioy Ca-

sarés, Jorge Luis Borges, Carmen Gándara, Eduardo Mallea y Leónidas de Vedia.

POESIA
Total en premios:
100.000 ptas.
**AMANTES
DE TERUEL**

El excelentísimo Ayuntamiento de Teruel, coincidiendo con las Fiestas del Ángel, ha convocado el

VI Certamen poético en honor de los Amantes de Teruel, patrocinado por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja.

Se establece los siguientes premios: Flor Natural y 25.000 pesetas, al mejor tema amoroso; premio de 20.000 pesetas, al mejor poema de amor con libertad absoluta de forma; premio de 20.000 pesetas, al mejor soneto sobre los Amantes de Teruel; premio de 10.000 pesetas, al mejor romance sobre un tema del Teruel histórico; premio de 10.000 pesetas, al poema de amor que siga en méritos al premiado; premio de 10.000 pesetas, al soneto que siga en méritos al premiado; premio de 5.000 pesetas, al romance que siga en mérito al premiado.

Podrán tomar parte en este certamen los escritores de cualquier nacionalidad, siempre que envíen sus trabajos en castellano.

Los originales enviados quedarán a disposición del ayuntamiento, el cual podrá publicar los que a juicio del jurado lo merecieran.

Los trabajos presentados deberán estar escritos a máquina, en quintuplicado ejemplar, en sobre cerrado y bajo un lema, incluyendo una plica y dirigido al excelentísimo Ayuntamiento de Teruel, con la indicación «Para el Certamen de los Amantes».

El plazo de presentación de los trabajos finalizará el día 5 de junio de 1967, a las veinte horas.

La presentación de trabajos supone la aceptación de las bases y el compromiso por parte de los autores a recibir personalmente el premio obtenido en el Acto Solemne, que se celebrará el día 4 de julio de 1967, y en el que será proclamada la reina y su corte de honor.

Para cumplir el requisito de la base anterior le serán abonados a los poetas premiados los gastos de desplazamiento y estancia en esta ciudad.

CORRESPONDENCIAS

PREMIOS: PICARESCA

AMIGO LOPEZ GARRIGA: Usted, lector de los buenos según se autoconfiesa, nos da de entrada una lección de humildad: el director de LA ESTAFETA no se llama «José Luis», sino, a secas, «Luis». Un yerro de menor cuantía que, viniendo de un «lector de los buenos», tiene trastienda. Pero vamos a lo que importa, a lo que constituye la almendra misma de su escrito: los premios literarios y la picaresca que los circunda. Es posible que la picaresca exista y no dudamos de la veracidad de los ejemplos que menciona.

Pero, ¿no habrá radicalizado usted la situación más de la cuenta? Sin ánimo de investigar el porqué o los porqués que le han movido a escribir su carta—que, eso, allá usted—, ahí van dos puntualizaciones: 1.ª Palabra de honor que algunos premios sí que se cobran; 2.ª Usted pone de manifiesto recovecos pintorescos de la literatura mercantilizada. Gracias.

Sr. D. José Luis Ponce de León
Director de ESTAFETA LITERARIA

Querido director:

Yo no soy escritor, sólo lector; pero me atrevo a decir que lector de los buenos; tan bueno, que ando metiendo la cabeza, siempre que pue-

do y me lo permiten, en todo lo que a literatura se refiere: libros, autores, editores y demás ingredientes que la integran.

A ello me ayuda y hasta me obliga, pero a gusto, mi profesión, por la cual tengo que estar en frecuente contacto con unos y otros, lo que, por otra parte, me facilita el camino para cultivar lo que es algo más que un «hobby», como para otros es coleccionar pipas o guantes viejos.

Con este solo título me arriesgo a escribirle, no sé bien con qué intención, se lo juro, aunque a lo mejor usted me la descubre pese a mí mismo.

Ignoro si han llegado hasta usted unas declaraciones de la escritora Carmen Nonell en una entrevista que le hace Fernando Montejano. Y la réplica que en «Pueblo» le da Dámaso Santos. Pero yo pienso que sería cosa de levantar un monumento a Carmen Nonell, o, mejor aún y más barato, pues que los escritores son, por lo

general, bastante pobres, ahora que andan de traslado los monumentos madrileños, aprovechar algún pedestal de saldo para ponerle aunque fuera una efigie modesta.

Porque yo creo que usted y otras personas decentes como usted estarán de acuerdo conmigo y con una escritora muy conocida y muy premiada que, hace unos días, en un guateque literario, comentando las declaraciones de Carmen Nonell, decía a voces—no sé si por la sinceridad que da el whisky—que ya era hora de que alguien se atreviera a ser sincero, y que «si todos nos atreviéramos a confesar que no nos pagan los premios, otros fueran los resultados».

Esa podría ser también una respuesta a lo que apunta Dámaso Santos en su comentario de «Pueblo» al preguntar a Carmen Nonell «si podría hacer bueno todo lo que afirma».

Y por si el sumar datos sirve para algo, yo puedo decirle, señor director, que esa historia que cuenta Carmen Nonell del editor que ofreció un premio a un autor, pagándoselo él mismo, la conozco también por un amigo novelista que a lo mejor fué el protagonista y del que no digo el nombre porque no tengo su permiso.

Y también sé de una editorial que concedía muchos premios a escritores y escritoras suramericanos porque, por lo visto, en ciertos países de Hispanoamérica es muy importante esgrimir un premio español. ¡Bendito sea Dios! Y a ellos no les importaba pagarse el premio, pagarse la edición de la obra y comprarla encima. Claro que este editor tenía al menos a su favor que con su engaño contribuía a hacer patria.

Tampoco creo que sea un descubrimiento de Carmen Nonell eso de que antes de reunirse el jurado—que, por cierto, la mayor parte de las veces sólo lee dos o tres obras: las que le entrega el editor y que sirven para sus miras comerciales—ya está el libro del amiguete o del enchufado más gordo en la imprenta, porque todavía hay casos peores y todos o casi todos los que tenemos algo que ver con el gremio de la pluma, siquiera sea por afinidad, como es mi caso, hemos oído del escritor al que la editora había adelantado la mitad del premio meses antes de fallarse, y a última hora salió un «imponderable» de esos tan tremendos y se organizó un lío peor que el del Vietnam. ¡Como que hubo que dejar al del adelanto para el año siguiente!

Claro es que no todos los premios son lo mismo, y en esto todos los escritores que yo conozco, Carmen Nonell incluida, están de acuerdo. Porque siempre he oído decir que las diputaciones, ayuntamientos, ateneos y otras entidades por el estilo pagan como buenos. Por eso sus premios son los más modestos. Los de mentirijillas suelen ser los de editoriales, y, además, desde su punto de vista, se comprende. ¿No lo cree también, señor director?

Oí en una ocasión a un novelista con varios premios, que los únicos que se cobran son los de 10.000 pesetas para abajo. Yo no quito ni pongo, pero cuando él lo decía, que los tiene de todos los precios, sería por algo, digo yo.

Aún hay otra modalidad de premio, y de ella he sido testigo por lo menos tres veces: es la de airear hasta el último momento uno o dos nombres conocidos, como que entre uno de los dos está el seguro premio. Se les llama por teléfono, si son de fuera, se les hace una entrevista «para tenerla preparada para la radio», se les pone al rojo vivo y todo el mundo pica. Y a la hora de la verdad, ¡paf!, sale Periquito Pérez, un jovencito desconocido, sobrino del cuñado del novio de la hija de... O sale doña Rudegunda Gutiérrez, una señora muy buena, que no sabe cuál es su estilo ni lo que eso significa, pero que lo fía todo a la Providencia Divina, que mira por dónde, y según ella cree, anda metida hasta en eso de los premios.

Yo, señor director, presencié hace algunos años un lío de estos que acabo de contar. Se iba a fallar un concurso en un café, restaurante o cosa parecida—permítame que no concrete—, y se cacareaba que el premio estaba sin lugar a

dudas entre dos escritores con bastantes horas de vuelo y de más o menos igual categoría. Se les había invitado diciendo a cada uno y muy en secreto «que no lo dijera a nadie, pero que, vamos, ¿eh?, nos comprendemos...». Cuando los dos se encontraron allí, como por lo visto eran amigos o estaban bien educados, lo tomaron deportivamente y en una forma de lo más simpática y divertida. A medida que avanzaban las noticias aquello estaba más claro. No había duda. Uno u otro se lo llevaban. Hasta que salió el premio: a un niño al que nadie conocía ni de vista y cuyo nombre no había pronunciado nadie.

A mí no me pareció ni pizca mal que los dos «escritores-peana» se fueran juntos al hombre que había instituido el premio y le dijeran lo que todos pensábamos: que lo menos que puede pedirse es un mínimo de respeto a unos nombres, una obra y un historial largo de trabajo y publicaciones. Y que si es cierto que él tenía derecho a dar su dinero y su premio a quien quisiera, era muy discutible su derecho a jugar con ellos para apoyo de un desconocido. Y lo que no me pareció ni medio decente, señor director, fué la respuesta del hombre que daba el premio: Desconocido lo era hace media hora. Ahora ya es un consagrado cuando ha vencido a dos consagrados como ustedes.»

Claro que esto de la consagración por un premio de esos es otro cuento y aquél de marras no fué distinto. Pero el hecho es éste y a mí, y me figuro que a usted y a otros muchos, me pareció «carcelable».

Y como sigo sin descubrir por qué le escribo todo esto, luego de pedirle perdón por el abuso de hacerle perder su tiempo leyéndome, me despidió deseando que usted descubra lo que yo no he podido: el porqué de escribirlo. Con un saludo de admirador y amigo, si usted lo acepta,

DOMINGO LOPEZ GARRIGA

ACERCA DEL PROGRESISMO

AMIGO LUIS DE ANDRES: Nuestra reacción casi mecánica al terminar de leer tu carta nos impulsaba a retransmitírsela a don Blas Piñar. El hecho de que tú te suscribas con tan sincero entusiasmo a su revista no nos parece de excesivo interés para el público. (Máxime, no estando suscrito a LA ESTAFETA...) Pero somos buenos y no retrógados. Ya ves. Gracias.

Sr. Director de LA ESTAFETA LITERARIA

Le envió una carta abierta a don Blas Piñar, rogándole su publicación.

Yo, don Blas Piñar, no le conozco personalmente, pero siempre me ha sido usted simpático. Le he visto alguna vez en un bello pueblo de la sierra cercana, ejemplarmente rodeado de su familia, naturalmente numerosa, acudir a la cotidiana y mañanera misa en la Capilla de la Colonia. Sé que ha pertenecido usted a la Acción Católica casi desde que tenía uso de razón. Me consta que, en nuestra común carrera de Derecho, ha alcanzado lo que todos consideramos como una cumbre: ser notario de Madrid a una edad relativamente juvenil. Me enteré a su debido tiempo de que no vaciló en jugarse

un importante cargo al cantar las verdades del barquero a un auténtico coloso. Y ahora leo sus artículos...

Usted, señor Piñar, no me parece muy progresista. Veo que dosifica el progresismo y lo coloca donde hay que colocarlo. Usted es prudente, y sin asustarse de avances necesarios, señala peligros, subraya inconsecuencias. Sin duda le habrán llamado a usted retrógrado. ¿Por qué es usted tan retrógrado, señor Piñar? Venga usted conmigo. Asómese al mundo exterior. Vea lo que ahora se lleva en el mundo de la «intelligentsia». (Aquí le guiño un ojo. Ya sé que usted está al tanto de todo esto que le voy a decir. Pero no escribo para usted.)

Veamos. Harold Pinter acaba de estrenar obra nueva. Ya se sabe. Es el pionero de un arte teatral nuevo. Es lo avanzado. De aquí puede salir una total renovación del teatro y todo eso. La obra se titula Homecoming, algo así como «La vuelta al hogar». Un inglés, profesor en una Universidad norteamericana vuelve a su casa en Londres acompañado de su mujer. Inútil decir que no tienen hijos. En su hogar hay tres personas; su padre y dos hermanos, cada uno con sus problemas y con sus complejos. La mujer del profesor que también tiene lo suyo en cuestión de complejos, acaba por quedarse en la casa para, digamos, «soulager» a los tres inquilinos, ante la mirada fría lejana e indiferente del marido que regresa a sus clases universitarias en América. Buen tema, ¿no?

En pintura lo «pop», lo «op». Lo que destruye y no lo que construye. Según un psiquiatra norteamericano una tendencia malsana de huida de la autoridad, de escapismo cobarde ante la vida. Según un crítico español, ínfima calidad y papanatismo.

Andy Warhol, capitoste del «pop-art», estrena una película «The girls from Chelsea», perteneciente a un cine llamado «Unground», es decir, cine clandestino. Con una técnica deliberadamente balbuceante y elemental, escenas atroces de la más alucinante perversión sexual y de todo orden. Parece que, esta vez, hasta va a ganar dinero con esta monstruosidad.

Acaba de publicarse la traducción inglesa de Le miracle de la rose, de Jean Genet. Este Genet pederasta, ladrón y morador de las cárceles francesas casi toda su vida, fué en su día, canonizado por Jean-Paul Sartre. Es el autor de la obra teatral Paravents, que tantos escándalos ha provocado recientemente en París, ante la ofensa que, al parecer, suponía para valores tradicionales de la vida francesa. «The miracle of the rose» es de tal calidad que ha hecho asomar el rubor a las mejillas de los curtidos críticos literarios norteamericanos.

Así podría seguir dando datos de la marcha del progreso en el mundo, pero creo que basta por ahora.

¿Ve usted, señor Piñar? Esto es lo que se lleva, lo avanzado, lo progresista. Si nos quedamos atrás seremos tachados de burgueses llenos de prejuicios. Nos llamarán retrógrados y eso hay que evitarlo.

Tengo entendido que usted ha fundado una revista llamada Fuerza Nueva, o algo así. Pues bien, si la cuota no es muy elevada y usted no tiene inconveniente puede considerarme desde ahora como un suscriptor. Ya ve usted, hasta estoy dispuesto a que me llamen retrógrado.

LUIS DE ANDRES FRUTOS

POESIA ESPAÑOLA

revista nacional de los versos
y los poetas

Hijo y Noticias y Versos póstumos de Ciro Alegría

El número 365 de LA ESTAFETA dedicaba preferentes páginas al escritor peruano **Ciro Alegría**, fallecido en Lima el 16 de febrero de este año. Además de los recordatorios de **Luis Hernández Aquino**, **Arturo del Hoyo** y **Manuel Ríos Ruiz**, anunciábamos, por si llegaba a tiempo, la colaboración que habíamos solicitado a su viuda, la poetisa cubana **Dora Varona**, que en Madrid publicó, por los años 50, un extraordinario libro de versos titulado *Hasta aquí otra vez*.

Ahora recibimos carta de **Dora**, que espera un póstumo hijo de **Ciro** para finales de junio próximo. Dice: «desde que él murió, no he podido escribir nada, pues le temo mucho a la reacción dolorosa que esto provocaría en mí y que podría ser un trauma en mi actual estado».

Y añade, en su deseo de corresponder a nuestro interés: «Tengo originales de un valor incalculable, los que iré sacando poco a poco.» Los primeros son para LA ESTAFETA: el poema inédito que aquí reproducimos, así como unas líneas de presentación a su autobiografía que igualmente damos en esta página. La foto de **Ciro** con los tres hijos que en vida le dió **Dora Varona** corresponde a mayo de 1963. En la actualidad, **María Cecilia** tiene ocho años; **Ciro Benjamín**, seis, y **Gonzalo**, cuatro años.

A la breve prosa de presentación de **Ciro Alegría**, acompaña su viuda la siguiente nota: «Esta es la presentación que puso en su autobiografía. Nadie más que yo, y a partir de este momento, ustedes, la conoce.» Desde ahora, también los lectores de LA ESTAFETA.

Este poema es totalmente inédito. Acabo de copiarlo de un manuscrito que conservaba.

DV

RUTH

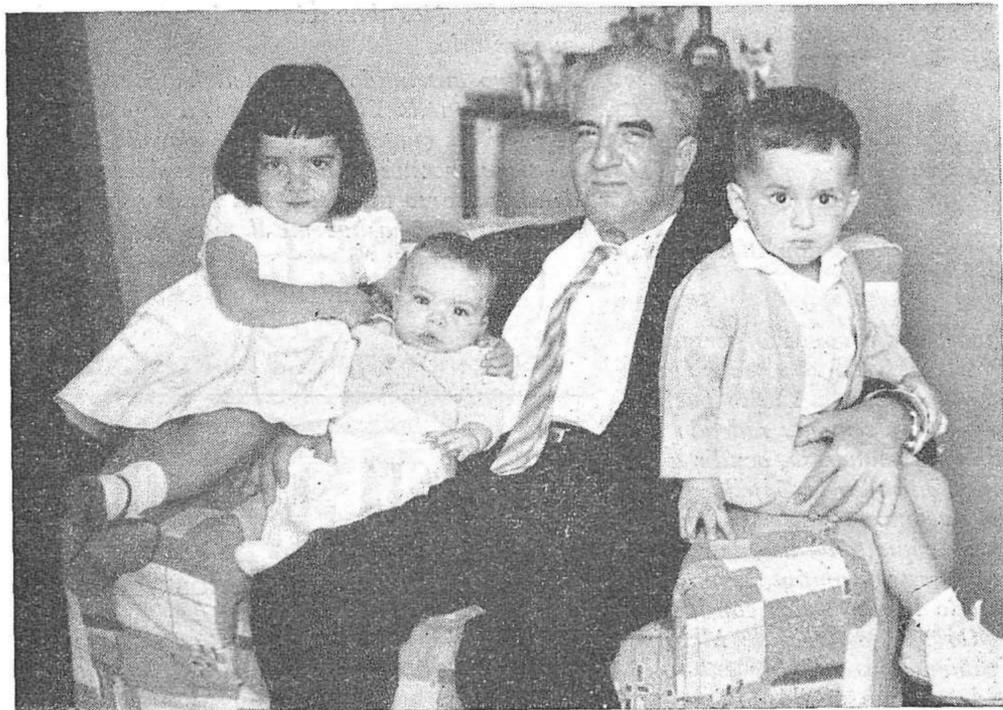
118 East 40th Street. New York, 1942 aproximadamente.

Autobiografía

Esto de tratar de explicar la vida de uno mismo me parece una tarea bastante difícil... Después de todo, ¿qué sabe uno de su propia vida? Tenemos sólo referencias de lo que creemos ha sido nuestra experiencia personal.

De todos modos, trataré de hacerlo y, para comenzar, les diré que he tenido mucha suerte con hartito palo, como siempre es el humor de Dios.

CIRO ALEGRÍA



*Ruth es la oscura brisa de la noche,
el efluvio angustioso de la sombra
a través de la luz,
porque el día resbala por su carne,
pero no la posee.
El deliquio herrumbroso de la noche
vive en ella, al intenso conjuro
de su quieta ansiedad.
Ruth, noche a noche bulle y se sumerge,
como un pez nacarado,
en las negras honduras del mar.
De ella nace la sombra
o la sombra ha surgido de su piel
tensa, blanca, de su rauda melena encendida.
Yo no la miro, palpo su recóndita oscuridad
y me duelen su suerte y mi suerte
en la vigilia erecta que me ha abierto.
Su boca está encendida de dolientes contactos
y yo me pierdo en esa luz sangrante.
Su cabellera flota tiernamente en el aire,
cual muelle almohada de oro.
Sus verdes ojos miran a través de los pastos
de una infancia manchada.
Su cuello tibio enarca blandamente y se entrega.
Ella es toda una dádiva del dolor
avanzando y royendo.
Desde la frente sudorosa, ausente,
hasta los dedos de los pies trepando,
acariciando, aullando,
Ruth sufre y goza, me regala y llora.
Ruth, dulce impura,
tan exacta a la noche, tan distinta
y tan clara como un amanecer.
Ahora que ya es de día,
Ruth descansa.*